



*Guárdame el secreto*

*CAROL MARTIN*

# GUÁRDAME EL SECRETO

CAROL MARTIN

Título: Guárdame el secreto.

Autora: Carol Martin.

Edición: Abril 2018.

\*Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra.

Los derechos son solo y exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación del autor, es una infracción al código penal sobre la piratería y puede ser causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, sucesos y todo lo que en él se mencionan son producto de la imaginación del autor y son empleados de forma ficticia. La mención de marcas comerciales o lugares no supone ningún tipo de publicidad o de beneficio alguno para el autor\*

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

## Epílogo



# Capítulo 1

Mientras caminaba a casa de mi amiga Carmen, no podía dejar de mirar a mi alrededor. La ciudad había cambiado tanto como nosotras dos. Aunque nuestra esencia siempre fue la misma, la vida nos había llevado por distintos caminos y nos habíamos convertido en dos adultas completamente diferentes.

Me gustaba volver a tenerla cerca, pero sentía que ya no encajábamos tan bien. Se había pasado bastantes años viviendo en otra ciudad y yo había permanecido allí, intentando sacar el negocio familiar hacia adelante. Me hizo falta tenerla en muchas ocasiones, sin embargo, me acostumbré a estar sin ella. Solo hacía unos meses que había vuelto a vivir cerca de mí, pero no sentía que la necesitase.

Caminaba lentamente, detallando todo lo que me encontraba a mí alrededor. Aquellos edificios podían tener demasiados años y, sin embargo, seguían ahí, decorándolo todo, como siempre. Conocía a la mayor parte de la gente con la que me cruzaba y, aunque los locales habían cambiado de dueño o de negocio, seguían teniendo la misma esencia. Odiaba tener que ir poniéndole sonrisa a toda aquella cantidad de gente que no me interesaba para nada, pero poco podía hacer. Aquello se había convertido en mi rutina desde que tenía conocimiento, así que prácticamente estaba acostumbrada.

Por suerte, la casa donde se había mudado Carmen no quedaba muy lejos de mi oficina. Realmente en aquella ciudad nada quedaba lejos, no era excesivamente grande. Habían empezado a construir bastantes edificios en la

periferia, intentando hacerla más grande, pero los barrios del interior quedaron completamente iguales.

Cuando llegué a su edificio, suspiré. Recordaba cómo había pasado los primeros años de mi infancia subiendo y bajando por aquellas escaleras. Mis padres tuvieron la oportunidad de comprar un piso más grande cerca de mis abuelos, pero la pérdida de mi madre hacía que los recuerdos fuesen demasiado intensos para mí. Podía recordar perfectamente cómo me esperaba en aquella puerta cuando llegaba del colegio o cómo me llamaba a gritos desde el balcón para que subiese a tomar mi merienda. Mi madre había sido demasiado especial conmigo, era la única que necesitaba en mi vida.

— ¿Sí? — Carmen habló desde el otro lado del portero.

— Soy Ruth — respondí.

— Te abro.

El sonido de la puerta se activó y entré en aquel portal. Una mezcla de emociones empezó a apoderarse de mí. Desde que nos fuimos de aquella casa, jamás habíamos vuelto, había pasado demasiado tiempo. Agradecí bastante al cielo que el piso de alquiler de Carmen no fuese el de mi infancia y al menos pude quedarme tranquila con eso. Había alquilado con Sergio, su pareja, el piso más alto y era por una corta temporada, así que no tendría que ir mucho más por allá.

A pesar de todos los años que pasaron, había cosas que no cambiaron para nada. El ascensor siempre estaba estropeado y aquel día, por más que pulsé el botón, no llegó. Recordaba tener que subir una y otra vez las escaleras maldiciéndolo, pero ese día lo hice con bastante gusto. No me desagradaba para nada subir uno a uno los escalones que había pisado tantas veces.

No podía evitar mirar cada puerta que me iba encontrando a medida que subía.

El ambiente ya no era el mismo, pues todos los niños que vivíamos allí y formábamos escándalos, nos habíamos convertido en adultos. Se notaba que había poca vida y estaba segura de que la mitad de las personas con las que me había criado, no vivían allí. Aquel edificio era demasiado extraño y familiar a la vez para mí y eso hacía que sintiera una mezcla rara de emociones.

A pesar de la tranquilidad con la que me dediqué a subir, no tardé mucho en llegar a casa de Carmen. Recordaba que en aquel piso vivía una pareja de ancianos bastante adorables, pero apenas se les veía por la calle. Seguramente, con el paso del tiempo y con aquel ascensor siempre estropeado, se les dificultó bastante bajar continuamente. Recordaba cómo me dieron, alguna que otra vez, caramelos y cómo le decían constantemente a mi madre que disfrutara de mi infancia, que los años pasaban corriendo. No podían tener más razón, pues sin apenas darme cuenta, me convertí en una persona adulta y había perdido demasiadas cosas en la vida.

Empujé la puerta que Carmen había dejado entreabierta y pasé cerrándola a mis espaldas. Un olor fuerte a comida china me invadió sin sorprenderme, tenía claro que mi amiga no iba a cocinar. Nunca fue la mejor chef del mundo y aunque se defendía bastante bien, con el paso de los años se convirtió en una persona demasiado acomodada.

—Pasa al salón, ya casi estoy lista — gritó desde el interior de la casa.

—Está bien, te espero — respondí.

Llegué al salón principal y, después de quitarme el abrigo, me senté en la mesa central. Me había preguntado en varias ocasiones si aquel mobiliario sería el mismo que pertenecía a aquellos ancianos y no estaba del todo segura. Algunos muebles del salón tenían un aspecto bastante rústico, sin embargo,

habían colocado muebles modernos. Seguramente los hijos y los nietos la habían heredado y entre unos y otros llevaron cosas para hacerla medio habitable, sin pensar en que nada combinaba en absoluto.

La distribución era la misma que la que teníamos nosotros. El salón era bastante alargado y tenía un balcón muy amplio. Desde donde yo estaba sentada, se podía ver una pequeña cocina y en el interior no había más que dos habitaciones y un baño. Con el paso del tiempo entendí que mis padres buscasen algo más amplio, aunque en el aquel momento la mudanza me dolió bastante. Había forjado un gran grupo de amigos y los culpé muchas veces de la soledad que sentí en mi nuevo barrio.

— ¡Hola! — Carmen llegó al salón — ¡Has tardado mucho en llegar!

—Me escapé de la oficina en cuanto pude — mentí.

—Deberías relajarte un rato, la vida está para disfrutarla.

Se acercó a mí y me dio dos besos y un gran abrazo. Me gustaba sentir que me seguía teniendo cariño y agradecía que fuese así. Siempre me había costado demostrar mis sentimientos, era bastante fría. Carmen, sin embargo, podía abrazar a la gente por la calle sin importarle nada.

Sonreí y me quedé observando cómo se acercaba a una de las puertas de mueble del salón y sacaba una botella de alcohol. Siempre me pregunté el motivo de su delgadez y estaba segura de que se debía aquello. No la recordaba sin una copa en la mano, era algo más que un enganche para ella. A pesar de envidiar su cuerpo, porque el mío no era demasiado delgado, no quería llegar a su nivel. Carmen era guapa, pero aquel vicio la tenía bastante estropeada. En su adolescencia, su cabello largo rubio, sus ojos marrones y su cuerpo conseguían todo lo que se proponía, sin embargo, las ojeras habían estropeado demasiado su rostro. Siempre la habían comparado con actrices de

Hollywood, pero no se había cuidado nada bien.

Durante mucho tiempo la envidié, era todo lo contrario a mí. Mi pelo siempre había sido bastante rebelde y no era mucho más diferente que las demás. No era demasiado alta ni demasiado delgada y mis ojos marrones y mi pelo oscuro no destacaban para nada. No podía quejarme, había tenido algún que otro chico guapo como novio, pero nunca llegué al nivel de ella. Siempre fuimos la fea y la guapa.

— ¿Quieres una copa? — preguntó.

—Sabes que no me gusta mucho, Carmen.

—Desde luego, no has cambiado nada — sonrió.

Se sirvió otra copa después de haber bebido la primera de un sorbo y se sentó delante de mí. Cogió su móvil y empezó a sonreír mientras respondía algunos mensajes. Parecía como si hubiésemos vuelto años atrás, como cuando éramos adolescentes. Conocía su sonrisa picarona y podía observar cómo sus ojos comenzaban a brillar.

A pesar del paso del tiempo, la conocía demasiado bien y me percaté de aquella mirada. En ese momento supe que Carmen no me había llamado porque sí, había algo más. Esa media sonrisa mientras sostenía la copa y la actitud que comenzaba a poner me hacía saberlo todo.

— Necesito un favor, Ruth — sonrió.



## Capítulo 2

No me había cogido por sorpresa. Conocía a Carmen desde que éramos pequeñas y acudíamos a clases de ballet. Le repetía a mis padres una y otra vez que no me gustaba ir, que prefería hacer otra cosa, como jugar fútbol, pero no había nada que hacer. Tenía que comportarme como una señorita y dejar de parecer un chico. A pesar de todo, con ella conecté enseguida e hizo que aquellas horas fuesen más amenas para mí.

— ¿De qué se trata? — pregunté resignada.

— Si quieres vamos organizando el almuerzo y te lo comento — guiñó un ojo.

La espera no me gustaba nada. La paciencia nunca había sido una de mis virtudes, lo tenía claro. No me gustaba dar rodeos con los temas, sino ser directa y clara, pero eso me había traído más de un problema. A los demás no les gustaba que dijera lo que pensaba, pero no podía evitarlo, aunque en esa ocasión preferí optar por el silencio.

La ayudé a sacar la comida y a servirla en nuestros platos. Aquel olor no me agradaba nada y Carmen sabía que no era de mis opciones favoritas, pero a ella no le importaba. A pesar de ser demasiado cariñosa, era bastante egoísta. Siempre vivía en su mundo interior y esperaba que los demás viviésemos para estar a sus pies. En cambio, yo, aunque era bastante fría en cuanto a mis sentimientos y directa al decir las cosas, prefería tener siempre en cuenta la opinión de los demás para no hacerlos sentir mal.

— ¿Vas a contarme de qué se trata? — me senté y empecé a comer algo de

arroz.

—Necesito que distraigas a Sergio.

— ¿A tu novio? — pregunté extrañada.

—Sí, que lo pongas a hacer algún tipo de informes o algo, necesito tiempo para mí.

No hacía falta que me explicase mucho más, sabía por dónde iban las cosas. Carmen siempre había sido así, una auténtica picaflor. Cuando la vi durar con Sergio más de un año me sorprendí y pensé que quizás había sentado cabeza, pero me di cuenta de que no, que seguía igual.

— ¿Es en serio, Carmen?

—Vamos... solo serán un par de horas... — suplicó — Tú eres su jefa, puedes mandarle a hacer todo lo que quieras.

Y eso era cierto, pero no me gustaba abusar. Carmen era demasiado descarada y estaba alucinando con sus estupideces. Cuando volvieron, mi padre y yo quisimos ayudarlos contratando a Sergio en nuestra empresa. Consideraba que el favor que le habíamos hecho ya era demasiado grande como para que me metiese en sus juegos.

— ¿Tiempo para ti? — era escéptica.

—Ya sabes, ya me conoces — volvió a poner aquella media sonrisa y tomó un sorbo de su copa de alcohol.

— ¿Cómo se llama? — pregunté directamente.

—Se trata de Lucas.

Aquello me sentó como una jarra de agua fría. No solo me pedía que distrajera a Sergio, sino que encima era para irse con un amigo íntimo nuestro.

Empezaba a alucinar con la actitud de ambos. Mi cara empezaba a ponerse sería, no podía ocultar mis emociones. Lucas sabía de la relación de Carmen con Sergio, no podía creer que le diese igual.

—Yo alucino con vosotros — empecé a menear la cabeza y a mirarla seriamente.

—No hemos quedado para nada en especial...

—Sí, ya — la miré directamente a los ojos — y es por eso por lo que necesitas mentirle a Sergio.

—Vamos... — volvió a rogar — Solo será esta vez.

—Carmen — suspiré —, yo no tengo edad para seguir metiéndome en estas cosas, de verdad.

Intenté seguir comiendo, aunque mi estómago estaba completamente cerrado. Carmen no había parado de usarme de excusa para hacer lo que le daba la gana y estaba claro que no había madurado. Por mi podía acostarse con quien quisiera, no era mi asunto, pero no iba a meterme en semejantes problemas.

—Sabes que las cosas con Sergio nunca han estado bien del todo — intentó darme pena.

—Pues déjalo... no estás obligada a estar con él — respondí.

—Sabes que no me gusta trabajar, con él estoy cómoda.

A pesar de que aquello era demasiado fuerte, estaba acostumbrada a oírlo de su parte. A ella lo que le importaba era ir a la peluquería, comprar ropa y tener a alguien que se lo pagara. Sergio comenzaba a darme bastante lástima.

—Eres increíble, no has cambiado nada — no pude evitar decirlo en voz alta.

—Ya me conoces, no es una novedad para ti.

—Lo sé — asentí con la cabeza —, aunque esperaba que cambiaras alguna vez.

—No me interesa, como ya te digo, la vida está para disfrutarla — sonrió —, entonces, ¿vas a hacerme el favor?

Parecía que no escuchaba a los demás. Seguía insistiendo a pesar de las expresiones de rechazo que le ponía. Carmen no era capaz de mirar más allá de su nariz, de darse cuenta de que la gente no vivía para hacerle favores.

—Ya te he dicho que no... — me resigné —, además, no entiendo cómo Lucas es capaz de llamarte sabiendo tu situación.

—Empezamos a hablar y una cosa ha llevado a la otra... — dijo sin más.

—No sé qué piensas hacer, pero no voy a cubrirte — me negué.

Carmen se levantó, poniendo cara de corderito y se sentó a mi lado. Conocía de sobra aquella actitud de chantaje, siempre actuaba igual. Cuando no conseguía lo que quería hablando, comenzaba a acosar a los demás a base de abrazos combinándolo con frases de pena.

—Sabes que lo he pasado muy mal viviendo fuera — comenzó a decir —, necesito un respiro.

—Carmen, sabes que no me gusta hacer estas cosas.

—Solo será una vez, lo prometo — insistió.

Empezó a rogarme una y otra vez, agobiándome a base de abrazos y besos. Parecía una niña pequeña, de esas que se pasan la tarde pidiendo un juguete. Para mí la vida no era ningún juego y menos cuando había otras personas por medio, pero a ella le daba igual. Había estado acostumbrada a hacer lo que le

daba la gana y nadie le había parado los pies.

Apenas me dejaba comer, no hacía más que seguir con aquella actitud y yo empezaba a sentirme demasiado nerviosa. Odiaba profundamente a la gente pegajosa, a aquellas que continuamente te tocan sin más. Me gustaba tener mi espacio, y ella no había más que invadirlo.

—Carmen, me estás agobiando — suspiré fuerte.

—Sabes que no voy a parar hasta que me apoyes.

—No quiero hacerlo, te lo digo de verdad.

—Es solo una vez — seguía repitiendo.

Intentaba alejarme un poco y seguir con el almuerzo in darle importancia, pero ella no paraba. Me besaba continuamente y no paraba de hablar de lo triste que era su vida y de la necesidad que tenía de vivir experiencias nuevas. Los nervios comenzaron a apoderarse de mí, a subir desde mis pies hasta mi cabeza, poniéndome aún más nerviosa de lo que nunca había estado jamás.

— ¡Está bien, lo haré! — medio grité —, pero aléjate de mí.

No pude evitar ver cómo sonreía, sabiendo que había conseguido lo que quería. Había intentado mantenerme al margen de todo, pero me llegó a agobiar de una forma impredecible. Me importaba una mierda con quién se acostase y los cuernos que le pusiese a Sergio, solo quería que se alejase de mí.

Se sentó de nuevo en su sitio y comenzó a comer como si nada, sin embargo, a mí se me había quitado el hambre por completo. La comida china no me gustaba nada y aquel encuentro había sido un desastre, así que preferí levantarme y volver a casa a descansar.

— ¿Dónde vas? — preguntó.

—No tengo ganas de comer nada, me has agobiado demasiado — me sinceré.

—No seas tan sensible, Ruth — rio sin importarle nada —, siéntate, no te vayas.

—Ya has conseguido tu favor, tampoco hace falta que me quede más tiempo.

—Ay, Ruth — suspiró —, siempre te gusta exagerar las cosas. Entonces, vas a distraer a Sergio, ¿no?

Odiaba el descaro que tenía a veces. Ni siquiera había insistido algo más en que me quedase, no le importaba. Me veía allí de pie, cogiendo mi abrigo y seguía sentada almorzando como si nada. Ya había conseguido su objetivo, yo no le servía para nada.

—Sí... ya veré cómo lo hago — respondí.

—Con un par de horas es suficiente — seguía bebiendo de su copa

—Tranquila, puedes hacer tu vida tranquilamente.

—Gracias, te quiero, amiga — me mandó un beso con los labios.

Medio sonreí y le guiñé un ojo. Lo único que quería era salir de allí cuanto antes y volver a casa a olvidarme de ella. Carmen había ido a peor con los años, no me extrañaba que ya no le quedaran amigos. Le encantaba usar a la gente a su antojo y cuando ya no le servían, pasaba completamente de ellos.

—Entonces, me marcho — dije despidiéndome.

— ¿Seguro que no te quieres quedar? — preguntó con desinterés.

—Seguro, tengo cosas que hacer.

—Bueno amiga, te llamó mañana — volvió a mandarme otro beso.

—Está bien...

Cogí mis cosas y salí de aquella casa, sin que se dignara a acompañarme. No entendía cómo habíamos podido ser amigas durante tanto tiempo. Ella seguía siendo la misma de siempre, pero yo había cambiado. No podíamos seguir comportándonos como adolescentes caprichosas, éramos adultas y debíamos ser responsables.

No tenía ni idea de cómo iba a hacerle aquel favor, pero tenía claro que solo iba a ser por esa vez. Me había alegrado bastante cuando Carmen decidió volver, pero rápidamente me di cuenta de que las cosas no eran como antes y tenía que tomar distancia. No podía entrar de nuevo a sus juegos, pues estos tenían graves consecuencias y yo no pensaba tirarme al vacío detrás de ella.



## Capítulo 3

Aquella mañana me desperté un poco antes de que sonara el despertador. Me tenía un poco nerviosa el hecho de tener que distraer a Sergio, que apenas conocía, para que Carmen pudiese hacer de las suyas. La tarde anterior estuve varias veces tentada de llamarla y decirle que no iba a hacerlo, pero finalmente me rendí. Me la imaginaba llamándome 20 veces para volverme a convencer y eso me daba mucha más pereza.

Apenas desayuné, sentía el estómago cerrado aún. No me gustaba jugar a aquellas cosas y tener que inventarme historias sin más. Ni siquiera sabía cómo iba a hacer que Sergio se quedase un par de horas en la oficina. Debía inventarme algo rápidamente para salir del paso y olvidarme de aquellos asuntos. Carmen tenía que aprender a hacer sola sus jugarretas, yo ya no estaba dispuesta a cubrirla más.

Cuando éramos adolescentes mentíamos continuamente, sin importar nada. Para su madre casi siempre estaba durmiendo en mi casa y, aunque en más de una ocasión estuvieron a punto de pillarnos, a Carmen le encantaba estar al límite. Me llevaba de la mano a salir a discotecas y a emborracharnos, hacía conmigo lo que le daba la gana. Cuando se fue descubrí que yo no era ese tipo de persona y que prefería una vida más tranquila, así que no podía volver a caer en sus redes. Había confundido durante mucho tiempo entre tener una amistad y ser su juguete, eso tenía que cambiar. Carmen había sido importante para mí y mi mejor amiga durante toda mi infancia, pero las cosas ya no eran las mismas.

— ¿Vas a comerte esa tostada? — preguntó mi padre al llegar a la cocina.

—No — se la ofrecí —, no tengo mucha hambre.

—No vas a adelgazar por dejar de comer, para bajar esos kilos hay que hacer ejercicio — me encantaba su sinceridad.

No podía negar que había salido a él. Mi padre, Julio, era igual de sincero que yo, aunque físicamente no teníamos nada que ver. Era un hombre alto, con nariz aguileña y bastante delgado, además se había quedado calvo bastante joven. Sin embargo, yo había salido a mi madre. No era demasiado gordita, pero tampoco estaba completamente delgada y mi altura no era de envidiar.

— ¿Vas a ir a la oficina? — pregunté.

—Quizás me doy una vuelta, no estoy seguro.

Yo si lo estaba. Mi padre se había jubilado hacía algunos años para dejarme como jefa de la empresa, pero era incapaz de no ir a controlar todo lo que pasaba. Había crecido haciendo seguros a empresas y gestionando sus problemas, pero aun así me veía como una niña. A pesar de que conseguí que la empresa creciera aún más cuando entré y que pudiésemos tener más de 15 empleados, no terminaba de confiar en mí. Siempre había sido esa clase de persona que pensaba que el trabajo perfecto solo lo podía hacer él.

—Llévale el desayuno a tu abuela, ya debe estar despierta — ordenó.

—Claro, no te preocupes.

Me levanté y preparé un par de tostadas y un café sin leche para ella. Hacía bastantes años que vivíamos los 3 juntos y siempre me había encargado de cuidarla. Mi abuela, Rosa, dejó de poder caminar después del accidente que tuvo con mi madre, en el que ella perdió la vida. Se había sentido culpable desde entonces de su muerte y preferíamos tenerla con nosotros para que no cayese en depresión. Todos habíamos sufrido demasiado la pérdida de mi

madre y mucho más ella, pues no debía ser fácil perder a una hija y menos de aquella forma.

Me asomé la habitación y pude ver cómo seguía durmiendo todavía. Con el paso del tiempo y con la falta de ejercicio, se había consumido por completo. A veces me parecía que aquel cuerpo era de cristal y que podía romperse en cualquier momento. Su cabellera, que años atrás había sido bastante oscura, se había vuelto completamente blanca y no se asemejaba en nada a la abuela que tenía en mis recuerdos. Se parecía mucho más a una especie de esqueleto que a cualquier otra cosa. Imaginaba que tanto llanto la había consumido y que seguía con nosotros gracias a nuestros cuidados.

Por dentro seguía siendo la misma, demasiado importante para mí. Desde que fui pequeña creamos una conexión bastante fuerte y éramos uña y carne. Me encantaba sentarme a su lado a contarnos cosas y a recordar el pasado. Sabía que oír hablar de mi madre la hacía feliz a pesar de todo, y yo adoraba escuchar sus cosas.

— ¿Ruth? — medio abrió los ojos.

— Sigue durmiendo, abuelita — sonreí.

— Ya ha salido el sol, será mejor que me levante — bostezó.

La ayudé a incorporarse y le puse la bandeja con el desayuno encima. Me daba bastante lástima verla postrada en esa cama, pero la vida nos había dado un duro golpe. Mi abuela siempre fue activa, nerviosa y, sin embargo, sus músculos habían disminuido de tal forma que, aunque pudiese caminar, estaba segura de que no se podía mantener en pie.

— Ya me voy a trabajar, ¿vale? — le di un beso en la frente — Pronto vendrá la enfermera para tus cuidados diarios.

—Sabes que no me gusta que me anden manoseando.

—Pero necesitas moverte un poco, ponle ganas — le animé.

—Está bien — dijo resignada —, vuelve pronto y cuídate.

—Eso haré — asentí con la cabeza.

Me sonrió como siempre hacía y volví a mi habitación a coger mis cosas. En más de una ocasión pensaba en quedarme para ayudarla, ya que era bastante terca con las enfermeras, pero era imposible. El trabajo era demasiado importante para mí y sacar la empresa hacia adelante se había convertido en el eje central de mi vida. Sabía que mi padre y ella dependían de la calidad de mi trabajo y no iba a decepcionarlos.

Me puse la chaqueta, cogí mi bolso y salí decidida a enfrentar el día. Aquello no iba a ser como siempre, pues tenía otra actividad pendiente. Debía pensar cómo distraer a Sergio para que Carmen hiciese de las suyas y salir del paso de aquel compromiso en el que no pesaba participar más. Yo ya no era la Ruth tonta de siempre y tenía que aprender a tomar distancia de aquellas situaciones.



## Capítulo 4

De camino a la oficina mi móvil no dejó de sonar y ni me paré a responder. Sabía a ciencia cierta que era Enrique. Aquel hombre de costumbres fijas era demasiado cuadrado para mi gusto e insistía en estar conmigo continuamente. Mi padre le había dado pie, pues pensaba que con gustarle a él bastaba para convencerme a mí, pero las cosas no eran así. Por más esperanza que mi padre le hubiese dado conmigo, Enrique no era el tipo de hombre que me gustaba.

Tenía la mala suerte de trabajar justo al lado de él. Mi padre y el suyo habían sido buenos amigos durante toda la vida, incluso montando los negocios el uno al lado del otro. Enrique, al igual que yo, había pasado a ser jefe junto con su hermano Rodrigo, y eso hizo que su ego aumentara aún más. En cierto modo, como hombre, era bastante atractivo, pero a la hora de abrir la boca, dejaba mucho que desear. De nada me servía que fuese alto guapote y apuesto si a la hora de mantener una conversación era inculto y machista, además, su afición

al alcohol no me agradaba demasiado.

Me bajé del coche deseando no encontrármelo, estaba cansada de ponerle excusas para no quedar. En más de una ocasión le había dicho claramente que no era mi tipo, pero al igual que mi amiga Carmen, en su mundo no existían los “no”. ¿Cómo iba a decirle que no a un chico tan guapo como él, si parecía de anuncio? ¿Cómo se me podía ocurrir no caer rendida ante su sonrisa perfecta, sus ojos profundos y sus músculos apretados? Enrique podía ser el sueño de cualquier chica, pero no el mío.

Subí rápidamente a la oficina, agradeciendo no verlo por allí y me metí en mi despacho sin apenas saludar. Mis chicos, como yo llamaban a mis trabajadores, ya llevaban un buen rato tecleando. No pude evitar fijarme un poco más en Sergio, pues sin saberlo iba a ser mi víctima aquel día. El poco tiempo que llevaba con nosotros había hecho bien su trabajo y, sin embargo, me tocaba hacerlo sufrir trabajando horas extras. Al menos me quedaba la tranquilidad que, aunque por dentro se acordase de toda mi familia, lo hacía todo con una pequeña sonrisa.

— ¿Se puede? — dijo Sara, la encargada de mis trabajadores, asomando la cabeza.

—Ya estás dentro, ¿no? — respondí irónicamente.

Me dedicó una sonrisa y me puso un montón de informes encima de la mesa.

— ¿Qué es todo esto? — pregunté.

—Julio nos dijo que, aunque te los mandáramos por e-mail, deberías tenerlo en papel.

— ¿Mi padre os ha dado la orden de imprimir todos los informes que hacéis?

Asintió con la cabeza y suspiré. Aquel hombre iba a volverme totalmente loca. Se paseaba por allí dando órdenes a mis espaldas continuamente y estaba un poco cansada de enfrentarme a él.

—Esto me parece una reverenda tontería — dije mientras miraba informe tras informe.

—Si existe ya la vía digital... — respondió Sara.

—Sí, mi padre no se entera que no hace falta tenerlo todo en papel, no se moderniza...

—Entonces... ¿seguimos haciéndolo? — estaba dudosa.

—Hacedlo hoy para que os vea, a partir de mañana da la orden que seguimos como siempre — suspiré —, hoy no tenga ganas de discutir.

—Está bien — se dirigió hacia la puerta.

—Oye, Sara — llamé su atención —, antes de acatar una orden de mi padre sin más, debes venir a decírmelo.

—Lo sé, pero dijo que estabas de acuerdo.

—La próxima vez... asegúrate que sea así — respondí.

Sara me dio la razón y se fue del despacho, dejándome sola. Cualquier otro día lo hubiese llamado inmediatamente, pero no tenía ganas de discutir. Entendía que se aburría y que aquello había sido su vida, no tenía nada más que hacer. Odiaba profundamente que cuestionara mis órdenes y que siguiera ejerciendo de jefe cuando ya lo era yo. No sabía si en algún momento se daría cuenta que así no íbamos a ir por buen camino.

Me levanté y salí a servirme un vaso de té mientras daba una vuelta por los puestos de trabajo. Me gustaba asegurarme que mis chicos no se ponían a jugar

al solitario o algo parecido. Nunca había tenido ningún problema con ellos, todos me respondían bien, pero yo no era mujer de bajar la guardia. Me gustaba tener el control de todo y saber qué pasaba en todo momento.

Volví a fijarme en Sergio, sin poder evitarlo. No sabía por qué, pero aquel día me pareció otra persona diferente. Empecé a sentir lastima por él, pues mientras se pasaba más de 8 horas diarias delante del ordenador, su novia, se la pasaba pensando en otros chicos. Apenas habíamos salido algún que otro día a comer juntos y en la oficina no teníamos mucha relación, pero había demostrado ser un buen chico.

Sergio no destacaba, más bien era un chico del montón. Quizás lo más destacable entre su pelo castaño y su nariz pequeña podía ser sus ojos, de un tono verde claro. Tampoco se notaba que fuese chico de acudir mucho al gimnasio, pero al menos se mantenía bastante en forma. Siempre me había dado la sensación de ser buena persona y en su puesto de trabajo se había mostrado bastante competente.

Volví a mi despacho y pasé la mayor parte del día trabajando. No había pensado bien qué hacer con respecto a Sergio, pero estaba segura de que algo se me ocurriría. Estaba dispuesta a hacerle el favor a Carmen para que me dejara en paz, pero no iba a tenerlo más de un par de horas extra trabajando. No me caracterizaba por explotar a mis chicos y tampoco quería empezar a ganarme la fama.

En cuanto la hora de salir se acercó, lo mandé a llamar a mi despacho. Mientras se acercaba, se me ocurrió ponerle parte del trabajo que yo tenía que hacer. Me parecía la mejor excusa para que se quedase allí conmigo y darle ventaja a Carmen. No podía evita sentirme mala persona, pero ya me había metido en aquel berenjenal.

— ¿Sí? — Sergio asomó la cabeza.

—Pasa, no te quedes ahí — invité.

Se acercó tímidamente y se sentó frente a mí mientras lo miraba. Jamás me había parecido tan tímido, seguramente pensaba que iba a charle la bronca por algo y, ciertamente, resultaba tierno.

—Necesito que me hagas un favor — me levanté y cogí mi chaqueta lista para irme.

—Dime, Ruth.

—Tengo que terminar unos informes, pero tengo una cita médica — puse voz de pena — necesito que los termines.

—No hay problema — dijo dispuesto.

—Lo cierto es que son bastantes, seguramente te lleve un par de horas...

—Ruth, no te preocupes, estoy aquí para eso — sonrió.

No pude evitar sentirme mal conmigo misma. Iba a dejarlo allí en la oficina haciendo mi trabajo mientras su novia se iba con otro. Le indiqué todo lo que tenía que hacer y le puse algunos extras por si acaso.

—Haz lo que te dé tiempo — propuse —, tampoco tienen que ser todos.

—Da igual, jefa, no me importa quedarme un par de horas más aquí.

—Está bien — le acerqué las llaves de la oficina —, cierra cuando termines, ¿vale?

Asintió con la cabeza y salí de allí. Estaba segura de que con todo lo que le había puesto llegaría bastante tarde a su casa. Intenté olvidar todo lo que estaba haciendo para no sentirme peor, pero no podía evitarlo. No pensaba

hacerle ni un favor más a Carmen, no de ese estilo. Sergio era un buen trabajador, y en ese momento me parecía mejor persona, no se merecía eso por mi parte.

Le mandé un mensaje a Carmen para que supiera que había hecho mi parte y me dirigí a casa a descansar. Los informes que Sergio tenía que hacer ya los había hecho por la tarde, pero simplemente los borre para que los hiciese él de nuevo. Esperaba que tanto a ella como a nuestro amigo Lucas le cundiera la tarde, porque por mi parte no iba a encubrirlos ni una sola vez más.



## Capítulo 5

Sorprendentemente, aquella noche no me la pasé en vela. Había hecho el favor que me había pedido Carmen y a pesar de que no estaba bien, decidí pasar tanto de ella como de todo lo demás. Intenté pensar que realmente no había hecho nada y comencé a hacer mi vida con completa normalidad. Si Carmen no me había mandado ningún mensaje, significaba que todo había salido bien y que podía olvidarme por completo de todo.

Después de ayudar a mi abuela Rosa con su desayuno y terminar el mío, me dirigí hacia el trabajo con mi padre. Había insistido varias veces en acompañarme en el coche y sabía que no era por simple capricho. Al igual que él me conocía bastante bien, yo también. Cuando quería tratar un tema conmigo, siempre elegía aquel ambiente para hacerlo. No entendía qué tanta comodidad le daba el verme conducir, pero era en los únicos momentos que

me sacaba conversaciones distintas al trabajo. Imaginaba que como tenía que estar pendiente a la carretera, se sentía más tranquilo sin mi mirada directa a sus ojos.

—Suéltalo — dije en cuanto arranqué.

— ¿Que suelte el qué? — preguntó haciéndose el tonto.

—Lo que tengas que decirme... — no estaba para disimular que no íbamos a tener ninguna conversación.

—No tenía nada que comentarte, pero ya que lo dices...

Aquella era su frase estrella. Él nunca tenía nada que hablar, pero ya que los demás sacábamos los temas, se arrancaba sin más. Siempre había sido demasiado directo y sincero con el resto de la gente, pero conmigo le costaba hacerlo. Mi humor no era demasiado apacible, pero tampoco me comía a nadie. Él sabía qué temas podíamos hablar y cuales me molestaban bastante y, no sabía por qué, pero me olía que aquel día no me iba a gustar nada.

— ¿Qué tienes que hacer esta noche?

—No sé, lo de siempre — respondí desinteresadamente.

—No has quedado con nadie, ¿no?

—Que yo sepa, no, ¿por qué?

—Invité a Enrique a cenar a casa — soltó.

— ¿Por qué has hecho eso? — pregunté resignada.

—Ya sabes, me gusta tenerlo cerca, es un buen chico, ¿no crees?

No lo creía y estaba harta de decírselo. Mi padre insistía en que era el chico ideal y no se equivocaba del todo. Era el novio perfecto para salir en fotos en

redes sociales pareciendo ser la pareja ideal, como hacía el resto del mundo. Sin embargo, en una vida real, no servía para absolutamente nada. Me había dejado claro en más de una ocasión que quien se casara con él tenía que lavarle los calzoncillos y yo jamás estaría dispuesta a tocar semejante cosa suya.

—Me parece muy bien que queráis cenar los dos juntos — dije tranquilamente.

— ¿Juntos?

—Sí, tú y él, para eso lo has invitado.

—Sabes que lo invito para que estés presente, no te hagas la tonta.

—Y tú sabes que no me gusta, papá — había repetido esa frase mil veces.

—Ruth, debes darle una oportunidad, es un hombre de los de antes.

— ¿Qué significa eso?

—Que merece la pena, hoy en día no hay más que niños.

— ¿No te has parado a preguntar que quizá no me gustan los hombres de antes?

—No digas tonterías, podéis formar un buen hogar.

Aquella frase me puso enferma del todo y aceleré. Quería dejarle claro que no iba a seguir con la conversación y necesitaba llegar cuanto antes a mi despacho. No iba a formar un hogar con Enrique ni, aunque me pagaran. Ese hombre no iba a compartir cama conmigo, lo tenía demasiado claro.

Mi padre no volvió a decir nada más, mi cara lo dejaba todo claro. Aquellas conversaciones me ponían de un humor increíble y me hacían el día por completo. Entendía que se preocupase por mí, que viese que me hacía mayor y

seguía soltera, pero yo tenía mi propio criterio. Era demasiado exigente con los hombres, no me valía el primero que pasase por delante. Confiaba en que la vida me pondría por delante el indicado cuando llegase el momento, o iba a andar con ninguna prisa.

Me bajé del coche y me metí al despacho después de saludar a todos con la mejor de mis sonrisas. Tenía que disimular el mal humor que llevaba y no me parecía correcto pagarlo con ellos. Siempre habíamos creado un buen ambiente de trabajo, en el que todos nos sintiéramos cómodos.

Me senté en mi sillón e intenté relajarme. Aquel era el único ambiente donde me sentía completamente en paz. Mi padre entraba y salía cuando quería, pero después de mi actitud dudaba bastante que lo hiciese en aquel momento. Sabía que si me quería volver a tener de buen humor debía dejarme tranquila.

Después de un largo rato, casi tumbada y con los ojos cerrados, logré alcanzar algo de paz. Había entrenado durante años ejercicios mentales de relajación y por primera vez en la vida me habían servido para algo. Quería olvidarme de todo lo que me rodeaba y sentirme sola en el mundo. Tenía demasiada presión con la empresa y con lo que había vivido como para tener que aguantar más tonterías del resto de planeta.

Escuché cómo golpeaban en mi puerta, desconcentrándome del todo. Me incorporé de nuevo y puse la mejor de mis sonrisas. Todos sabían que mi humor se alteraba con facilidad, pero yo prefería parecer más pacífica que otra cosa. En mi lugar de trabajo intentaba ser bastante amigable y no llevarme más preocupaciones.

— ¿Sí? — pregunté extrañada al ver que nadie abría la puerta.

No apareció nadie. Normalmente mis chicos siempre llamaban a la vez que asomaban la cabeza, así que me resultó bastante extraño y decidí pasar del

tema. Seguramente querían decirme algo y se habían arrepentido. Volví a medio tumbarme en aquel sillón grande y escuché que llamaban de nuevo. Me incorporé por segunda vez.

— ¿Sí? — pregunté de nuevo.

Observé como el manillar se giraba lentamente y una rubia cabellera asomaba detrás de la puerta. Podía haber reconocido aquella melena a kilómetros de distancia. La suerte no estaba conmigo aquel día.

— ¡Hola, amiga! — medio gritó Carmen —, ¡qué suerte encontrarte aquí!

Suspiré profundamente e intenté poner la mejor de mis sonrisas. Aquel día no podía ir a peor.



## Capítulo 6

No era ninguna suerte encontrarme allí, pues era mi oficina y mi despacho. A la última persona que esperaba era aquel día, era a ella y mucho menos, en mi lugar de trabajo. Me parecía bastante descarado que apareciese, pero la conocía demasiado bien como para saber que no le importaba nada más que ella.

— ¿Y eso, tú por aquí? — pregunté con una sonrisa.

—Vine a pasar la mañana contigo — aquella frase solo le emocionó a ella.

—Ah. ¡Qué bien! — intenté disimular que no me gustaba la idea.

Supe de inmediato que iba a necesitar otro café para enfrentar la mañana. No me iba a bastar uno con leche, sino el más puro que encontrase en la cafetera. No era difícil adivinar que Carmen venía a contarme con pelos y señales todo lo que había pasado el día anterior con Lucas, nuestro amigo. A ella le daba igual que Sergio estuviese trabajando en la habitación de al lado, con cerrar la puerta y que no se enterase le sobraba.

— ¡Estoy tan emocionada! — dijo en voz bajita, con aquella sonrisa picarona.

—Imagino que todo salió bien, ¿no?

—Si supieras...

Aquella frase sería el principio de su relato. Me esperaba un buen rato delante de ella, escuchando obligada todo lo que tenía que contar.

— ¿Por qué no mejor nos tomamos un café antes de nada? — propuse.

—Sí, buena idea —sonrió.

Salimos hacia la sala en la que trabajaban mis chicos. Sergio levantó la cabeza y volvió a sonreírle a Carmen cuando esta se acercó a él. Mientras servía un par de tazas de café no pude evitar fijarme en su actitud. Se había acercado y lo besaba y abrazaba como si estuviera mega enamorada. No había persona más falsa que ella.

Cuando terminé, le hice una señal con la cabeza para volver a mi despacho. Tenía que ignorar todas sus acciones porque no eran mi problema y no debían afectarme. Ella y Sergio eran demasiado mayorcitos para resolver sus cosas y pararse a pensar con quien estaban compartiendo sus vidas. Yo tenía demasiadas cosas en la cabeza, pasaba un poco del resto del planeta.

Me senté y le eché un par de sobres de azúcar a aquel café negro. Jamás había sido de mi agrado, pero sentía que lo necesitaba más que nunca. Odiaba tener que poner caras de felicidad y reírme con sus historias de infidelidad, pero tenía que actuar. Habíamos pasado muchos años juntas y mil anécdotas, tampoco quería ser del todo antipática con ella. De todas formas, ya se encontraba frente a mí, no podía evitar el momento.

—Bueno... cuéntame... — comencé.

—A ver, a ver, ¿por dónde empiezo? — se preguntó a sí misma mientras endulzaba también su café

—Por el principio — sonreí.

Aquella mujer abrió la boca y ya nunca más la cerró. Empezó a contarme desde lo que se puso, pasando por el perfume que se echó, siguiendo por el tipo de helado que se comió y le tuve que parar los pies en los siguientes detalles. Lucas y ella habían pasado de pasear a acabar en la cama de un hotel barato de la ciudad. No entendía ese tipo de actitudes por parte de la gente que

mantenía una relación seria, pero cada día estaba más segura de que finalmente el bicho raro de la sociedad era yo.

—Y eso es todo — se terminó su café de un solo sorbo.

—Bueno, pues me alegro de que te hayas quitado el gusanillo de estar con Lucas — respondí —, quizás ya puedas volver tu vida real.

—El caso es que... — volvió a sonreír de aquella forma.

— ¿Es que? — pregunté.

—Hemos vuelto a quedar

— ¡Qué sorpresa! — dije irónicamente.

No me sorprendía para nada. Carmen no era de esas chicas que hacían las cosas una vez, a ella le gustaba estar al límite. Hasta que no se viese contra la espada o la pared o muy pillada con sus mentiras, jamás pararía. No sabía si le había cogido gusto a la adrenalina que experimentaba con eso o simplemente lo hacía porque sí.

—Esta tarde vamos a vernos y me preguntaba si...

—No — la interrumpí sin más.

Sabía que aquella frase terminaría conmigo metida en el tema. Tenía claro que solamente lo iba a hacer una vez. No sé en qué momento me vio cara de tonta, pero no lo era.

—Vamos... ayer llegué a tiempo y no pasó nada.

— ¿Y qué pretendes? ¿Que tenga a Sergio aquí a diario trabajando horas extras? — me empezaba a enfadar el asunto.

—Solo serán un par de veces.

—Eso dices siempre. Carmen, pero tú y yo sabemos que no es verdad.

—Solo será una hora, acortaré la cita.

—Que no...

—Solo por esta vez, lo prometo.

Sus promesas no valían absolutamente nada. Sabía que, si le volvía a decir que sí, al día siguiente me prometería que también sería la última vez y así infinitamente.

—Lo siento, Carmen, pero en temas de mi trabajo no pienso meter a nadie.

—Vamos... — empezó con aquella actitud pegajosa

—No voy a cambiar de opinión, ya lo hice una vez, ahora es tu problema ver cómo te escapas.

Llamaron a la puerta de mi despacho en ese preciso instante y fue gloria para mí. La conversación empezaba a parecerme incómoda y no pensaba cambiar de opinión.

— ¿Jefa? — Sergio asomó la cabeza por detrás de la puerta.

—Pasa, Sergio, no te preocupes — sonreí.

—Tengo que ir a mandar unos informes por correo, voy a salir un momento.

Aquello me vino como anillo al dedo.

—Mira, llegas justo a tiempo, Carmen ya se iba y te podrá acompañar.

Me dedicó una mirada falsa, pero me dio igual. Debía empezar a entender que éramos amigas, sí, pero con límites. Quería empezar a dejarle claro que no podía usarme como le diese la gana, ya no éramos dos niñas adolescentes.

—Sí— respondió —, yo te acompaño, cariño.

Se levantó mandándome un beso con los labios y salió del despacho con Sergio. La imaginaba abrazándolo de nuevo y besándolo como si nada. Me estaba pidiendo el favor de volver a tenerlo trabajando sin motivo para irse con otro y, sin embargo, podía seguir su vida tranquilamente. No quería saber absolutamente nada de ella ni de Lucas.

Volví a medio tumbarme en mi asiento y me puse una especie de bufanda encima de los ojos. Entre mi padre con la cena de Enrique y Carmen con sus historias, mi cabeza necesitaba descansar. Mi día apenas acababa de empezar y no prometía mejorar.



# Capítulo 7

No sé cómo, pero finalmente me quedé un poco dormida en aquel sillón. La hora de comer se había pasado y desperté con un hambre horrible. Me alegraba profundamente que nadie me hubiese interrumpido ni entrado en mi despacho, aunque si fue así, jamás me enteré. Me incorporé, me puse un poco bien el pelo y salí a coger algo de comida.

Mis chicos siempre pedían almuerzos a un restaurante cerca y almorzaban juntos. Eso creaba un buen ambiente de trabajo, haciendo que las relaciones entre ellos fuesen mejores. Me alegraba que trabajasen en un ambiente cómodo y, aunque no podíamos evitar que algún día que otro hubiese algún roce entre ellos, normalmente se llevaban bien.

Podía recordar perfectamente cuando allí sólo trabajábamos mi padre, un par de empleados y yo. El trabajo había aumentado de tal forma que la sala dónde los tenía empezaba a quedarse un poco pequeña, pero jamás se habían quejado. Me planteé en más de una ocasión mudarnos a otro sitio, aunque sabiendo que aquello provocaría problemas entre mi padre y yo, lo dejé pasar. Aquel hombre era demasiado terco para aceptar los cambios y yo debía mantener la paz continuamente entre los dos.

Cogí un par de fiambreras y volví a mi despacho. Aquel día toco atún con tomate y patatas fritas. Podía decirse que prefería siempre la carne antes que el pescado, pero podía haberme comido cualquier cosa. Mi estómago rugía y parecía que no había probado bocado en años. Había tenido el estómago cerrado en esos días ante tantas tonterías y por fin estaba pidiendo que repusiese el tiempo perdido.

Mientras devoraba aquel plato, empecé a abrir correos y a gestionar cosas de la empresa. Con la visita de Carmen apenas había podido hacer nada, así que se me acumuló bastante trabajo. Aquello me venía bien como excusa para aparecer tarde por casa, aunque, si no hubiese sido así, me la hubiese inventado. Lo que menos me apetecía aquel día era llegar a compartir mesa con Enrique y sus chistes malos. Siempre pensé que alguien tenía que decirle alguna vez que no era gracioso, a ver si así dejaba de torturarnos a los demás.

La tarde se me pasó volando y apenas había hecho la mitad del trabajo. Salí a toda prisa a coger otro café y volví sin decir nada a mi despacho. Normalmente salía bastantes veces a controlar un poco a los chicos y a hablar con ellos, pero aquel día no me dio tiempo de nada. Muchas empresas nos pedían los informes en el mismo día y no podía fallarles.

Cuando se aproximó la hora de salir, escuché como mis chicos recogían las cosas y venían a despedirse de mí. Sabía que aún me quedaba un buen rato, pero no me importaba nada. Mi padre estaría esperándome para cenar seguramente y me imaginaba a Enrique emocionado. Cada vez que se le daba pie a pensar que podíamos estar juntos, su mente volaba demasiado lejos. Esperaba que en algún momento mi padre se diese cuenta que no iba a lograr su objetivo, no podía acabar con un hombre como Enrique.

— ¿Jefa? ¿Se puede? — Sergio asomó la cabeza por segunda vez aquel día.

—Dime — respondí mientras seguía tecleando en mi ordenador.

—Ya es hora de salir, venía a despedirme.

—Está bien, nos vemos mañana, diles a los chicos que se aseguren de apagar todo — ordené.

— ¿No sales? — preguntó.

—Con la visita de Carmen y el dolor de cabeza que me dio, apenas he hecho mi trabajo, creo que me toca quedarme un buen rato más — sonreír sin mirarlo.

—Si quieres, puedo ayudarte.

—No, para nada — negué con la cabeza —, ya bastante abuse de ti ayer.

—No es problema, insisto.

Pude observar de reojo cómo terminaba de entrar en mi despacho y se sentaba frente a mí. No me gustaba para nada recibir ayuda y prefería que se marchase. Me sentía bastante culpable de haberlo tenido trabajando sin razón, no se merecía eso.

—Puedo yo sola, no te preocupes — dejé de teclear y lo miré.

—Si lo hacemos entre los dos, será mucho más rápido.

—Tendrás que ir a casa a hacer cosas, no pierdas el tiempo, además, no voy a pagarte estas horas extras — bromeé.

—Bueno, qué remedio, ya me ofrecí.

Cogió los informes que tenía delante y empezó a redactarme los datos para que pudiese teclear más rápido sin estar mirando. Me agradaba bastante la actitud de Sergio, no podía estar más contenta con él. Había resultado ser bastante competente en su trabajo y no le importaba llegar más tarde a casa.

En ese momento me concentré tanto en el buen equipo que estábamos formando, que no pensé en Carmen ni en Enrique ni en nadie más. Me empezaba a sentir bastante a gusto con él y esperaba que mi amiga lo valorase algún día. Sergio era de esos hombres que merecía la pena y ella no sabía verlo.

—Y este es el último — dijo después de un par de horas.

— ¿Es el último? ¿Por fin? — pregunté emocionada.

—Sí — rio —, ya casi podemos volver a casa.

—No es que me entusiasme volver, pero no tengo cabeza para seguir haciendo informes.

— ¿Y por qué no quieres volver?

—Mi padre me ha concertado una cena con un chico que no entiende que no me gusta, ya sabes....

—Si, sé cómo son los padres, no hay quien los pare — sonrió.

—Pero bueno, no tengo más remedio — asumí.

—Cuando quieras escaparte, solo tienes que decirlo, puedes venir a casa.

—Sería un placer, pero tendrás cosas que hacer con Carmen.

—Bueno, ya sabes que tú siempre serás bienvenida y para mí sería un placer recibirte.

Le dediqué una sonrisa y acepté con la cabeza. Era la primera vez que manteníamos una conversación que no fuese del trabajo y ya me había ofrecido su casa. No hacía falta conocerlo mucho para saber que no era como Carmen, que no hacía favores para cobrárselos más tarde.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez.

—Eso espero — volvió a sonreír.

Apagué el ordenador y empecé a recoger todo junto con él. Sergio empezaba a parecerme más agradable que nunca y comenzaba a mirarlo con otros ojos. Quizás podíamos convertirnos en buenos amigos, pues era bastante parecido a

mí. No era el tipo de persona prepotente e interesado, sino todo lo contrario.

Apagamos todas las luces y empezamos a bajar las escaleras para salir finalmente a la calle. Íbamos hablando tan tranquilos cuando la luz se apagó a mitad del recorrido y nos quedamos completamente a oscuras. Siempre había insistido a mi padre que aquel sensor no terminaba de funcionar bien, pero su terquedad no lo quería ver. Como casi nunca nos íbamos de allí siendo de noche, jamás lo vio necesario.

—Dame la mano, no quiero que te caigas — propuso Sergio.

—Tranquilo, creo que puedo seguirte.

—No seas pesada, puedo ayudarte.

Sergio me cogió la mano y comenzamos a bajar lentamente las escaleras. A pesar de ser un completo desconocido para mí, me hacía sentir segura. Su mano estaba completamente calentita en contraposición con la mía, y lo agradecí.

—Ya casi llegamos.

No me hubiese importado que aquello durase más, me sentía bien con Sergio. Era una de las pocas veces que dejaba a los demás guiar mi vida y no cogía las riendas. Sabía que él me llevaría a la salida sin ningún problema y me dejé llevar.

Cuando abrimos por fin la puerta de la calle, pudimos obtener algo de luz con las farolas que estaban cerca de allí. Sergio se quedó a mi lado en todo momento, como si se estuviera asegurando que no me pasaba nada.

—Muchas gracias por acompañarme y ayudarme — dije tras cerrar a puerta con llave y dirigirnos hacia los coches.

—No es nada, solo me debes un café — bromeó.

—Claro, cuando quieras — me emocioné sin quererlo.

—Seguramente Carmen está feliz de que nos llevemos bien

—Sí... — dije a media voz — Seguro que sí.

No había pensado en Carmen, para ser sinceros. No me importaba compartir mi tiempo con Sergio, pero sí con ella. Se había vuelto un poco fastidioso para mí sus conversaciones y favores, solo quería tener a mi alrededor gente tranquila como él.

Me despedí finalmente y me monté en el coche para volver a casa. Sabía que me esperaba un rato un tanto desagradable con Enrique y con mi padre intentando por todos los medios ejercer de celestina. Después del día que había tenido no me interesaba mucho aquella cena, pero agradecí bastante en mi interior el rato de respiro que Sergio me había ofrecido.



# Capítulo 8

No hacía falta entrar en casa para darme cuenta de que la visita seguía aún allí. Se podía escuchar las risas de mi padre con Enrique desde el otro lado de la ciudad. No lograba entender cómo se lo podían pasar tan bien el uno con el otro y más de una vez me pregunté a mi misma, seriamente, si acaso ellos dos no eran la pareja ideal.

Tomé aire varias veces y giré la llave para entrar. Podía oler perfectamente cómo habían abierto algunos puros, haciendo todavía menos atractiva aquella situación. Mi padre siempre tenía una caja de puros caros guardada, cogiendo polvo, pero cuando venía la gente se hacía el interesante. El jamás fumaba nada de eso, hasta me planteaba si en realidad le gustaba.

Dejé la chaqueta en el perchero de la entrada, las llaves colgadas y me quité el abrigo. Intentaba recordar escenas graciosas de películas y series que me gustaba ver, para ver si así conseguía una sonrisa más auténtica, pero no hubo forma. Solo el hecho de verle la cara a Enrique ya hacía que se me revolviese el estómago.

Entré en el salón y apenas se percataron de mi presencia. La cena había terminado, pues pude observar los platos vacíos encima de la mesa, y eso me agradó bastante. Estaban sentados en unos sillones de cuero marrón que mi padre tenía al final del salón. Aquel rincón parecía el lugar típico que solían tener los señores antiguamente para reunirse y hablar de sus negocios. Me imaginaba que habría sacado la idea de alguna revista o algo así, porque era exactamente igual que en las películas.

No tardaron mucho en girar las cabezas y fijarse en mí. A Enrique se le dibujó una sonrisa un tanto idiota en la cara y mi padre no terminaba de mirarme bien. Sabía que estaba algo enfadado por mi tardanza, pero yo jamás le mentí. Siempre le dejé claro que no me agradaba para nada tener que soportar aquellas visitas.

Saqué una media sonrisa y la intenté soportar mientras Enrique venía hacia mí a saludarme. Al menos, quitando el olor a puro, sabía que su perfume me iba a gustar. Lo único que podía destacar de él era su obsesión por mantenerse limpio y el buen aroma de sus perfumes caros.

— ¿Dónde te habías metido? — preguntó después de darme dos besos.

—Tenía demasiado trabajo, se me acumularon muchos informes.

— ¿Y acaso tú no tienes empelados? — miró a mi padre — Les pagamos para algo, que trabajen que no hacen nada.

El primer comentario estrella no tardó en aparecer y en disminuir mis ganas de quedarme allí charlando. No podía esperar más de él. Su empresa funcionaba, pero la gente no estaba demasiado contenta. No le importaba ponerlo a trabajar más de la cuenta, incluso en días festivos y dejar de pagarles. Enrique tenía demasiado subido el poder a la cabeza.

Intenté obviar aquel comentario y me senté un rato cerca de ellos. Por mí me hubiese dado la vuelta inmediatamente, pero por la cara de mi padre prefería hacer un poco más el papel de simpática. Intentaba por todos los medios llevarme bien con él, pues a pesar de todo, solo nos teníamos el uno al otro. Sabía que él me aguantaba mil cosas igualmente a mí, así que decidí hacer el esfuerzo.

— ¿Y qué me he perdido? — pregunté.

—La cena, que no es poco — respondió mi padre.

— ¿Aparte? — pregunte intentando ignorarlo.

—Estábamos hablando acerca de los negocios, ya sabes, cosas de hombres — respondió Enrique.

Sabía que no iba a parar con sus comentarios.

—Yo tengo un negocio y soy mujer, ¿acaso estoy excluida de la conversación? — pregunté mirándolo directamente.

—No te ofendas, querida — sonrió y miró a mi padre.

Odiaba que él le consistiese todo. Mi padre se había cegado demasiado con Enrique, hasta el punto de no ver con claridad las cosas.

—Entonces, ¿has tenido mucho trabajo? — preguntó mi padre cambiando de tema.

—Sí, ya sabes cómo son estas empresas.

—Deberías relajarte un poco, al final te van a salir canas antes de tiempo.

—A mí las mujeres así, no me gustan, tú sabrás — dijo Enrique —, tienes que mantenerte guapa como sea.

Si tenía que soportar más comentarios así, desaparecería sin dar explicaciones. En ese momento pensé dejarme el pelo completamente blanco, a ver si así dejaba de interesarse por mí. Enrique pensaba que las mujeres teníamos que estar perfectamente vestidas, maquilladas y dispuestas a tener sexo con él porque sí, porque él lo valía.

Mi padre siguió hablando y Enrique le iba siguiendo la conversación mientras yo prefería mantenerme al margen. Intentaba sonreír a cualquier estupidez que decían de vez en cuando para no parecer un maniquí. Sabía que contentaba a

mi padre con mi presencia y tampoco me molestaba del todo hacer oídos sordos.

—Bueno — Enrique miró el reloj —, creo que es hora de irme.

No sabía cuánto tiempo había pasado, pero esas palabras me supieron a gloria. La sonrisa que se dibujó en mi rostro fue completamente verdadera, la única que tuve en aquella noche.

—Qué le vamos a hacer — me levanté del asiento —, nos veremos en otra ocasión.

—Sí, eso espero — me guiño un ojo.

Enrique se despidió de mi padre con un abrazo, como si fueran amigos íntimos de toda la vida. Me chocaba un poco ver toda aquella concentración excesiva de cariño, pero sabía que él le había dado pie. Si fuese por mi padre estaríamos ya casados y con 20 nietos corriendo por la casa.

—Ruth ¿por qué no acompañas a Enrique a la puerta? — propuso mi padre.

— ¿Yo?

—Sí... Tú...

Le dediqué una mirada asesina, giré la cabeza y le sonreí a Enrique. Cogió su abrigo y nos dirigimos hacia la puerta. No entendía por qué no podía ir él solo, no era demasiado difícil. Aquel momento de decir adiós y ver cómo se iba era demasiado incómodo para mí.

—Bueno... — dije cuando llegamos a la puerta.

—Ruth... ¿Cuándo vamos a vernos? — preguntó.

—Nos estamos viendo ahora.

—Digo en serio, una cita... no respondes a mis llamadas.

—He estado demasiado liada, el trabajo me tiene consumida — me excusé.

—Lo sé, pero si seguimos así no vamos a llegar a ningún lado.

Justamente esa era mi intención. Amaba ver cómo se cansaba de mí y cómo se empezaba a dar cuenta que conmigo solo podía toparse con un muro de piedra.

—Te avisaré en cuanto tenga algún hueco — respondí.

— ¿Estás segura?

—Sí, no te preocupes.

No pensaba llamarlo, pero tampoco quería ser cruel. Estábamos en mi casa y no quería ser más antipática que de costumbre. La jugada me estaba saliendo bien, pues poco a poco se iba decepcionando.

Se acercó a mí y me dio un beso en la mejilla. En ningún momento le había dado permiso para hacerlo, pero tampoco le iba a soltar un guantazo ni nada por el estilo. Me dediqué a ponerle una medio sonrisa y le abrí la puerta para que se fuese.

Ni siquiera esperé ver cómo se montaba en el ascensor, cerré de una vez. Me dirigí hacia mi cuarto sin pararme a darle las buenas noches a mi padre. No estaba para que me diesen más charlas, el día había sido bastante largo. Lo único que quería era desaparecer del mapa y que el resto del mundo se olvidase de mi existencia por un rato.



# Capítulo 9

Mientras terminaba de desayunar y preparaba el de mi abuela, recibí un mensaje de Carmen. Al principio me dio bastante pereza abrirlo, pero como me importaba más bien poco, lo hice sin más. Podía esperar cualquier cosa de ella, estaba lista para recibir su sorpresa.

“Gracias por volver a distraer de nuevo a Sergio, te contaré más tarde.”

Sin querer, la habíamos cubierto de nuevo. Pensaba que había obligado a Sergio a trabajar y no había sido así para nada. Él decidió quedarse y aún sin saberlo, se metió un gol en propia portería. Carmen tuvo todo el tiempo para hacer lo que quiso y volver a casa tranquilamente. Seguramente había estado practicando toda la tarde una excusa para soltársela a Sergio en cuanto llegara a casa.

Lo peor del asunto era que pensaba que la había vuelto a cubrir. Le había dejado claro el día anterior que no iba a hacer nada de eso y no sirvió de nada. Me hubiese gustado responderle que fue Sergio quien decidió quedarse, pero pasaba bastante del tema. Quizás la tontería con Lucas se le pasa pronto, como lo hacía con todo en su vida. Cualquier novedad la recibía con mucha pasión, pero pronto se acababa cansando y buscaba nuevas aventuras.

Serví el café y un par de magdalenas en una bandeja mientras intentaba olvidar el asunto y me dirigí hacia la habitación de mi abuela. Sorprendentemente, la encontré despierta e incorporada, seguramente mi padre la había estado ayudando. A pesar de no ser su madre, él la quería tanto como yo, pero su relación se había enfriado un poco. Imaginaba que a veces, en su interior, sin quererlo, la culpaba un poco por lo que había pasado. Mi madre había sido el

único amor de su vida y eso le destrozó por dentro.

—Buenos días — saludé mientras le ponía la bandeja entre las piernas.

—Hola, cielo — sonrió al ver su desayuno.

— ¿Cómo has dormido, abuela?

—Bien, las pastillas me ayudan bastante — respondió —, ayer casi no te vi.

—Tuve demasiado trabajo...

—Querías evitar la cena con Enrique, ¿cierto?

—Eso también, para qué te voy a mentir.

—No sé cómo tu padre sigue insistiendo, solo oírlo me daba dolor de cabeza.

Nos reímos al unísono. Mi abuela no se podía mover de la cama, sin embargo, las conversaciones de Enrique podían oírse desde todos lados. Ella sí comprendía mis sentimientos hacia él, pero mi padre seguía pensando lo contrario. Para él sería un orgullo casar a su hija con el hijo de su mejor amigo, pero las cosas no iban a ir nunca por ese camino.

—No te dejes engañar por él — siguió diciendo —, estoy segura de que el hombre de tu vida está a punto de llegar.

— ¿Tú crees? Yo ya he perdido las esperanzas.

—Quizás lo tienes delante y no lo ves, a mí me pasó con tu abuelo.

—No tengo nadie que me interese, eso sí lo tengo claro.

—La vida puede darte muchas sorpresas — sonrió.

Le devolví la sonrisa, le di un beso en la frente y me marché en dirección a la oficina. Mi abuela llevaba años diciendo esa frase, pero lo cierto era que

aquel día nunca había llegado. En mi vida sólo habían aparecido sapos y por más que lo besaba no se convertían en nada medio agradable. Ya no pedía un príncipe azul, sino alguien medio decente.

Mi madre me había enseñado muchas cosas y una de ellas era a elegir bien. No tenía prisa por conseguir un novio o tener hijos, como habían hecho la mayoría de mis amigas. Me había convertido en la solterona que acudía a las fiestas solas y que gastaba su dinero en regalos de bebé ajenos, pero no me importaba para nada.

Si jamás conocía al hombre de mi vida tampoco iba a morir por ello. Me consideraba bastante independiente de los hombres y estaba un poco harta de tener que oír siempre lo mismo. Mis amigas no hacían más que insistir en que necesitaba uno o que necesitaba un buen polvo para ser feliz. Eso hizo que me alejara un poquito de ellas y me centrara más en mi trabajo, pues ahí no tenía que escuchar las mismas estupideces una y otra vez. Prefería estar sola a como estaban muchas de ellas.

Sabía que en parte mi padre me presionaba porque se veía viejo y quería tener nietos a toda costa. Nuestra familia se redujo a nosotros tres cuando sucedió la muerte de mi madre. Le parecía demasiado triste que en Navidad o en cenas importantes apenas llenáramos la mesa, pero yo no era culpable de eso ni me tenía que hacer responsable.

Antes de nacer yo, ellos tuvieron un hijo, pero murió a los pocos días de nacer. Cuando mi madre estaba embarazada le dijeron que el bebé tenía problemas de corazón y que lo intentarían salvar, pero las cosas no salieron bien. A mí me consideraron más que un milagro, porque pensaban que ya nunca iban a poder tener más hijos sanos y porque vine de sorpresa, sin que lo esperasen. Ese suceso hizo que me sintiera más presionada de agradar sus expectativas, pero me di cuenta bastante temprano que no me hacía feliz. Tenía

que pensar en mí, en mi vida, y elegir el camino que considerase correcto.

Sabía que me había centrado demasiado en mi trabajo y que no echaba mucha cuenta al amor. Siempre había sido ese tipo de personas que pensaba que el hombre indicado llegaría a mí, sin buscarlo. No es que creyera demasiado en las películas de amor ni en las historias fantásticas, pero no estaba cerrada a nada. En cuanto un chico me interesase le abriría mi corazón y me lanzaría a vivir la aventura.

Aquel momento aún no había llegado y me tenía que resignar a hacer mi rutina de siempre. Debía sacar el negocio adelante y seguir manteniendo a mi familia. Lo que sí tenía claro es que Enrique no iba a ser el hombre con el que pasase el resto de mis días.



# Capítulo 10

Habían pasado varios días desde aquella cena y me sentía bastante relajada. Enrique no me había llamado, ni tampoco Carmen. Aquellas dos personas habían tambaleado demasiado mi tranquilidad días atrás y me alegraba profundamente de no saber nada de ambos.

La empresa iba viento en popa. Habíamos conseguido que un par de empresas más nos dejaran gestionar sus asuntos y si seguíamos así, podíamos ampliar nuestro grupo de trabajo con alguna persona más. Me emocionaba bastante ver cómo la sala donde se encontraban ms chicos se iba haciendo pequeña. Había conseguido aumentar el ritmo de trabajo bastante para apenas llevar unos años ejerciendo el mando, no podía sentirme más orgullosa de mí misma.

Me levanté de mi asiento aquella mañana, cansada de hacer informes, y decidí ir a servirme un café mientras me daba una vuelta por la sala. Sara, la encargada de ellos y de la oficina, había faltado durante varios días y la echaba demasiado en falta. Ella organizaba todo, sin embargo, en esos días me ocupé yo.

Veía a los chicos tranquilos, tecleando sin parar. Ramón, uno de los primeros chicos que entró a trabajar con nosotros, no dejaba de sorprenderme. Tecleaba de una manera increíble, apenas se le veían los dedos. Rosa María, a su lado, intentaba alcanza su ritmo, pero era demasiado difícil. Todos estaban tan concentrados que apenas tuve que dedicarme a decirles nada.

Me acerqué a una pequeña mesa en la que teníamos algunas magdalenas, galletas y postres variados, con intención de servirme una taza de café. Era imposible hacer dieta en aquel sitio. Cada día alguien traía algo diferente y se

nos iba juntando las sobras continuamente. Me costaba demasiado no coger alguna que otra cosa para acompañar la con la bebida, todo se veía siempre demasiado tentador. Rosa María precisamente, había puesto un par de kilos desde que entró a trabajar con nosotros hacía solo un par de meses.

Pronto me di cuenta de que allí no había nada para servirme. Seguramente mis chicos habían acabado con todo el café disponible sin darse cuenta. Sara era la que se encargaba de tener aquellas cosas listas y con su ausencia, ninguno se había encargado de ello.

—Me quedé sin café — dije en voz alta mientras me daba la vuelta para mirarlos.

Todos pusieron cara de póker.

— ¿Nadie se ha dado cuenta que el bote estaba vacío? — pregunté.

—Yo me hice el último, pero no me di cuenta... — Sergio respondió un poco apenado.

—La próxima vez debemos estar pendientes, ¿vale? — los miré a todos —, sabéis que me da un poco de coraje estas cosas.

—Lo siento — Sergio me miró.

—Me debes un café — respondí.

—Si quieres, puedo ir a conseguirte uno — tenía la intención de levantarse.

—No te preocupes, no pasa nada, otra vez será — me dio un poco de lástima.

Dejé aquella taza en su sitio y volví a mi despacho con desánimo. Necesitaba un poco de aquel brebaje para poder continuar y me había hecho ilusión de mojar un par de galletas que había cogido. Mi estómago rugía un poco y mis

ansias de dulce no cesaban.

Tenía delante de nuevo aquel ordenador y miles de ficheros abiertos. Siempre había sido una persona bastante ordenada, pero me había acostumbrado demasiado a Sara, al igual que todos mis chicos. Ella estaba pendiente de la organización y de los informes a entregar. En muchas ocasiones llegaba a mi despacho con una lista y yo solamente me tenía que dignar a seguirla. Todo sin ella se había vuelto un poco caótico.

Estiré los brazos y me di ánimos a mí misma. Cuanto antes empezase a trabajar, antes llegaría la hora del almuerzo y, por tanto, la hora de salir. Me encantaba mi trabajo, pero había días que me resultaba demasiado agobiante. Me había planteado en más de una ocasión cogermme algunas semanas de vacaciones, pero no confiaba para nada en mi padre. Seguramente al volver, me había cambiado absolutamente todas las órdenes y tenía que empezar de cero; era demasiado arriesgado.

Después de llevar un buen rato concentrada y organizando el trabajo de la tarde, llamaron a mi despacho. No tenía ninguna gana de atender a nadie y menos que fuese sorpresa, pero no tenía más remedio. Jamás les ponía mala cara a mis chicos o les prohibía la entrada para hablar conmigo, habíamos creado un buen ambiente de trabajo y no iba a ser yo quien lo rompiese.

— ¿Sí? — pregunté.

Sergio asomó la cabeza y no hizo falta que pidiese permiso para pasar. Le hice una señal con la mano para que entrase en mi despacho y descubrí que traía dos vasos desechables en la mano. El aroma a café me invadió de una vez.

—Toma — me ofreció un vaso —, no quiero que te quedes sin tu dosis diaria.

—No tenías por qué... — estaba sorprendida.

—Sí, te lo debía y yo siempre cumplo mi palabra — sonrió.

Le devolví la sonrisa y di un sorbo a mi vaso. Aquello me supo a gloria y mi carácter cambió por completo. No sabía cómo agradecerle aquel gesto, yo no era buena para eso. Vi cómo se daba la vuelta para volver a trabajar y me hubiese gustado invitarle a quedarse un rato allí conmigo, pero no quería que quizás pensase mal. Me empezaba a interesar bastante su amistad, aunque los hombres confundían rápidamente las cosas.

Sergio comenzaba a gustarme cada día más y sabía que no hacía aquellas cosas por el simple hecho de agradarme como jefa. Solo hacía falta mirarle un par de veces a los ojos y hablar con él para saber que tenía un buen fondo. No se merecía tener como pareja a alguien como Carmen, que lo engañaba con cualquier persona cuando se daba la vuelta.

Me arrepentía profundamente de haberla cubierto para que lo engañase, porque no se merecía nada así. Trabajaba duro para mantener la casa y los caprichos que ella quería. Ella no desmerecía tener a alguien tan valioso como Sergio y él no se merecía tener a alguien tan catastrófico como Carmen. A cara de la sociedad podían parecer la pareja perfecta, pero en el fondo no se acercaban ni lo mínimo a serlo.



# Capítulo 11

Aquel fin de semana me sabía un poco diferente. Hacía bastante tiempo que no me despertaba tan tarde y de tan buen humor. No sabía de dónde había heredado el mal carácter al abrir los ojos, pero normalmente me era imposible ser simpática. Mi ritual diario era despertarme con cara de zombi y mala leche, hacerme el café y esperar un buen rato para reaccionar. Sin embargo, aquel día no me hizo falta.

Cuando abrí los ojos mi abuela y mi padre ya casi iban a almorzar. Las sábanas se me pegaron de una manera increíble. En otra ocasión me hubiese sentido mal por aquello, por la sensación de perder el día, pero no me pasó.

Me sentía feliz por la tranquilidad que había conseguido alcanzar y por los nuevos contratos que conseguí. Mi padre medio sonreía cuando le daba buenas noticias y se limitaba a decir que era mi deber, pero en el fondo estaba orgulloso de mí. Cada vez podía demostrarle mejor que no se había equivocado al dejarme el negocio.

Siempre había luchado contra él por el hecho de ser una mujer. En su cabeza, muchas veces cuadrículada, había cosas de hombres que yo no podía hacer, como el hecho de manejar la empresa. Me costó muchas suplicas y mucho sudor demostrarle que podía hacerlo, incluso mejor que él. Con cada contrato que cerraba me sentía aún más fuerte, más feliz conmigo misma. No había nada que me llenase como aquello.

Tomé un par de cucharadas de sopa, algo de pan, y me encerré toda la tarde en mi habitación a organizar un poco la ropa. El buen tiempo se estaba acercando y tenía que aprovechar los ratos libres. Trabajaba tanto en la oficina que a

veces no sabía ni lo que tenía o dejaba de tener. En mi armario había montañas de ropa que hacía tiempo que no se doblaban, necesitaba ponerme manos a la obra.

Mi móvil empezó a sonar justo cuando abrí aquellas puertas para reorganizar todo ese desorden. Podía ver encima de la mesa cómo aparecía la foto de Carmen en la pantalla y decidí no contestar. Llevaba algunos días sin saber de ella y era súper feliz, no quería estropear mi buen humor. En cuanto terminó la llamada, aproveché para ponerlo en silencio y me dediqué a la tarea que me había autoimpuesto.

Aquel aparato no dejó de vibrar durante un buen rato y no me dejaba concentrarme. Si algo tenía Carmen es que era insistente y si algo tenía yo, es que no era paciente. Me podía desesperar con cualquier cosa y ella era exportar en hacerlo. Sabía que si no contestaba podía pasarse perfectamente toda la tarde así, no tuve más remedio.

— ¿Sí?

—Hola, Ruth ¿Dónde te metes?

—Tenía esto en silencio, acabo de darme cuenta — mentí

—Tan despistada como siempre... — suspiró — En fin, te llamo para que vengas a casa.

— ¿A tu casa? ¿Habíamos quedado?

—No, pero ya si — rio —, voy a organizar una merienda. -cena, ya sabes, con música, alcohol...

—Vamos, una fiesta — resumí.

— ¡Exacto! — se le veía emocionada — Te espero.

—No sé si pueda ir...

— ¿No sabes? ¿Acaso tienes algo más interesante que hacer?

Aquella pregunta me dejó fuera de juego. No me había dado tiempo a pensar alguna excusa.

—No seas boba — siguió diciendo —, te esperamos por aquí. ¡Bye!

—Está bien... — me resigné — Me pasaré un rato.

No era el plan que esperaba tener aquel día, pero qué remedio. Había pensado en ir a la cafetería Luna, donde nos reuníamos normalmente algunos amigos. Aquel lugar se había convertido en el sitio de reunión para pasar el fin de semana, sin tener que quedar. Normalmente íbamos por la tarde y siempre había alguien con quien hablar y pasar el rato, pero conociendo a Carmen, seguro había invitado a todos.

Me la podía imaginar organizado la casa y sacando su mejor sonrisa a cada uno de los invitados. Le encantaba ser el centro la atención y que todos agradeciesen lo bien que se lo estaban pasando. Siempre le había augurado un buen futuro como relaciones públicas, pero ella nunca quiso intentar nada. A pesar de que a veces su personalidad chocaba bastante con la mía, sabía que en su interior tenía potencial para hacer muchas cosas.

Dejé el tema de organizar el armario para otro día y empecé a arreglarme. Normalmente iba vestida de forma seria a la oficina, pero los fines de semana me gustaba ser un poco diferente. No tenía un cuerpo espectacular para ponerme vestidos ajustados ni nada de eso, pero no estaba del todo mal. Me decidí por un look más juvenil y desenfadado, compuesto por pantalones vaqueros rotos y una camiseta de volantes blanca.

Cuando me terminé de maquillar miré la hora y me pareció un poco temprano,

así que me puse a ver la televisión un rato ante de salir. No me había ni empezado a tumbar en la cama, cuando mi padre llamó a la puerta de mi habitación.

— ¿Ruth? ¿Estás ahí? — preguntó desde el otro lado de la puerta.

—Sí, ¿qué necesitas?

—Tienes visita.

— ¿Visita?

Me incorporé y abrí la puerta. Detrás de mi padre estaba Enrique y mi cara cambió por completo. Llevaba en la mano una rosa y mostraba la misma sonrisa estúpida de siempre. Le había dicho una y mil veces que no me gustaba recibir flores y mucho menos cuando las arrancaba sin más. La naturaleza me parecía demasiado hermosa y delicada como para que gente como él acabara destrozándola sin sentido, solo para morir dos días después en un jarrón en medio de mí salón.

— ¡Qué guapa! — exclamó— Así me gusta verte, más mujer.

Enrique no fallaba. Siempre que abría la boca, acababa poniéndome de mal humor.

—Toma — me ofreció la rosa —, una flor para otra flor.

Tenía que haberle vomitado encima al escuchar esa frase. Mi padre se había quedado a ver el espectáculo y parecía contento. A mí me parecía patético, pero ya no sabía cómo hacérselo saber. Seguramente mi abuela, que estaba en la habitación de al lado, estaba escuchando semejantes tonterías maldiciéndolo una y otra vez.

— ¿Habíamos quedado? — pregunté por segunda vez aquel día.

—Como eres incapaz de coger el móvil, he venido por ti.

Mi padre ponía cara de orgullo.

—Yo... Es que... Tengo una fiesta ahora — respondí.

— ¿Una fiesta?

—Sí, en casa de unos amigos... Debemos dejar la cita para otro día.

— ¿Y porque no vais juntos? — no entendía por qué mi padre tenía que abrir la boca.

—Sí, es buena idea — respondió Enrique.

Le dediqué una mirada asesina. Lo último que me esperaba era llevarlo a una fiesta, con alcohol. Era demasiado soportarlo sobrio, cuanto más ebrio. Si se llegaba a juntar mucho con Carmen, verlo a los dos borrachos debía de ser el espectáculo más penoso jamás visto.

—Pues no se hable más. ¿Dónde tenemos que ir? — preguntó Enrique.

—Tenemos... — repetí.

—Sí, no me importa ir — dijo como si me estuviese haciendo un favor.

Me sentía entre la espada y la pared. Ambos me estaban mirando y no supe qué contestar. Me limité a sonreír y asentí con la cabeza, dándole a entender que aceptaba el plan.

Prefería una y mil veces ir con él a una fiesta que a cenar los dos solos. En aquella casa íbamos a estar rodeados de más personas y podía escabullirme mejor. Además, estaba segura de que Carmen iba a ofrecer bastante alcohol, y eso jugaba en mi favor. En cuanto se bebiese dos o tres copas se pondría a hablar tonterías con el primero que pillase y yo sabía cuándo quitarme de en medio.

Cogí mi chaqueta y salimos de casa. Decidí llevar mi coche en vez de ir juntos en el de él. Con todo el alcohol que normalmente ingería me sentía súper insegura en el suyo, jamás le dejé llevarme a ningún sitio. Así tendría la posibilidad de volver cuando me diese la gana y librarme de él en cuanto se diese la vuelta.



# Capítulo 12

Volví a subir por las escaleras de aquel edificio con sentimientos encontrados. Quizás debía sentirme bien recordando todos los momentos que viví allí, pero no era del todo así. Perder a una de las personas más importantes de la vida, así, de un momento a otro, marcaba bastante. Me sentía feliz porque aquel había sido el lugar que más recuerdos tenía con mi madre, pero me inundaba la tristeza de saber que ya no estaba conmigo.

Enrique me seguía, quejándose continuamente. Me gustaba verlo esforzarse por subir escalón tras escalón. No cabía en su cabeza que nadie se encargase del ascensor y que tuviera que parecer un poco más humano. Estaba demasiado aburguesado y acomodado, le venía bien una dosis de realidad. Imaginaba que en su casa tenían hasta chica que les cocinaban y no estaba acostumbrado a dar un palo al agua, pero tampoco iba a morirse por subir 4 o 5 pisos.

Llegamos a la puerta de Carmen y ya se escuchaba la música desde fuera. Jamás me hubiese comido el cuento de que iba a ser una merienda tranquila, la conocía casi como si la hubiese parido. A Carmen le iba la marcha y le encantaba animar el ambiente. En su cabeza no existía la posibilidad de ir a tomar un café tranquilas o tener una cita en el cine, para ella todo tenía que ser de la misma forma.

Empujé un poco la puerta y esta se abrió. Empecé a ver cómo algunas personas, que no había visto nunca, iban de aquí para allá con algunas copas en la mano. Seguramente eran amigos de fiestas de Carmen que no había

alcanzado a conocer. Dedicué una sonrisa a todo aquel con el que me encontraba a medida que me acercaba al salón.

Parecía que estábamos metidos en una película americana de adolescentes. La gente había comenzado a bailar en mitad del salón y encima de la mesa solo había botellas de alcohol y refrescos, aparte de alguna que otra bandeja de sándwiches. Enrique no puso ninguna pega y, como si tuviese demasiada confianza, se adelantó a servir un par de copas.

— ¡Estás aquí! — Carmen apareció detrás de mí y ya se notaba que estaba un poco contenta.

— ¡Menuda merienda! — sonreí a la vez que nos dábamos un par de besos.

—Por lo que veo, has venido acompañada — casi tenía que gritar para que pudiese oírla.

—Es solo un amigo, no te hagas ilusiones.

—Pues tiene un buen culo — dijo mirando a Enrique.

Me dediqué a reírle la broma y se adelantó a presentarse ella sola. Eso me encantaba de Carmen. No hacía falta seguir ningún protocolo, ella se marcaba los suyos propios. Enrique y ella no habían alcanzado a conocerse, pero estaba segura de que harían buenas migas. Tenían en común su egocentrismo y su pasión por la botella.

Empecé a mirar por todo el salón y no pude evitar fijarme en Sergio. Estaba de espaldas, con una copa en la mano, hablando con alguien. Me acerqué a saludarlo, pues era la única persona que conocía y me quedé en shock. Lucas había tenido el descaro de aparecer en aquella fiesta y de mantener una conversación con él. Carmen no tenía límites ni filtros tampoco. Me parecía increíble que trajera al amante a la fiesta y que le pareciese normal que se

hiciese pasar por un amigo delante de Sergio.

—Hola — saludé al acercarme.

— ¡Hola, jefa! — Sergio me dio dos besos.

— ¡Amiga Ruth! — Lucas se levantó y me dio otros dos besos — ¡Qué alegría verte!

Yo no podía decir lo mismo.

— ¡Qué sorpresa verte por aquí, Lucas! — sonreí.

— ¿Tú también lo conoces? — preguntó Sergio.

—Claro, somos amigos desde hace años. ¿Y tú? ¿No lo conocías?

—Acaban de presentarnos, pero me cae bien — miró a Lucas y le sonrió.

—Carmen tiene buen gusto al elegir a sus amigos — solté.

Lucas sabía que yo era consciente de todo. Carmen no podía guardar un secreto, así que apostaba que le había dicho que yo la encubría para que ellos dos pudiesen estar juntos. Por las caras que ponía ante mis frases, podía estar segura.

— ¿Qué tal todo? Hace tiempo que no te veo — dije a Lucas.

—Ya sabes, amiga, el trabajo.

—Y lo que no es el trabajo, eh, pillín — guiñe un ojo.

Sergio se reía, seguramente pensaba que Lucas se acostaba a una chica diferente cada día, pero lo cierto era que se tiraba a su novia.

—Creo que voy a buscar algo de hielo — Lucas se sentía incómodo —, ya vuelvo.

Me sentí un poco feliz de haber conseguido que lo pasase un poco mal ante mis comentarios. A pesar de que Sergio ignoraba todo, él sabía por dónde iba. Me daba bastante rabia ver cómo Carmen y ella trataban a Sergio como un tonto y se reían de él frente a su cara.

Me quedé allí un buen rato mientras observaba a Enrique actuar. Seguramente en el poco tiempo que llevábamos allí ya le había dado tiempo a tomarse 3 o 4 copas. Iba hablando con toda chica que se encontraba, intentando hacerse el interesante y así ligar. Le daba exactamente igual que yo estuviese allí, y a mí me importaba bien poco lo que hiciese.

Sergio me invitó a sentarme con él en el sofá y no pudimos evitar ponernos a hablar de trabajo. Su copa permanecía entera desde el momento en el que lo vi. Se notaba que no le gustaba beber demasiado y que, al igual que yo, le tocaba hacer el papel. Apenas se la acercaba a los labios y le daba sorbos cortos.

— No eres mucho de alcohol, ¿no? — pregunté riendo.

— ¿Cómo lo sabes?

— Llevas con esa copa un buen rato y apenas te mojas los labios cuando te la acercas.

— En realidad, no me gusta nada... Pero me toca fingir — rio.

— Conmigo puedes estar tranquilo — guiñé el ojo.

Levanté la cabeza para ver dónde seguía Enrique. A pesar de que no me interesaba lo que hiciese, quería estar pendiente de él. Lo había llevado a la fiesta y no quería que la liase ni que molestase más de lo necesario. Cuando bebía se ponía más pegajoso de lo que a las mujeres nos gustaba soportar.

Observé cómo Carmen entraba en la cocina y detrás de ella iba Lucas.

Cerraron la puerta disimuladamente y me pude imaginar qué pasaba en el interior. Mientras yo hablaba con Sergio en el sofá aquellos dos se estaban dando el lote de alguna manera.

—Ruth, ¿por qué te pierdes? — Enrique apareció frente a mí.

—Eres tú el que te has ido a beber — no podía dejar de mirar la puerta de la cocina.

—Ven un rato a bailar — intentó cogerme las manos.

—Ve con cualquier otra, no quiero.

— ¿Quién es? — me preguntó Sergio.

—Solo un amigo — respondí.

—Eso solo por ahora — Enrique le guiñó un ojo a Sergio.

Ignoré a Enrique y volví a mirar la puerta de la cocina. Esperaba desesperadamente que ambos saliesen de allí, no quería que nadie los pillase. Sergio no merecía enterarse de aquella forma de lo que estaba pasando. Empezaba a caerme bien y me daba bastante lástima.

—Oye — Enrique se dirigió a Sergio —. ¿Dónde tenéis el hielo?

— ¿Ya no hay encima de la mesa?

—Nada — Enrique negó con la cabeza.

—Ya te traigo, seguramente haya más en el congelador.

—Está bien, yo mientras iré a dar otra vuelta — respondió.

Sergio se puso de pie y empecé a ponerme nerviosa. No podía dejarlo entrar allí.

— ¡No! — dije en voz alta.

Sergio se giró, sin saber bien qué pasaba. Me quedé congelada, sin saber bien qué decir.

— ¡Me encanta esta canción! — ni siquiera sabía qué estaba sonando —  
Baila conmigo.

— ¿Yo? — preguntó extrañado.

—Sí, no seas bobo.

Lo cogí de las manos y comenzamos a bailar juntos a la vez que vigilaba la puerta de la cocina. Sergio me miraba un poco raro, pero yo actuaba como si fuese normal lo que estaba haciendo. Le puse una de sus manos en mi cintura y le cogí la otra. Se notaba que lo nuestro no era bailar y que se sentía un poco incómodo, pero pronto comenzamos a reírnos. Sergio me pisaba todo el rato y yo hacía lo mismo con él, éramos incapaces de coger el ritmo.

A veces su cabeza se acercaba demasiado a la mía y podía oler su perfume. Jamás me hubiese imaginado que Sergio oliese de aquella manera y no me molestaba para nada tenerlo tan cerca de mí. Sentirme segura entre sus brazos empezaba a gustarme más de la cuenta. Me apretaba la cintura a la vez que apretaba contra mí sus caderas, dejándome notar a veces lo que tenía entre las piernas.

No sé cómo, pero me olvidé de Carmen y Lucas. Sergio y yo estábamos pasando un buen rato y el resto del mundo no me importaba. Empezaba a sentirme un poco rara con él, no entendía bien qué pasaba. Sergio hacía que me sintiese diferente y que la sonrisa saliese de mi boca de forma natural.

Cuando reaccioné, Enrique nos estaba mirando desde una esquina con mala cara y Carmen acababa de salir de la cocina poniéndose bien el cabello. Supe que en ese momento tenía que parar, todo eso estaba resultando demasiado raro. No podía sentirme tan a gusto con el novio de mi amiga, no podía estar

pasando.

— ¿Ya te ha cansado de pisarme, jefa? — Sergio no paraba de reír.

Le respondí con una sonrisa y me alejé de él bruscamente. Carmen llegó por su espalda, lo abrazó y comenzaron a bailar. Me daba más rabia ver aquella escena y fui directamente a servirme una copa. No era propi de mí, pero lo necesitaba.

Enrique se acercó intentando bailar y me dejé llevar. No podía parar de mirar a Sergio y observar cómo actuaba con Carmen. En ese momento solo deseaba ser ella y se despertaba en mí un sentimiento de envidia. Empezaba a ver a Sergio como un hombre, sin quererlo, sin buscarlo.

No pasé mucho más rato en aquella fiesta, ya no me sentía del todo bien. No tardé mucho en convencer a Enrique para irnos y me sentí mejor al salir de aquella casa. Había bailado con Sergio para cubrir a Carmen, pero me había gustado demasiado la experiencia. Aquel perfume y su forma de apretarse contra mí, hizo que me sintiera algo atraída por él.

Me despedí de Enrique rápidamente sin darle opción a nada y me monté en el coche para volver a mi casa. Quería olvidarme de calor que me había provocado estar tan cerca de Sergio tenía demasiados sentimientos que resolver en mi interior.



# Capítulo 13

Fue el fin de semana más confuso de mi vida. Después de la fiesta, al llegar a casa, me acosté, pero no podía conciliar el sueño. En mi cabeza se reproducía una y otra vez el baile que tuve con Sergio. Tenerlo tan cerca despertó sentimientos en mí que no podían pasar. Tenía a mil hombres en este mundo, no podía empezar a fijarme en el único que estaba prohibido

Pensaba a ratos que quizás la falta de sexo me llevaba a pensar otras cosas, pero pronto me di cuenta de que no era así. Cuando bailé con Enrique no sentí nada y si lo que necesitaba era un simple polvo, podía tenerlo con él, pero no quería. Yo no me movía por el simple hecho de estar con alguien en la cama, tenía que sentir algo para hacer lo mínimo.

Mi única intención aquel día fue evitar que Sergio se encontrase con alguna escena desagradable. Me podía imaginar a Carmen apoyada encima de algún mueble, con las bragas medio bajadas y a Lucas empotrándola sin miramientos. Seguramente el morbo de que alguien pudiera pillarlos se la ponía más dura a él y hacía que ella se excitase más. Me parecía una auténtica locura por arte de ambos, pero ya me podía esperar cualquier cosa.

Al bailar con él, no me desagradó para nada tenerlo cerca. En más de una ocasión pude sentir su aliento cerca de mi cara. Lo único que recuerdo de la música es que era una especie de reggaetón, aunque jamás la había escuchado. Nos dedicamos simplemente a imitar al resto de los que estaban bailando, aunque fuimos mucho más prudentes. Los otros se restregaron durante toda la canción y, aunque Sergio se pegó más de lo normal, tampoco fuimos tan exagerados.

Su cuerpo no parecía nada robusto, más bien era normalito, pero al estar entre sus brazos supe que estaba fuerte. La mano que tenía en mi espalda y con la que se ayudaba a pegarse a mí, me apretaba demasiado. Podía sentir como los músculos del brazo se tensaban y eso me hacía entrar en calor. Si la vida nos hubiese puesto en cualquier otra circunstancia, quizás hubiese acabado la noche encima de él.

Cuando vi cómo Enrique nos miraba desde el otro lado de la sala, todo se cortó. No había caído en cuenta dónde estaba y con quién, no era correcto. Agradecí haberme dado cuenta antes de que apareciese Carmen, pues me hubiese muerto de la vergüenza. No imaginé jamás que Sergio bailase de aquella forma y pudiésemos estar tan cerca, pero lo vi tan cómodo como yo.

Me sentía un poco avergonzada y me preguntaba con qué cara iba a mirarlo al día siguiente. Ninguno de los dos habíamos bebido, así que no podíamos echarle la culpa a nada de eso. Fuimos conscientes e hicimos las cosas como nos apeteció. Seguramente para él no había significado nada, pero llegó a ponerme bastante cachonda. Jamás hubiese imaginado que alguno de mis chicos me hiciera sentir así.

Decidí que tenía que borrar aquel recuerdo de mi mente y actuar como si no hubiese pasado. Necesitaba descansar para enfrentar la nueva semana y que no se notase nada diferente en mí. Sergio seguía trabajando para nuestra empresa y lo hacía bastante bien; no podía mezclar las cosas.

Después de ponerme el pijama y comer algo rápido, fui a darle las buenas noches a mi abuela. Ella era capaz de distraerme un rato de mis pensamientos y necesitaba pensar en otra cosa. Lo que había pasado con Sergio debía desaparecer de mi mente y no había nada más que pensar.

Asomé la cabeza por la puerta y observé que aún seguía despierta.

Normalmente veía la televisión hasta tarde, pero aquel día simplemente miraba el techo.

—Pasa, no te quedes ahí — dijo sin mirar hacia la puerta.

— ¿Cómo te has dado cuenta de que estaba ahí?

—No eres demasiado cautelosa, cielo — sonrió.

Me senté en la cama, cerca de ella, para desearle buenas noches. Me encantaba verla sonreír, eso aumentaba mi felicidad. Recuerdo su risa a carcajadas, que se podían escuchar desde el otro lado de la calle. Hacía años que no oía una, pero al menos la veía sonreír levemente. Que mi abuela fuese feliz los últimos momentos de su vida, después de todo lo que había pasado, era demasiado importante para mí.

—Solo vine a darte un beso y desearte una buena noche.

— ¿Por qué no me cuentas lo que te preocupa?

— ¿A mí? — pregunté casi ofendida.

—Te conozco desde que eras pequeña, recuérdalo.

—Siempre vengo a darte las buenas noches, ¿por qué crees que hoy es diferente?

—Porque lo puedo ver en tus ojos.

A ella no se le escapaba nada. Para el resto de la gente podía parecer una mujer demasiado terca o con un carácter indestructible, pero para ella era un ser transparente. Quizás podía contarle lo que rondaba por mi cabeza, pero no lo tenía claro ni yo.

—En serio, no me pasa nada — insistí.

—Sabes que está mal mentir a los mayores.

—Abuela... De verdad, cuando me pase algo, te lo contaré.

—Eso espero — no dejaba de mirarme.

Me sentía desnuda ante ella. Pensaba que, si me quedaba allí más tiempo sosteniéndole la mirada, sería capaz de leerme los pensamientos. Mi abuela, desde que era pequeña, siempre acertaba con lo que me pasaba. No había momento en el que no la recordara escuchando mis problemas. En aquella ocasión todo era un poco diferente, sobre todo porque era demasiado confuso.

Le di un beso en la frente e intenté cambiar mi cara para que pensase que todo estaba bien. En el fondo sabía que no iba a servir para nada, pero para contarle lo que pensaba primero debía que aclarar el lío que tenía en mi cabeza.

Salí de aquella habitación y me dirigí a la mía dispuesta a descansar. No podía confundir mis sentimientos por un simple baile y no iba a convertirme en una persona parecida a Carmen. Él tenía pareja y lo que empezaba a sentir era un error. Debía olvidar lo que había pasado, Sergio no significaba nada para mí.



## Capítulo

# 14

Empezaba la semana con más fuerza que nunca. Volver a ver a Sara en la oficina significaba mucho para mí. Nos habíamos vuelto un completo desastre sin ella. Saludé a todos mis chicos de buen humor y traté a Sergio como al resto. Me había dado cuenta de que todo había estado en mi cabeza, que nada tenía por qué cambiar. Seguía siendo uno de mis empleados, nada más allá.

Me senté en mi escritorio dispuesta a trabajar, a sacar más contratos hacia delante. Cuanto más creciese la empresa, más trabajo podía delegar en los demás y quizás mi sueño de irme de vacaciones se hacía realidad. Pensaba que mi primer destino serían las típicas playas de arena blanca y agua transparente; me emocionaba solo el pensarlo.

— ¿Sí? — habían llamado a la puerta de mi despacho.

Sergio apareció ante mí. Me ponía un poco nerviosa su presencia, pero tenía

que normalizar las cosas. Fuera de la oficina podíamos vernos y tener más confianza, pero entre aquellas paredes éramos jefa y empleado. Las cosas no iban a ser diferentes.

— ¿Necesitas algo? – pregunté.

—Solo quería saber si quieres un café – traía una taza en la mano.

—Te lo agradezco – sonreí.

Pasó y se sentó sin que lo hubiese invitado a hacerlo. No quería ser brusca con él, pero tampoco podía dejar que cogiese demasiada confianza. Si dejaba a Sergio entrar en mi cabeza más de lo necesario, sería demasiado difícil echarlo.

—Quería hablar una cosa contigo... – comenzó.

—Dime – mi corazón latía a mil, no quería que me sacase el tema del baile.

—Sé que no es el lugar adecuado, pero no conozco a nadie más y... Bueno, tú eres su amiga.

Me alivié un poco, aunque supe que el tema no me iba a gustar.

— ¿Es sobre Carmen? – pregunté.

—Está un poco rara conmigo, además de distante. ¿Te ha dicho si le pasa algo?

Sabía perfectamente lo que pasaba, lógicamente no se lo iba a contar. Le podía decir tranquilamente que seguramente estaba ocupada pensando cómo tirarse a Lucas, pero no quería ser cruel con él.

—No me ha dicho nada... Yo la veo igual que siempre – respondí.

—Si te dijese algo, ¿me lo contarías?

No teníamos la confianza suficiente para ello, pero comprendía que estaba solo. Sergio no era de nuestra ciudad, pero vino a vivir con Carmen cuando les fue mal en el extranjero. La adaptación debía ser difícil y el sentirse solo también.

—Tranquilo, seguramente será pasajero.

Sergio me sonrió, aunque se le veía tristeza en los ojos. Conocía a Carmen, sabía de lo que sería capaz. Seguramente pasaba de él por completo durante todo el día y lo trataba como si fuese invisible. Aquella chica no entendía para nada lo que era la empatía y el respeto hacia los demás.

Cuando salió de mi despacho, me sentí un poco triste por él. Sabía todo lo que estaba pasando y, sin embargo, no podía hacer nada. Meterme en medio de la relación solo me perjudicaría. Él tenía que darse cuenta solo de las cosas o esperar que se le pasase el capricho a Carmen.

Decidí llamarla. En lo más profundo de mi corazón sentía que debía hacer algo. Sergio empezaba a darse cuenta de su cambio de actitud y eso los podía afectar. A Carmen seguramente le daba un poco igual, pero yo me quedaba más tranquila. No podía abrir la boca para contarle la verdad, pero al menos podía advertir a la otra parte. Si ella seguía por ese camino, ya no día hacer mucho más.

— ¿Ruth? ¿Tú llamándome? — respondió al móvil.

—Que milagro, ¿no? — intenté sonreír.

— ¿Qué haces? ¿Qué te cuentas?

—No tengo mucho tiempo para hablar, esto liada con el trabajo — no quería alargar la conversación —, solo quería decirte que Sergio me preguntó si te pasaba algo.

— ¿Que si me pasa algo?

—Sí, ya sabes, te ve distante...

—No he cambiado, no sé por qué te pregunta eso – jamás iba a reconocer que hacía algo más.

—No sé, solo te lo comento.

—Bueno, tú sabes que puedo estar un poco más pendiente de otra cosa, pero todo va normal, dile que no pasa nada.

—Tranquila, fue lo hice.

—Espero que se conforme por un rato – suspiró –, por cierto, ¿en qué momento te fuiste de la fiesta?

—Después de que te tiraras a Lucas en la cocina – no podía ser más clara.

Carmen empezó a reírse a carcajadas, como si le hubiese contado un chiste o algo por el estilo.

—En realidad no me hace gracia, lo pasé súper mal intentando distraer a Sergio... ¿Cómo puedes hacer eso allí, sabiendo que él está allí?

—Si supieras el morbo que me dio – seguía riendo –, Lucas, de la emoción, se corrió en dos segundos.

—No sé cómo tenéis cuerpo para eso.

—Entré en la cocina, me cogió por detrás, me levantó la falda y...

— ¡Para! – interrumpí – Ahórrate los detalles.

—No seas mojigata – se burlaba de mí.

—En fin, voy a seguir trabajando, solo quería advertirte.

—Tranquila, tengo todo controlado con Sergio

—Sí... imagino... – tenía demasiada confianza en sí misma – Te dejo, ¿OK?

—Está bien, amiga, un beso.

— ¡Adiós!

Mi llamada no había servido para nada. Carmen se creía más lista de lo que era. Se había acostumbrado a vivir toda su vida mintiendo y no le resultaba difícil mantenerse así. Seguramente en su mente creó un millón de excusas que tenía a la mano cuando la gente estaba a punto de pillarla. Yo hacía mucho tiempo que pasaba de aquellas movidas, prefería ir con la verdad por delante.

Sergio era una persona muy valiosa, no hacía falta conocerlo mucho para darse cuenta. No me imaginaba en día en que se conocieron y como fue capaz de fijarse en alguien como ella. Seguramente Carmen se había puesto su careta de siempre y le había hecho creer que era completamente maravillosa. No dudaba para nada de sus encantos, pero tenía una faceta desconocida y desconcertante. No había parado de mentir a la gente que le rodeaba y eso algún día le iba a salir caro.



## Capítulo

# 15

El día había terminado y me disponía a recoger mis cosas para salir de la oficina. Me había quedado bastante trabajo acumulado, como pasaba cada lunes. El fin de semana, muchas empresas que seguían trabajando y no paraban de mandar informes. Cuando empezábamos la semana siempre teníamos que trabajar por dos para ponernos al día, pero no tenía ganas de seguir. Igualmente llegábamos al viernes con todo el trabajo hecho, no quería estresarme.

Ya la mayoría de mis chicos se habían despedido de mí y sabía que casi no quedaba nadie. Cogí mi chaqueta, apagué mi ordenador y me dispuse a salir. En la sala solamente estaba Sergio y parecía que no andaba bien. Se le veía un poco estresado y tecleaba sin parar.

— ¿Qué haces aún aquí? — pregunté.

—No he terminado todo, me atrasé...

—No importa, Sergio, puedes seguir mañana.

—Apenas he hecho nada – me miró—, he tenido la cabeza en otra cosa, lo siento.

— ¿Te encuentras bien? – me preocupaba.

Sergio suspiró mientras me miraba e intentó sonreír.

—Tranquila, no es nada.

Sin que me invitase, cogí una silla y me senté a su lado. Él seguía tecleando un poco desesperado. No iba a echarlo solamente porque un día se hubiese atrasado, entendía que éramos humanos y que había días en los que no dábamos para más.

—Sergio, entiendo que hoy no hayas podido terminar, puedes seguir mañana – insistía.

—Ruth, te lo agradezco, pero me gusta ser responsable en mi trabajo.

—Y lo demuestras día a día, creo que hoy deberías descansar.

Cerré la pantalla de su ordenador portátil, interrumpiendo su trabajo.

— ¿Estás segura?

—No te voy a echar, tranquilo – medio sonreí –. Y ya sabes, si quieres hablar...

Se quedó un poco pensativo, como si dudase en hacerlo o no. Seguramente le había costado ya bastante ir a preguntarme si a Carmen le pasaba algo, entendía que no teníamos demasiada confianza.

—Es que... – paró en seco, indeciso.

—Sergio, sé que soy tu jefa, pero puedes contarme lo que sea.

—Es Carmen, hace mucho tiempo que actúa raro e intento luchar, pero me canso.

— ¿En qué sentido actúa raro?

—No hablamos, se pasa el día en el móvil, ya ni dormimos juntos...

—Ya te dije que puede ser algo pasajero – quería restarle importancia.

—A veces pienso que puede haber otra persona.

Intenté que no se me notase en la cara nada. Normalmente decía demasiado con mis gestos y tenía que controlarme. No había que ser demasiado listo para darse cuenta de las cosas.

—No pienses tonterías, seguro que no es nada.

—Ruth, cuando tu pareja cambia de la noche a la mañana es porque algo pasa, créeme, tengo experiencia.

— ¿Te han engañado antes?

—Varias veces... no sé por qué, pero siempre me acaba pasando lo mismo.

—Sergio, no te adelantes a los acontecimientos, estoy segura de que no hay otras personas – mentí –, relájate.

—No sé qué hacer...

—Por lo pronto, vas a coger tus cosas y vas a irte a casa a descansar, ¿vale?

Asintió con la cabeza. Me daba lástima y me acerqué a abrazarlo. Normalmente no iba abrazando a los demás por ahí, me costaba hasta darles un beso de despedida, pero me dejé llevar. Sergio necesitaba algo de cariño y no me importaba. Me sentía un poco rara, no era propio de mí.

Sergio me devolvió el abrazo sin pensárselo. Se le notaba bastante afectado y

entendía por qué. Si en casi todas mis relaciones me engañaban, ya dejaría de confiar en el amor. Seguramente andaba cansado y se sentía derrotado al luchar de nuevo contra eso.

—Vamos – dije.

Nos levantamos, cogimos nuestras cosas y nos dirigimos hacia la salida. Aún era de día y pudimos bajar las escaleras con normalidad. Debía apuntar en mi mente que arreglaran aquel sensor, pues apenas duraba nada y cualquier día alguien podía hacerse daño si salía tarde de allí.

—Te agradezco la conversación – dijo mientras cerraba la puerta con llave.

—No te preocupes, aunque sea tu jefa, puedes contar conmigo.

—Normalmente no te contaría nada, pero no tengo a mucha gente aquí.

—Entiendo que no debe ser fácil.

—Bueno, al menos ahora puedo contar contigo.

Asentí con la cabeza, sonreí y nos dirigimos hacia los coches. El día había sido demasiado largo. No quería involucrarme demasiado en los asuntos de Carmen, pero sentía bastante empatía con Sergio.

Me monté en mi coche, conecté el móvil al sonido y arranqué. Cuando empezaba a salir de allí, observé que el coche de Sergio no funcionaba. Estaba desesperado girando la llave y me paré frente a él.

— ¿Tienes algún problema?

—No sé, no quiere encender.

— ¿Te ha pasado antes?

—Este coche es viejo, da problemas cada dos por tres.

Me bajé e intenté ayudarlo, pero yo no entendía nada de mecánica. Por lo que pude comprobar Sergio sabía mucho menos que yo, así que por más que giramos la llave no pasaba nada. Saqué mis pinzas del maletero e intentamos pasarle carga para ver si era la batería, pero tampoco pasó nada. Aquel coche no quería funcionar de ninguna forma, y él estaba completamente desesperado.

— ¡Qué mierda! — Sergio medio golpeo la rueda de su coche.

—Relájate, déjalo aquí, yo te llevo y mañana te traigo, no podemos hacer nada más.

—Tendré que llamar a un mecánico para que lo arregle.

—Sí, pero ya, a esta hora, poco vas a hacer, vamos.

Le ofrecí de nuevo mi coche. Cogió sus cosas y nos montamos juntos. Iba resoplando y demasiado desanimado. Después del día que había pasado dándole vueltas a lo de Carmen, ahora le pasaba aquello. No sabía si le gustaba el tipo de música que tenía, pero le di volumen para ver si así se animaba.

Sorprendentemente, empezó a cantar. Sergio cada día me sorprendía más. Siempre me había considerado un bicho raro por escuchar metal, pero parecía que teníamos en común más de lo que pensaba. Comenzamos a cantar al unísono y a reírnos de lo mal que lo hacíamos. Me gustaba verlo sonreír y haber conseguido que se sintiese mejor.

El camino se me hizo súper corto y me sentí un poco triste cuando llegamos a la puerta de su casa. Me podía haber pasado mil horas más cantando con él y dando vueltas sin rumbo alguno. Sergio empezaba a gustarme de verdad, no podía negarlo.

Bajé el volumen de la música y paré el coche. Él seguía cantando en voz baja

mientras cogía sus cosas y no podía evitar seguir riendo. Lo cierto era que no servíamos ni para bailar ni para cantar, pero al menos lo pasábamos bien

—Gracias por traerme – dijo.

—No hay de qué.

— ¿Te puedo devolver el abrazo de antes? – preguntó.

—Claro que sí.

Sergio se acercó y me apretó fuertemente. No perdí la oportunidad de oler su perfume y de evadirme del mundo durante aquellos segundos. Me encantaba tenerlo así de cerca, así de pegado a mí. No quería que ese momento terminase jamás.

— ¿Nos vemos mañana a las 7 y media? – preguntó.

—Sí, estaré justo aquí – respondí.

—Eso espero – sacó la lengua –, si no... no podrás echarme por llegar tarde.

—Bueno, eso nunca se sabe – reí.

Vi cómo se bajaba y llegaba al edificio. Hacía mucho tiempo que no me sentía atraída por nadie y jamás pensé que él fuese a hacerme sentir cosas. Apenas habíamos tenido alguna que otra conversación antes de contratarlo y ni me paré a determinarlo. Desde luego, mi abuela tenía razón podíamos tener a la persona que necesitábamos delante de nuestros ojos y estar tan ciegos como para no darnos cuenta.



## Capítulo

# 16

Hacía tiempo que no soñaba nada y, si lo hacía, se me olvidaba por completo a la mañana siguiente, pero esa noche fue diferente. Últimamente me despertaba sin la cara de mala hostia de siempre y era porque descansaba bien. Era la primera vez en mucho tiempo que me despertaba con una sonrisa de oreja a oreja y no quería que acabase el sueño.

Sergio había sido el protagonista de él toda la noche. Lo había besado una y otra vez en mi imaginación y, aunque en parte me sentía mal, no podía controlar mi subconsciente. Él había despertado sentimientos que tenía dormidos en mi interior y eso me hacía feliz.

Podía hacer más de un par de años que no tenía ninguna relación. Siempre me adelantaba a sacarles los defectos a aquellos chicos que estaban interesados en mí o bien, quien me gustaba un poco, no me hacía ni caso. Sabía que no era una chica de portada, pero tampoco me veía tan mal. Comparada con Carmen,

Sergio jamás se fijaría en mí, era algo casi imposible, sin embargo, no podía dejar de pensar en él.

No era del todo tonta, que yo pensase en él no significaba que fuese a pasar nada entre nosotros. Sergio estaba con mi amiga de la infancia y de mil batallas, no era la mejor elección. Que tuviésemos algo era realmente imposible, hasta dudaba que se hubiese fijado en mí, pero nadie me podía prohibir soñar.

Mientras daba vueltas a mi vaso de leche con la cuchara y miraba hacia la nada, pasé en un solo momento de la alegría de recordar mis sueños a la tristeza. En apenas un par de segundos la sonrisa se borró de mi cara. Bajé a la tierra y me di cuenta de que aquello era una tontería. Sergio apenas me había abrazado dos veces y me había sonreído otras tantas y yo ya me había montado mi propia película. No pude evitar sentirme una idiota.

Tenía que ir a buscarlo a su casa para llevarle al trabajo y no sabía cómo iba a actuar. No quería aparecer allí con la típica sonrisa de niñata enamorada. Debía actuar con seriedad y ser consciente de las cosas. No odia andar creándome cuentos estúpidos en mi cabeza y mucho menos con él.

—Buenos días – mi padre apareció en la cocina, sacándome de mis pensamientos.

—Hola – me limité a responder.

— ¿Otra vez estas de mal humor? No te salvas ni un solo día.

No lo estaba, pero aquel comentario ya me ponía nerviosa

—Tú siempre tan comprensivo – respondí.

—Estoy acostumbrado a tus caras mañaneras y créeme, no son fáciles de aguantar.

Me limité a pasar de él. Terminé de un sorbo el vaso de leche y le preparé el desayuno a mi abuela. Mi padre seguía haciendo comentarios y lo ignoraba por completo. Quizás la razón por la que me levantaba de mal humor continuamente eran sus frases.

—Quizás vaya contigo a la oficina.

—No puedo llevarte, tengo que recoger a un trabajador primero – pasaba de cargar con él.

— ¿Ahora también haces de taxista?

—Solo lo ayudo porque se le estropeó su coche – lo miré mal.

—Puedo ir contigo.

—No, mejor quédate aquí, allí no haces nada.

No me gustaba haberle así, pero me había puesto nerviosa en solo dos minutos. No hacía de taxista, ayudaba a mis empleados. Él pensaba que debía ser como Enrique, acomodada y que me lo hicieran todo, pero no había hecho crecer la empresa de esa manera. Además, lo último que me hacía falta era sopórtalo por allí. Llevaba varios días sin ir y las cosas estaban tranquilas.

Cogí la bandeja y me dirigí hacia la habitación de mi abuela. La desperté con un beso y la acompañé un rato pequeño mientras comenzaba a desayunar. Parecía que el único sitio en el que encontraba paz últimamente era aquella habitación. Mi abuela, después de todos los años que tenía y de lo que había vivido, miraba a vida de otra forma.

— ¿Cuándo vas a contarme lo que te pasa? – preguntó sin más.

—Mi padre ha conseguido ponerme de mal humor en dos minutos – respondí.

—No hablo de eso, se te ve decaída.

—Según él, nunca estoy de buen humor, será que mi personalidad es así, apagada.

—No digas tonterías y no le ches cuenta, ese protestón no sabe lo que dice.

En eso tenía razón, no debía echarle cuenta. Mi padre no se caracterizaba tampoco por ser la alegría personificada. Recuerdo que mi madre no era como él, sino diferente. Siempre estaba cantando mientras hacía las cosas de la casa y le encantaba hacernos bromas. Me daba rabia que físicamente me pareciese a ella, pero por dentro era exactamente igual que mi padre.

— ¿Va todo bien en la empresa, Ruth?

—Sí, la verdad es que vamos creciendo.

— ¡Qué alegría! Siempre supe que podías hacerlo bien.

—Sí, la verdad es que estoy satisfecha con mi trabajo.

— ¿Enrique ya ha dejado de molestarte? – cambió de tema.

—Aún no, pero quizás se canse, parece que va perdiendo las esperanzas.

—Eso espero, no soportaría verte con alguien como él – me miró.

Si acababa mi vida con un chico como Enrique, me sentiría completamente decepcionada. No me gustaba absolutamente nada y me recordaba demasiado a mi padre en algunas cosas. Él no hacía comentarios tan machistas como Enrique todo el tiempo, pero se había criado a la antigua. Para ambos las mujeres tenían que estar en casa, lavando ropa, el trabajo les venía grande.

—Tranquila, no tengo tan mal gusto – sonreí.

—Ya verás como el hombre adecuado vendrá pronto.

—Quizás sí, quizás no, quién sabe.

Cuando dijo aquella frase, no pude evitar pensar en Sergio. Solo habíamos compartido unos cuantos ratos, pero sabía que encajábamos bien. Recordaba perfectamente el olor de su perfume, cómo me sentía entre sus brazos y las ganas que me entraban de besarlo. Nunca me planteé que tipo de hombre podía engatusarme, sin embargo, en ese momento estaba segura de que sería alguien como él.

—Bueno, abuela, me tengo que marchar – me acerqué a darle un beso.

—Ruth...

—Dime

—Hazme un favor.

—Sí, claro, lo que quieras.

—Sonríe, estás mil veces más guapa.

La miré y lo hice sin pensarlo. Ella siempre me daba buenos consejos y conseguía transmitirme la paz que mi padre arrancaba con sus comentarios. No sé qué hubiera hecho si ella no hubiese formado parte de mi vida y no me quería ni arar a pensar en el día que faltase. Mi abuela había estado presente desde que tenía conocimiento, no podía abandonarme, no podía dejarme sola en ese mundo.

Cogí mis cosas y salí antes de tiempo de casa. Tenía que pasar a recoger a Sergio para poder ir a trabajar. No podía negar que la idea de pasar juntos aquel rato me hacía ilusión, pero también me sentía un poco idiota. El amor triunfaba cuando funcionaba por ambas partes, no solo por la mía. Sergio tenía su vida, con una íntima amiga mía y, aunque ella no lo valorase, para mí era fruto prohibido.



## Capítulo

# 17

Había llegado antes de tiempo y Sergio aún no había bajado. Me quedé esperando mientras escuchaba alguna noticia en la radio. Cada día daba más asco encenderla, todo eran malas noticias. Que si estábamos en crisis, que si habían muerto no sé cuántas personas en otros países, que si el trabajo era becario... Era mejor apagarla.

Vivir apartada del mundo no era lo mejor, pero no se me antojaba otra cosa. La empresa me daba demasiados quebraderos de cabeza y ahora no paraba de desear a un hombre que estaba fuera de mi alcance. Mi vida estaba demasiado tranquila antes de que Carmen volviese.

Miré hacia la puerta un par de veces y por fin lo vi aparecer. Jamás me había fijado en su ropa o forma de caminar, sin embargo, en ese momento ya me gustaba todo. Solía vestir camiseta de botones poco ajustadas y quizás por eso daba la sensación de poco musculoso. Los pantalones vaqueros si le marcaban

la silueta y la forma de peinarse de forma moderna le sentaba bastante bien.

Sergio siempre estaba con una sonrisa en la cara. Era de esas personas completamente distintas a mí en ese sentido. Mientras a mí la gente siempre me preguntaba qué me pasaba, porque mi cara no transmitía ningún tipo de alegría, él conseguía ponerte de buen humor. Yo siempre imponía respeto al resto de la gente porque me presuponían malhumorada, pero por suerte cuando me conocían un poco cambiaban por completo de opinión.

—Buenos días – abrió la puerta del coche y se sentó.

—Buenas – respondí –, ¿listo para un día de trabajo?

— ¡Preparado! – dijo contento.

Arranqué de nuevo el coche y nos dirigimos hacia la oficina. Había apagado la radio y el ambiente estaba un poco silencioso, no sabía bien de qué hablar. Cuanto más tiempo pasaba con él y me daba cuenta de que me gustaba, más tímida y nerviosa me ponía. Normalmente era directa en mi actitud con la gente, pero él me hacía sentir de otra forma.

— ¿Hoy no hay música? – preguntó.

—No he caído en cuenta en conectar el móvil.

— ¿Te importa que lo conecte yo?

—Si la música es buena, para nada.

—Ya verás...

Conectó mi coche a su móvil y la música comenzó a sonar. Él solito subió el volumen bastante y comenzamos a cantar. Estaba segura de que después de saber cómo eran sus gustos no me iba a decepcionar. Jamás había compartido esa parte musical con nadie y no había mejor elección que Sergio.

Volvimos a cantar de nuevo juntos y a reírnos sin parar. Por segunda vez en menos de 24 horas deseaba que aquello no acabase. Aquello momentos, rodeados de música, se habían convertido en nuestra actividad favorita. Sergio no paraba de bailar en el asiento y yo no podía hacer otra cosa. Seguramente los conductores que se ponían al lado nuestra nos miraban como si estuviésemos locos, pero me daba igual.

Tristemente llegamos pronto a la oficina y subimos. Sergio y yo no parábamos de hablar y reírnos de lo que habíamos hecho, pero en cuanto cruzamos la puerta intenté cambiar de actitud. No quería que nadie empezase a mirarnos raros, así que dejé la risa a un lado, salude a mis demás chicos y me metí en el despacho. No podía parecer una niña tonta, era la jefa, debía controlar las emociones que me hacía sentir Sergio.

El resto el día no pude concentrarme en mi trabajo, ni siquiera cuando salí a almorzar. No podía dejar de buscarlo con la mirada y pensar en él. Muchas veces me daba rabia conmigo misma, sentía que actuaba como una idiota, pero no lo podía remediar. Jamás me había fijado en su forma de trabajar o en las cosas que contaba y, sin embargo, me había convertido en su espectadora número uno. Debía tener cuidado de hacerlo disimuladamente y que las chicas no se dieran cuenta de nada. Las mujeres teníamos más intuición que los hombres y podían darse cuenta de mi cambio de actitud.

Recogí mis cosas, me alegraba que la jornada hubiese terminado. La verdad era que el día no me había cundido para nada, me había pasado la tarde con fantasías en la cabeza. Sabía que me tenía que poner seria, no podía jugar con el trabajo.

Salí de mi despacho y me topé con Enrique. No tenía ni idea de cuál de mis chicos lo había dejado subir, pero me sentó como una patada en el culo. Lo último que esperaba antes de irme a descansar era ver aquella cara. La

mayoría de ellos seguía allí, terminando de trabajar, y agradecía no estar sola con él.

—Hola, guapa – se acercó a darme dos besos.

— ¿Y eso, tú por aquí?

No hacía falta que se acercara demasiado, sabía que había bebido. Siempre pensé que lo dejaba exclusivamente para cuando salía, pero caí en cuenta que no. Seguramente en su despacho tenía un par de botellas de alcohol y cuando se aburría, que era la mayor parte de las veces porque no hacía nada, se la pasaría de copa en copa.

—Vine a invitarte a cenar.

—Estoy cansada – miré a mi alrededor –, será mejor que hablemos fuera.

No quería empezar a rechazarlo allí, delante de todos. A Enrique le daba igual que ellos estuviesen delante, para él no valían nada. Su egocentrismo no le dejaba ver que podía incomodar al resto del mundo.

Comencé a bajar las escaleras a la vez que me seguía. Me daba bastante pereza luchar con él, pero era clara. No imaginaba el final de mi día cenando con él y sus chistes odiosos, no tenía estómago para eso.

Me acerqué a mi coche sin apenas echarle cuenta, pero él no paraba de seguirme y de hablar. No le interesaba para nada mi opinión o mis actitudes, simplemente importaba su vida.

—Entonces, ¿qué? – preguntó al acercarse a mí.

— ¿Qué de qué?

—Que si vamos a ir a cenar.

—Enrique, entre semana sabes que no salgo, estoy demasiado cansada.

—Vamos — se acercó más de la cuenta —, no te hagas de rogar.

Me alejé un poco de él y metí la llave del coche en la puerta. Cuanto antes me montara y arrancara, antes me dejaría en paz no me daba ninguna lástima dejarlo allí de pie tirado.

—Me voy a empezar a desesperar, Ruth.

— ¿A desesperar por qué? — lo miré a los ojos.

—De andar detrás de ti, me tienes aburrido.

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer — respondí.

—Venga... — se acercó de nuevo, intentando abrazarme por la cintura —, sabes de sobra que te gusto.

Le quité las manos en señal de desprecio. No me gustaba aquel tipo de confianza que él solito se había creado.

—No me toques — lo enfrenté.

— ¿Por qué te haces la dura? — volvió a intentarlo.

—Te estoy diciendo que no me toques, Enrique.

Escuché que alguien se acercaba a nosotros y giré la cabeza instintivamente. Sergio estaba casi a nuestro lado.

— ¿Pasa algo, jefa? — preguntó.

—No, tranquilo, Enrique ya se iba.

—Está bien... — se quedó allí de pie, sin moverse.

Enrique no lo había mirado, pero ante mi respuesta se empezó a enfadar. Reía que aquella noche iba a tenerme entre sus brazos y eso no iba a ser así.

— ¿Por qué no te vas y te metes en tus asuntos? – le dijo Enrique a Sergio.

— ¿Y tú quién eres para mandarme a hacer nada? – respondió bordemente.

—Vete a dar una vuelta, empleaducho – gritó –, no sirves para una mierda, no sois nadie.

—Al menos tengo más decencia que tú, que acosas a las mujeres – Sergio se acercó y se encaró a él.

—No eres más que un muerto de hambre – lo miró desafiante.

Aquellas palabras me estaban molestando demasiado. Odiaba el desprecio con el que trataba a la gente, se creía que era mejor por tener algo más de dinero que los demás.

—Déjalo y vete, estás haciendo el ridículo.

— ¿Ahora vas a defenderlo? – me preguntó.

—No tienes derecho a tratar a la gente así.

— ¿Qué pasa? ¿Que te acuestas con él o qué?

— ¡No me faltes el respeto y vete ahora mismo! – era la primera vez que le gritaba de aquella forma.

Me encaré, lo miraba con odio. Enrique no dejaba de sostenerme la mirada y, sorprendentemente, se dio la vuelta y se marchó. Iba maldiciendo a toda la gente que no pertenecía a su nivel y decía que las cosas son iban a quedar así. Esperaba que se quedase allí, enfrentándose más veces a Sergio y a mí, pero éramos dos contra él.

En cuanto desapareció del mapa, me apoyé en mi coche y suspiré varias veces. Las cosas con Enrique no cesaban, por más negativa que le diese. Parecía que me convertí en una especie de safio para él y eso le atraía aún más. Podía

tener a cualquier chica tonta que le diese la gana, pero se había empeñado en estar conmigo.

— ¿Estás bien, Ruth?

—Sí, tranquilo.

—Ven, anda – se aproximó a mí –, dame un abrazo.

Estar entre aquellos brazos me reconfortaba bastante. Me hubiese quedado allí, de pie, con él, para siempre. Sergio apareció en el momento adecuado, me alegraba enormemente estar con él. Agradecí que en aquellos momentos son apareciese nadie por allí, quería vivir el momento con tranquilidad.

Después de algunos minutos empezamos a separarnos el uno del otro. Levanté mi cabeza sin querer y quedamos a tan solo unos centímetros. Sus ojos estaban clavados en mí y yo no podía quitarle la mirada. Era el momento ideal para un beso, pero era algo imposible. No podía saber lo que pensaba ni lo que quería hacer, pero seguramente no era lo mismo que yo. Tenía que empezar a dejar de confundir las cosas y que pensase que era una atrevida.

Me alejé de inmediato, agradeciéndole la ayuda y me monté rápidamente en el coche, sin más. Empezaba a dolerme un poco tener que aceptar que Sergio estaba fuera de mi alcance y aquellas cosas solo me hacían más daño.

Me quedé demasiado incómoda ante aquel momento, cuando no tenía que ser así. Si Sergio hubiese sido libre, me lo habría comido a besos, pero no podía ser. Lo único que quise fue irme a casa y tratar de olvidar todo lo que pasó. Por un lado, Enrique estaba pasándose de la raya y tenía que pararle los pies y por otro, los que sentía por Sergio tenía que acabar, no podía tener más tentaciones y acabar haciendo algo de lo que me arrepentiría para siempre.



## Capítulo

# 18

Ya no me levantaba tan contenta ni iba con la misma actitud a la oficina. Me seguía gustando el hecho de ser la jefa, pero el tema con Sergio me tenía completamente desconcentrada. Verlo al llegar y saber que estaría ahí hacía que sonriera, aunque pronto desaparecía. No estaba a mi alcance y ya habíamos estado demasiadas veces a pocos metros, no estaba bien.

No podía juzgar lo que hacía Carmen, porque engañarlo no tenía nombre, pero no podía igualarme a ella. Si sucedía algo con Sergio me iba a sentir mala persona, y yo no era así. Siempre había respetado la situación de los demás, a pesar de que no me hiciese feliz. Sabía que ella no se merecía a alguien tan valioso como el, pero, al fin y al cabo, era su pareja y se consideraba mi amiga.

Aquel día las cosas no mejoraban mi humor. A mitad de la mañana mi padre había aparecido, dándose una vuelta y vigilando todo. Normalmente no pasaba

tiempo en mi despacho, pero podía oír como hablaba con el resto de mis chicos. A Sara normalmente la volvía loca y le combaba por completo su organización, aunque ya le había advertido que en cuanto se fuese, no hiciera nada de lo que él decía.

Intentaba concentrarme en mi trabajo, era algo imposible. No hacía falta que me asomase a través de la puerta, podía ver qué estaba haciendo. Siempre cogía una de las sillas sueltas e iba sentándose al lado de cada uno, para preguntarle qué hacían. Aprovechaba la conversación para sacar algún tema de política o contar alguna de sus batallas de joven; era demasiado pesado.

Los chicos se limitaban a darle la razón en todo, desde luego eran demasiado listos. La única vez que Ramón, uno de ellos, se limitó a decir lo que pensaba, aquel hombre empezó a discutir sin remedio. Era mejor decirle que sí a todo, porque así se librarían antes de él, y acabaría yéndose aburrido. Quería mucho a mi padre, pero la vejez empezaba a pesarle bastante. Debía buscar algún hobby o alguna actividad interesante y olvidarse un poco de la empresa.

Él la había fundado cuando era demasiado joven y le había metido demasiadas horas de su vida, pero las cosas habían cambiado. Ya no tenía cabeza para seguir el ritmo y no se adaptaba a las nuevas formas de catar clientes. Para él, internet no era más que un invento que nos absorbía, que no servía para nada más. Seguía defendiendo el uso del papel y conseguir clientes yendo puerta a puerta, pero ya todo estaba demasiado modernizado.

Me apresuré a responder al móvil, que estaba sonando. Hacía tiempo que me daba pereza ver que era Carmen, pero ese día no. Cualquier conversación, por mínima que fuese, me distraerá de pensar en mi padre. Él era capaz de ponerme más nerviosa que cualquiera.

—Hola, Carmen – respondí.

— ¡Hola, amiga!, ¿Qué tal?

—Bien, trabajando, y tú, ¿qué haces?

—Aquí aburrida y me dije, voy a llamar a Ruth para que se escape un ratito de la oficina.

— ¿Que me escape?

—Síííí, ven un rato a tomar algo a casa, hace días que no nos vemos.

La idea no me sentó para nada mal. Escaparme de la oficina y dejar a mi padre al mando no es que me gustase, pero me sentía saturada. Necesitaba de alguna manera tomar el aire, no me venía nada mal.

—Está bien, salgo en un rato para allá.

—Es la primera vez que no me pones excusas, ¿estás bien? – dijo bromeando.

—No seas tonta, sabes que me gusta pasar ratos contigo – mentí un poco.

—Entonces te espero. ¡Ciao!

—Ahora nos vemos. ¡Bye!

Colgué y empecé a recoger mis cosas, sin pensarlo. Salí diciéndole a mi padre que volvía pronto y me marché sin más. Mientras me montaba en el coche y arrancaba recordé que ni siquiera había mirado a Sergio, pero tampoco importaba mucho. Él hacía su vida, ajeno a todo lo que yo sentía.

Di un par de vueltas con el coche antes de llegar a casa de Carmen. Necesitaba bajar la ventanilla y sentir cómo el viento me daba en la cara. Sabía que en mi interior tenía mucha fuerza, no entendía por qué estaba así. Normalmente tiraba hacia adelante con todo, pero el tema del amor me dejaba fuera de juego.

Aparqué frente al edificio, es una especie de terraplén y me dispuse a subir. Por suerte la puerta del edificio estaba abierta y no tuve que llamar. Comencé a subir tranquilamente, escalón tras escalón, mientras pensaba formas de alegrarme un poco. Igual que Sergio había entrado en mi cabeza, seguramente era igual de fácil sacarlo, no tenía que ser para tanto.

Golpeé la puerta un par de veces a la vez que practicaba mi mejor sonrisa. Escuché cómo Carmen bajaba un poco el volumen de la música y se acercaba a abrirme.

— ¡Hola! — me saludó al abrirme y se puso a bailar mientras se reía.

—Estás animada — sonreí.

—Pasa, pasa — me invitó.

La música me animaba un poco. A Carmen siempre le había gustado la bachata, y aunque no era de mi gusto, al menos me hacía sonreír. Intenté moverme un poco al ritmo a la vez que me sentaba en el sofá y Carmen me servía un vaso de refresco. Aquel ambiente, por primera vez en mucho tiempo, me gustaba.

— ¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas? — se sirvió una copa y se sentó a mi lado.

—Ya sabes... Lo de siempre... — no iba a contarle que no para de pensar en Sergio — ¿Tú?

—Estaba deseando que me hicieras esa pregunta — rio.

—Adelante, dispara.

Carmen se acomodó.

—Está siendo todo tan maravilloso — sonrió —, Lucas no para de llamarme y

yo no puedo parar de pensar en él, salimos a comer helado a escondidas, incluso nos hemos visto aquí...

—Me lo supuse, parecía bastante cómodo el día de la fiesta.

—Espero que Sergio no lo haya notado — echó una carcajada —, y no sé, creo que me estoy enamorando.

— ¿Enamorando? ¿O es que te va la emoción y el morbo?

—Eso también, no lo voy a negar, la adrenalina forma parte del juego, pero Lucas siempre me gustó y que se interesase por mí, es muy emocionante.

— ¿Siempre te gustó? — pregunté sorprendida — Jamás me habías dicho nada y hace años que lo conocemos.

—Tonterías de niñas, pensé que te ibas a reír de mí.

Esa explicación no se la podía creer nadie. Carmen jamás me había ocultado nada, sabía que jamás le interesó Lucas.

— ¿Y él? ¿Qué dice?

—No quiere hablar sobre el futuro, ya sabes cómo es.

Aquello me sonaba un poco a excusa.

—Imagino que no se quiere adelantar a los acontecimientos — dije sin más—, y ¿qué piensas hacer con Sergio? ¿Vas a estar engañándolo toda la vida?

—No, sabes que no soy mala persona, quizás si las cosas siguen así con Lucas, tendré que plantearme ciertas cosas.

Si aquello no era ser mala persona, estaba muy confundida con la realidad. Esperaba tener a uno asegurado para soltar a otro, daba bastante lástima.

—No sé, Carmen, creo que antes que todo se desmorone deberías toar una

decisión – aconsejé

—Ay – se quejó –, no seas aguafiestas, deja que todo fluya.

Con aquello parece que puso fin a mi opinión. Pasó de aquellas palabras sin más. Cambió de tema rápidamente y me contó cómo era Lucas en la cama, sin preguntárselo, ya que no me interesaba. Por lo visto teníamos un amigo íntimo que tenía un miembro viril demasiado grande y que era capaz de hacerle grita como nunca lo habían hecho. Solo hablaba de sus gemidos y de cómo se corría con él.

Durante bastantes ratos hice oídos sordos. Carmen era tan egocéntrica que no se daba cuenta que a veces hablaba con las paredes, que los demás nos evadíamos, pero le daba igual. Su vida era lo único que importaba, no había nada más.

Miré el reloj y vi que se había hecho demasiado tarde. Las horas se habían pasado volando entre el trabajo y aquella visita. Quería llegar a casa para descansar un rato, hacer la cena y dormir pronto. Con todo el tema de Sergio el sueño se me iba acumulando.

—Oye, ya me tengo que ir – la interrumpí cuando me contaba otro de sus orgasmos bestiales.

—No, quédate un rato más – puso cara de pena.

—Seguimos otro día – me puse de pie –, creo que fue suficiente porno por hoy.

Empezó a reírse a carcajadas y se levantó para acompañarme. Realmente lo había dicho en serio, estaba aburrida desde hacía rato. Si me contaba algo más iba a cogerle asco al sexo, lo tenía claro.

Cogí mis cosas y me dirigí hacia la salida. En ese mismo momento, escuché el

ruido de unas llaves al otro lado y cómo el pomo se giraba. Sergio seguramente estaba llegando a casa y ni sabía que yo estaba allí. Comencé a ponerme nerviosa y traté de disimular lo mejor que pude delante de Carmen.

—Hola, mi amor – ella se adelantó y lo besó en la boca – Mira quién nos estaba visitando.

No pude evitar girar un poco la cabeza mientras se besaban.

— ¿Jefa? No sabía que estuvieses aquí...

—Ya me iba – sonreí –, os dejo solos, tenéis cosas que hacer.

Carme volvió a soltar otra carcajada. No sabía si es que ella estaba demasiado sensible a las frases o yo me había vuelto una payasa sin pretenderlo.

Pasé por su lado, sin decir nada más, le dije adiós a Carmen y fui bajando las escaleras. La despedida duró muy poco, y es que era muy incómodo quedarme allí con ellos dos medio abrazados. Se notaba que sobraba y no me iba a quedar sujetando velas.

Sergio me gustaba de verdad, pues verlo en brazos de otra mujer y observar cómo ls besaba, me dolía. Hacía años que no sentía algo así, una especie de celos y rabia, pero tenía que controlarme. Él pertenecía a otra mujer, ya lo sabía, no podía crearme cuentos de fantasías en mi cabeza.



## Capítulo

# 19

Cuando estaba llegando a la puerta de mi casa y aquel olor a puro me llegó, no supe si era mejor haberme quedado a ver a Carmen con Sergio o enfrentarme a Enrique. Aquel olor parecía su sello, parecía indicarme que me acechaba. Tenía que apuntar en mi mente que, cuando mi padre se diese la vuelta, tiraría aquella caja. De por sí el olor no me gustaba nada y cuando empecé a asociarlo a Enrique, todo fue mucho peor.

El encuentro que tuvimos la última vez fue demasiado desagradable. Estaba acostumbrado a que todas las chicas cayesen a sus pies, pero la llevaba clara conmigo. Si pensaba que bebiendo y poniéndose más pegajoso de la cuenta iba a conseguir algo, estaba equivocado. Aquel día me sentí acosada por él y esos momentos comenzaban a darme un poco de miedo. Si algún día se pasaba con el alcohol quizás se atrevía a hacer algo más, tenía que pararle los pies.

Giré la llave suavemente, para que no se diesen cuenta. Tenía que pasar por el

salón, a lo mejor conseguía hacerlo cuando no miraban y podía meterme en mi cuarto sin llamar la atención. Sabía que había venido a verme, pero yo no quería verlo a él. Necesitaba que se olvidase un poco de mí, me daba demasiada pereza su presencia.

Empecé a caminar lentamente, después de cerrar la puerta lo más suave que pude. No giré la cabeza en ningún momento para el salón, para no hacer contacto visual, pero no tuve éxito. Cuando apenas iba por la mitad del pasillo, mi padre llamó mi atención.

—Ruth, por fin llegas.

Miré hacia ellos e intenté poner una sonrisa. Delante de mi padre no iba a tratarlo mal, pero que no esperara un saludo demasiado amigable por mi parte. Seguía enfadada por lo que había hecho, no se me olvidó en ningún momento.

— ¿Qué hacéis? – pregunté mientras dejaba mi bolso encima de la mesa.

—Enrique vino a verte, estábamos charlando mientras te esperábamos.

—Ah... Qué alegría... – no disimulé aquella vez, quería que se diese cuenta que no me hacía ilusión.

Enrique se levantó y se acercó. Intentó darme un par de besos al saludarme, pero me retiré y le ofrecí mi mano.

—Vienes hoy de mal humor, por lo que veo – dijo.

—Ya lo ves, así soy – respondí.

Nos quedamos el uno frente al otro, sin decir nada más. Se notaba que la tensión se podía cortar con un cuchillo. Mi padre se acercó al cenicero para apagar el puro y resoplo un par de veces.

—Bueno, iré a ver la tele un rato, mejor os dejo solos.

Mi padre se levantó, me dio un beso y se marchó. Hubiera deseado un millón de veces que se quedase, pero seguramente se había percatado de lo antipática que estaba con él. Debía haberle contado la actitud que mantuvo Enrique días atrás, pero no había tenido cabeza para ellos, además, seguramente lo disculpaba.

— ¿Podemos hablar? — preguntó Enrique.

— Dime — seguí allí de pie, distante.

— ¿Por qué mejor no nos sentamos? — propuso.

Lo miré, no me hacía demasiada ilusión, pero accedí. No quería hablar en medio del pasillo y que todos se enterasen. Mi abuela tenía el oído demasiado fino, se enteraba de todo. Apostaba que ya se había percatado de la presencia de Enrique en la casa y que estaría deseando que se marchase.

— Te doy un par de minutos, estoy cansada — advertí.

Me siguió y se sentó cerca de mí. No me sorprendía nada que tuviese una copa en la mano, jamás perdía la oportunidad. Muchas veces pensaba que debía estar demasiado podrido por dentro, pues se refugiaba continuamente en el alcohol. Éste debía evadirle de su vida y de cómo se sentía, no había más explicación. Enrique era dependiente de la bebida y, seguramente, con el pase del tiempo, iba a más.

— Vine a pedirte disculpas, no quise tratarte así — comenzó a decir.

— No sé si las acepto, no me gustó tu comportamiento.

— Lo sé, fui un idiota, no volverá a pasar.

Eran las típicas disculpas de borracho. Sabía de sobra que iba a volver a pasar si lo dejaba, no era tonta.

—Déjame recompensártelo, pasemos algún fin de semana solos por ahí.

No supe si ponerme a reír o a llorar. Lo que menos me imaginaba y menos ganas tenía era, después de todo, irme a pasar un fin de semana con él ¡No estaba tan loca!

—Creo que no va a ser buena idea... – no supe qué decir.

— ¿Por qué?

Aquella pregunta me hacía bastante gracia. En ningún momento, desde que nos conocíamos, le había dado señales para que pensase que aquel plan me apetecía. No había conocido jamás a alguien tan insistente y tan ciego a la vez.

—Enrique... – tenía que volver a sincerarme con él – No quiero tener una relación ahora, te lo he dicho muchas veces.

—Pero ¿por qué eres tan cerrada al amor?

—Solo quiero centrarme en el trabajo, en sacar a la empresa adelante.

—Yo puedo ayudarte, confía en mí.

—No entiendes nada...

Era incapaz de ver que el problema era él. Yo no estaba cerrada a nada, incluso me sentía algo enamorada de Sergio. No sabía cómo hacerle ver que no.

—Oye, tengo algo de sueño, me gustaría ir a descansar – lo miré de nuevo.

—Está bien, fue suficiente por hoy.

Sorprendentemente no insistió, se puso de pie y fuimos juntos hacia la puerta sin decir una palabra más. Parecía que aquello iba a ser más fácil de lo que pensé, pero me equivocaba. Me apresuré a abrirle y, cuando me di la vuelta

para decirle adiós, intentó besarme en la boca. No fue un error, sé que lo hizo a propósito.

— ¿Qué haces? – pregunté enfadada.

—Vamos, Ruth, elimina el muro que tienes contra mí.

—Hazme el favor y vete – lo miré con desprecio.

—Algún día caerás, tranquila.

Ví como ponía una sonrisa despreciable. Para él todo no era más que un juego y yo una presa difícil de cazar. Se sentía tan seguro de sí mismo, que le daba igual mi opinión. En su cabeza yo un día sería suya, costase lo que costase.

Cerré casi dando un portazo, haciéndole saber que estaba enfadada. Me apoyé sobre la puerta y tomé aire un par de veces. Las cosas con Enrique tenían que tener un punto final cuanto antes, me estaba quemando demasiado.



## Capítulo

### 20

Aquel día me desperté un poco diferente, a pesar de lo impertinente que había sido Enrique la vez anterior. Con la cabeza bastante despejada, sabía que podía tener alguna oportunidad con Sergio. Carmen cada vez estaba más pillada por Lucas, así que seguramente tarde o temprano lo acababa dejando. No quería parecer una hiena, dispuesta a coger a Sergio cuando lo dejaran tirado, pero al menos podía tener la tranquilidad de ir poco a poco con él.

Mientras tomaba mi desayuno, iba montándome historias en la cabeza. Tenía súper claro que Sergio no me había dado ninguna señal, pero yo sentía cosas. Lo mismo, aunque estuviese soltero, no se fijaría en mí, sin embargo, no podía parar de soñar. Me preguntaba a qué sabían sus besos y que tan bueno era en la cama. Carmen no me había contado nada acerca de él en ese aspecto y lo agradecía, pues me gustaba pensar que podía comprobarlo por mí misma.

Escuché que mi móvil sonaba desde la habitación y me apresuré a responder. La enfermera de mi abuela, María, pocas veces llamaba a esa hora y desde un primer momento me temí que no eran buenas noticias.

—Hola, María – respondí.

—Hola, Ruth, ¿cómo estás? – tenía la voz tremendamente ronca.

—Yo bien, pero por lo que oigo, tú no...

—Te llamo para avisarte que no he parado de tener fiebre en toda la noche, será difícil que vaya.

—Imagino – suspiré –, pero no te preocupes, descansa.

—Me siento un poco mal por dejar a Rosa sola.

—Hay veces que es así, pero nosotras la cuidaremos – intentaba ser comprensiva, aunque sabía que el trabajo de ella me tocaría a mí.

—Gracias, intentaré estar mejor mañana.

—Descansa, María.

—Adiós, Ruth.

Colgué y supe que aquella mañana no iba a ir a trabajar. Me acerqué a la habitación de mi padre y le conté lo sucedido. Sabía que él podía cuidar de mi abuela, pero no bañara ni nada por el estilo. Aquellas cosas le provocaban demasiado pudor y me tocaban a mí. No es que me gustase demasiado, pero no iba a dejarla sola.

Acordamos que él se acercaría a la oficina y que yo terminaría yendo por la tarde. Le advertí en varias ocasiones antes de marcharse que no se metiera demasiado en el trabajo, pero sabía que pasaba de mí. Lo único que podía hacer era legar después de comer y organizar el desorden que le gustaba montar.

Me dirigí a la habitación de mi abuela a ofrecerle el desayuno y a ponerme manos a la obra.

—Buenos días – le di un beso y la desperté.

—Hola, cielo.

— ¿Cómo has dormido?

—Después de saber que había estado Enrique aquí, medio tranquila.

—Se fue pronto, aunque estuvo bastante impertinente.

—Cuéntame algo que no sepa – suspiró.

La ayudé a incorporarse y me senté a su lado. No tardé mucho en contarle que María no podía ir y que me tocaba cuida de ella. Tampoco era de su agrado que yo al desnudarse y la bañase, pero poco podía hacer. Cuando era pequeña ella cuidó de mí, me tocaba devolverle el favor.

— ¿Sigues triste por eso o hay algo más?

—Bueno... – no sabía si contarle lo de Sergio.

—Sabes que puedes confiar en mí, soy tu abuela.

—Sí, lo sé.

Me quedé en silencio un par de minutos, pero pronto arranqué. Necesitaba de alguna manera contar todo lo que sentía, aunque fuese a ella. Lo de Sergio lo estaba viviendo sola y quería algún consejo. Quizás yo estaba magnificando las cosas o algo por el estilo.

Empecé a contarle un poco sobre él, sobre que trabajaba para nosotros, pero omití la parte en la que aparecía Carmen. Le dije que él tenía pareja y que sabía que lo engañaban. Mi abuela había tratado a Carmen desde que éramos pequeñas, seguramente no le hacía mucha gracia. Sabía que intentaba tener pensamientos más modernos, pero se había criado en otra época.

—Te has ido a fijar en un chico difícil, pues teniendo pareja...

—Lo sé, no he podido evitarlo.

—El amor es impredecible y aparece cuando menos te lo esperas, no puedes mandar en tu corazón.

—Me gustaría olvidarlo, es algo imposible.

—Nada en esta vida es imposible, si no, mira mi ejemplo.

Me quedé un poco extrañada y la miré. No entendía a qué se refería.

—Tu abuelo estaba casado cuando lo conocí — se sinceró —, y por más que quise evitar la situación, ya me había fijado en él.

—Jamás me habías contado eso.

—Lo sé, me avergonzaba un poco, no quería que pensases mal de mí.

— ¿Y cómo terminasteis juntos?

—No lo sé bien, sin buscarlo él también se fijó en mí y dejó su vida para comenzar conmigo.

— ¿Y no te sentías mal?

—Horrible — me miró —, sin embargo, todo salió bien y vivimos enamorados hasta que se fue...

—Nunca hubiese imaginado algo así, pensé que estabais juntos desde pequeños.

—Eso quise hacer creer a todos, pero lo cierto era que no.

— ¿Y la mujer de él? ¿Qué fue de ella?

—Su matrimonio no iba bien, así que tampoco fue un trauma, incluso

llegaron a saludarse con el paso de los años.

Tenía la boca abierta.

—No quiero animarte a hacer lo mismo que yo, créeme que no fue fácil, pero si él está para ti, nada podrá impedirlo.

—No sé... ni quiero meterme en problemas.

—Ya lo estás — medio sonrió —, en el momento que lo dejaste entrar en tu cabeza.

Me quedé pensativa, tenía razón.

—Si su pareja lo está engañando es porque las bases no son sólidas, es cuestión de tiempo que se acabe.

—Eso había pensado, pero no quiero aprovecharme de eso.

—Deja que las cosas pasen y hablen por sí solas, no puedes tener control, sobre todo.

Aquellos consejos me animaron bastante. Debía de dejar de darle vueltas a la cabeza. Hasta ahora todo pasó sin buscarlo, vino por sí solo, y así debía ser lo demás. Si Sergio y Carmen terminaban era por algo. Su relación se tambaleaba y no podían evitar ir cuesta abajo. Ella misma se lo había buscado teniendo relaciones con Lucas y estropeándolo todo.

Sergio algún día se daría cuenta de cómo era ella realmente y debía decidir si le convenía o no. Las cosas pasarían en el momento indicado, sin buscarlas ni presionarlas. Que yo me hubiese fijado en Sergio no era casualidad, pero tampoco implicaba que acabásemos juntos como pasaba en las películas. Si él y yo debíamos estar juntos, la vida me lo haría saber; no pensaba darle más vueltas a las cosas.



## Capítulo

# 21

Sorprendentemente, la mañana se me había pasado rápido entre cuidar de mi abuela y preparar la comida. Normalmente Mara, la enfermera, hacía el almuerzo para ellas, pero aquel día tuve que convertirme en chef. Hice pasta con tomate y queso, tampoco fue nada gourmet. Jamás había tenido tiempo para dedicarme a cocinar y mi abuela, que me quería mucho, me lo perdonaba sonriente.

Nada más llegar mi padre, me despedí de ella, me lavé los dientes y me fui directa a la oficina. Según lo que me había contado, se dedicó a dar vueltas y no adelantó ningún informe. Desde por la mañana, en cuanto María me dijo que no podía venir, sabía que me quedaría en la oficina hasta bien tarde. Me caracterizaba por entregar las cosas puntualmente y no iba a fallar ni una sola vez.

Cuando llegué, subí por las escaleras y encontré a todos mis chicos

descansando para un café. Los saludé y comenzamos a hablar un poco antes de meterme en mi despacho. Se pasaron el rato riéndose de las conversaciones de mi padre y Sergio, no podía parar de soltar carcajadas. Aquel hombre se estaba convirtiendo en todo un espectáculo para ellos y no era para menos. Por lo visto le dio por hablar de la segunda guerra mundial y los tuvo toda la mañana dándoles clases de historia.

Me hubiese encantado quedarme más, estaba súper a gusto con ellos y me gustaba la participación de Sergio, pero tenía que volver a mi despacho. Sara ya se había encargado de darme una lista inmensa de las cosas que debía cumplir, así que me tenía que poner manos a la obra.

Desde que encendí el ordenador aquella tarde, no paré de teclear a toda velocidad. Normalmente cumplía con todo relajada, pero aquel día iba contra reloj. Hacía meses que no me pasaba algo así, que no se me acumulaban tantas cosas. Necesitaba una buena dosis de té o algo para animarme y enfrentar mejor las cosas.

Salí de mi despacho hacia la sala donde trabajaban mis chicos. Muchos de ellos ya estaban recogiendo sus cosas, sin querer se me había venido el tiempo encima.

— ¿Ya terminasteis por hoy? – pregunté al aire mientras me servía té.

—Sí, jefa, mañana será otro día – respondió Sara.

— ¿Y tú? ¿Te quedas? – me miro Ramón.

—Sí, como no pude venir esta mañana, tengo que hacer todo lo que se acumuló, me quedan unas cuantas horas por delante – puse cara de pena.

— ¿Ha pasado algo? – preguntó Sergio.

—No, solo tuve que cuidar de mi abuela, pero todo está bien – respondí.

Anda, iros, que ya es tarde.

Algunos de ellos, incluido Sergio, se ofrecieron a ayudarme al instante, pero los eché de la sala. No quería responsabilizar a nadie de aquello. Había pasado la mañana cuidando a mi abuela y no me costaba trabajar más horas para dejar todo listo, eran sacrificios que tenía que hacer.

Me despedí de todos en general y me metí en el despacho. Eché un ratito el sillón hacia atrás con la intención de relajarme un rato mientras tomaba el té. Cuando me saturaba demasiado la cabeza empezaba a trabajar mal, así que necesitaba ese pequeño descanso. El éxito de mi crecimiento estaba en la puntualidad y el trabajo bien hecho, pero a veces costaba demasiado cumplir con todo.

— ¿Sí? — habían llamado a la puerta de mi despacho.

— ¿Jefa? — Sergio abrió la puerta.

—Dime — me senté completamente recta mientras dejaba mi té encima de la mesa.

—He decidido quedarme a ayudarte.

Sergio entró y se sentó en la silla.

—No, ya os dije que no necesitaba ayuda, vete a casa, anda.

—Nos hemos ayudado últimamente, no tengo problema en hacerlo.

—Insisto...

—Ruth — normalmente no me llamaba así —, no tengo mucho que hacer en casa, no me importa ayudarte.

Aquellas palabras sonaban bastante tristes. Las cosas con Carmen debían haber empeorado y seguramente se sentía más solo que nunca.

— ¿Estás seguro? – pregunté

—Voy a coger mi ordenador y vengo para que terminemos pronto.

—Está bien – asentí con la cabeza –, sírvete un té, esto va para largo.

Sergio fue por su ordenador y apenas tardó unos segundos en volver. Nos dividimos equitativamente el trabajo, para hacerlo o más rápido posible. Estábamos tan concentrado que apenas nos dirigimos la palabra, pero me sentía a gusto allí con él. De vez en cuando disimuladamente, levantaba la mirada y lo observaba. Se veía más guapo cuando estaba concentrado en su trabajo, su cara se volvía más interesante. Desde que empecé a fijarme en él y a sentir algunas cosas, me gustaba todo, hasta sus muecas.

Pasaron un par de horas y el trabajo se me iba acabando. Hubiese querido tener mucho más tiempo para compartir, así fuera sin hablar. Solo el hecho de tenerlo delante y sentirme a solas con él, ya me gustaba. Formábamos un gran equipo, nos compenetrábamos a la perfección, era todo genial.

—Creo que ya me queda terminar solo esta parte – dijo en voz alta.

—Sí que eres eficiente – respondí –, yo también termino pronto.

— ¿Ves como era mejor que me quedase? – me miró– Si no llego a estar aquí, hubieses terminado a las tantas.

—Voy a tener que empezar a pagarte horas extras – bromeé.

—No estaría mal – sonrió.

Terminamos el documento que ambos teníamos delante y empezamos a apagar los ordenadores. A pesar de todo, sentía la espalda tensa. Había sido demasiada carga para una sola tarde, pero habíamos cumplido con lo que se esperaba de nosotros.

Cogí mi abrigo, mi bolso y acompañé a Sergio a recoger sus cosas. Casi siempre traía consigo una chaqueta de cuero negra que le sentaba bastante bien. Esperé que colocase el ordenador en su sitio, que se colocase la chaqueta y nos dispusimos a salir de allí.

—Te recomiendo que corras — dije al principio de las escaleras —, ya comprobaste que el sensor no funciona durante mucho tiempo.

—Jajaja — rio —. Después de ti, entonces.

Empecé a bajar el primer escalón y el sensor se encendió rápidamente. Comencé a bajar lo más rápido que pude, pero aquel día no había elegido el calzado adecuado. Tenía puestos unos tacones negros altos y no podía ser menos, pues estaba estrenando una falda nueva ajustada. A pesar de mis esfuerzos, el sensor acabo apagándose un par de escalones antes de llegar y nos quedamos completamente a oscuras.

—Tengo que arreglar esto — dije enfadada.

—Tranquila, yo termino de ayudarte.

—Creo que puedo sola — intenté apoyarme en la pared.

—No seas pesada, puedes caerte.

Sergio volvió a cogerme de la mano y me puse nerviosa. Su mano estaba completamente calentita y me encantaba el tacto de su piel. Rezaba al cielo porque mi mano no se pusiese a sudar y le diese asco. Me sentía una niña torpe, como si jamás hubiese estado con nadie.

Cuando terminamos de bajar, empecé a tocar la pared buscando la puerta de salida. No había ni una pequeña luz que dejase ver dónde estaban las cosas, teníamos aquellos súper mal organizado.

— ¿Buscas la puerta? – preguntó.

—Sí. ¿La has encontrado?

—Sí, está aquí – me guió.

— ¿Puedes abrirla? Necesito algo de luz.

— ¿Por qué no, mejor, nos quedamos un rato aquí?

Aquella pregunta hizo que mi corazón palpitase a mil por hora. Sergio se acercó poco a poco y sentí su respiración junto a la mía. Me había cogido por la cintura y estábamos prácticamente pegados el uno al otro en medio de aquella oscuridad.

—Si te molesta lo que quiero hacer, dímelo – susurró –, no quiero incomodarte...

— ¿Y qué vas a hacer?

— ¿Quieres que te lo diga o prefieres comprobarlo?

Sin responderle fui yo quien se acercó a su boca y lo besó. Seguramente no se esperaba que cogiese las riendas de aquella forma, pero no le desagradó. Sergio respondió a mi beso sin pensarlo y comenzamos a comernos la boca. Se notaba que teníamos sed el uno del otro y que ambos habíamos estado esperando aquel momento. Nunca pensé que Sergio se hubiese fijado en mí, pero ya podía estar segura de eso.

En ningún momento se pasó de la raya e intentó tocarme por debajo de la falda o algo parecido, pero no me hubiese importado. Sergio hacía que el calor subiese a mi cabeza demasiado rápido, sin importarme nada, pero él hacía las cosas delicadamente. Sus besos pasaron a ser más tiernos y frenamos un poco aquella velocidad. Si Sergio no hubiese metido el freno, quizás me lo hubiese

tirado allí mismo en plan salvaje.

—No sé si esto está bien o mal, pero es lo que me apetece — dijo mientras me besaba el cuello.

—Yo tampoco quiero plantearme ahora nada de eso, tenía ganas de estar así, contigo.

— ¿Crees que me he quedado a ayudarte por amor al arte? — sabía que estaba sonriendo.

—Así que lo tenías planeado — le cogí la cara y lo besé nuevamente.

—No me interesa que me pagues horas extras si puedo cobrármelo así.

Nos abrazamos de nuevo y seguimos besándonos sin parar. Sergio besaba muy bien, diferente a todos los hombres con los que había estado. Las ganas que tenía acumuladas de estar con él hacían que todo se sintiese mucho más mágico.

Pasamos un buen rato así, sin parar. Sabía que el tiempo se echaba encima y que teníamos que parar en algún momento, pero quería que durase para siempre, sin embargo, su móvil comenzó a sonar, sacándonos de nuestro momento.

—Es Carmen... debe preguntarse dónde estoy, no la había avisado.

—Será mejor que nos vayamos...

—Sí — me volvió a besar —, será mejor.

Abrimos la puerta y me daba un poco de vergüenza mirarlo directamente a la cara. Lo que había pasado allí dentro era nuestro secreto y ya sabíamos con certeza que nos gustábamos el uno al otro. Me sentía feliz al saber que él sentía lo mismo que yo, que tenía alguna posibilidad.

En cuanto pusimos un pie en la calle, comenzamos a comportarnos como si nada. A pesar de que aquello estaba completamente vacío, volvimos a adoptar nuestros roles de jefa y empleado. Sergio se montó en su coche, que estaba justamente al lado del mío y antes de arrancar, me dedicó un beso desde lejos.

Parecía que estaba viviendo un auténtico sueño. Tenía que olvidar que él se iba a casa con Carmen, no quería quedarme con aquella parte y sentirme celosa. Había conseguido mi primer encuentro con él, sin ni siquiera buscarlo. Sergio sentía cosas por mí y aquellos besos fueron los más dulces que había probado en la vida.



## Capítulo

### 22

No puedo negar que la noche de aquellos besos dormí como un angelito, aunque no pude evitar estar un poco confundida. A veces algunos pensamientos malos venían a mi cabeza y me amargaban un poco el dulzor del momento. No quería pensar que Sergio había hecho eso con raba hacia Carmen, sino que realmente le apetecía. Si me usaba como su juguete las veces que mi amiga no le echaba cuenta, me acabaría doliendo.

Intenté no darle muchas vueltas al asunto, porque nada de lo que pasaba era fácil. No había elegido un hombre libre, sino al menos indicado. No era la pareja de cualquier otra que no conociese, era la pareja de mi amiga de la infancia. Daba igual que en ese momento ya no nos lleváramos tan bien y que no entendiese su forma de ser, habíamos vivido muchas cosas juntas. Si la situación hubiese sido al revés siempre me dolería más que fuese por parte de ella que por cualquier desconocida.

Ya no podía evitar lo que pasaba y en parte tampoco me sentía tan mal. Sabía lo que Carmen hacía a espaldas de Sergio incluso yo la había cubierto una vez para que hiciese de todo con Lucas. Ella tampoco podía estar jugando con la

gente así y esperar que todo estaban a sus pies. La gente también se cansaba y Sergio comenzaba a darse cuenta de que su relación no era la ideal.

Apenas desayuné nada y le dejé a mi padre la responsabilidad de darle el suyo a mi abuela. Quería llegar antes a la oficina, quería verlo, aunque fuesen los dos segundos que tardaba en saludar y en meterme a mi despacho. El solo hecho de saber que él estaba a pocos metros me hacía sonreír, y, sobre todo, después de lo que había pasado.

Conduje con la música a todo volumen, cantando a pleno pulmón. Me sentía feliz, sin más. No tenía idea de si las cosas volverían a repetirse con Sergio, pero estaba segura de que sí. Él había sido quien propuso quedarnos allí a oscuras, aunque fui yo la que lo besó primero. Tenía tantas ganas guardadas que ya no quería que hablásemos más, estaba dispuesta a pasar a la acción.

Cuando llegué, ya todos los coches de mis chicos estaban allí, incluido el de él. Me arreglé el pelo antes de salir del coche y me retoqué un poco el maquillaje. Normalmente usaba algo discreto, pero me sentaba bastante bien. Tenía que dar la impresión de mujer seria, de éxito, y la vestimenta y la forma de arreglarse decían mucho de una misma.

Subí las escaleras lentamente y aparecí en la sala. Todos estaban un poco revueltos, encendiendo ordenadores y organizando el trabajo que Sara les ponía. Saludé a todos y no pude evitar mirar a Sergio, quien me correspondía con una sonrisa. Aquel día lo vi más atractivo que nunca, parecía que los ojos le brillaban.

Tampoco reparé mucho en él, tenía que actuar con normalidad. Sara no dudó en cogerme por banda y organizarme el día el trabajo. Hablaba sin parar a la vez que íbamos hacia mi despacho y yo apenas la escuchaba, tenía el pensamiento lejos de allí. No hacía más que reproducir una y otra vez lo que

pasó en mi mente, había sido demasiado bonito para mí.

Una vez que me senté e intenté trabajar. Cada vez teníamos más cosas que hacer y ya era necesario ampliar el equipo. Debía delegar más cosas en el resto de la gente y relajar mi mente. Llevaba demasiado estrés encima por querer tener control sobre todo y cuando no podía concentrarme, me desesperaba un poco.

La mayor parte de la mañana conseguí sacar todo de mi cabeza y estar delante del ordenador, sin embargo, tuve una visita inesperada. Mi padre era incapaz de llamar a la puerta, entraba como Pepito por su casa y aquella vez, no estaba sola. No supe en qué momento de la mañana se le ocurrió que me animaría algo ver la cara de Enrique.

— ¡Hola! — saludaron casi a la vez.

—Hola... ¿Qué hacéis por aquí? — se podía notar que no me entusiasmaba la visita.

—Vine a dar una vuelta y me encontré a Enrique — respondió mi padre.

—Íbamos a tomar algo y vinimos a buscarte, hace un buen día.

—Va a ser imposible, tengo demasiadas cosas que hacer — señalé una montaña de papeles que tenía delante.

—Estoy harto de decirte que para eso tienes empleados — parecía que me reñía.

—Te dije que no era buena idea — mi padre miró a Enrique.

—Sí, será mejor que vayáis vosotros.

— ¿Siempre ha sido así de difícil para todo? — preguntó a Enrique a mi padre.

—Siempre – respondió sin más.

Los miré con ganas de responderles algo, pero no me merecía la pena. Mi día era bonito y me sentía bien, no iban a hacerme enfadar.

Los ignoré y volví a mirar el ordenador, no podía ser más clara. Mágicamente no dijeron nada más y se fueron por donde habían llegado. Por una sola vez me sentía victoriosa ante ellos dos y eso hacía crecer mi autoestima. Estaba cerca de derrotar a Enrique y que mi padre se cansase de intentar metérmelo por los ojos.

A mitad de la mañana, Sara me trajo el almuerzo y seguí trabajando sin parar. Me hubiese gustado salir a comer con todo, pero de todos modos era difícil para mí. Tenía que disimular delante de mis chicos la sonrisa idiota que se me ponía delante de Sergio y no sabía bien como tratarlo. No podía ignorarlo por completo, pero tampoco tratarlo con toda la confianza del mundo.

El resto de la tarde, sorprendentemente, se pasó rápido. Cuando menos me di cuenta, mis chicos empezaban a despedirse de mí y empecé a recoger mis cosas. Esperaba que cuando Sergio lo hiciese pudiésemos hablar, pero no lo hizo. Aparecieron todos menos él. Quizás le daba un poco de vergüenza enfrentarse a mi o estaba arrepentido. Cogí mi chaqueta, mi bolso y salí de mi despacho. Sin esperármelo, encontré a Sergio allí, apoyado de pie en su escritorio.

— ¿Aún estás por aquí? – pensé que ya se había marchado.

—Estaba esperándote...

— ¿A mí? – pregunté estúpidamente

—Sí... ¿A quién más va a ser? – rio.

Se acercó lentamente a mí, me acarició la cara y comenzó a besarme. En un

primer momento e instintivamente, me eché hacia atrás. No me había asegurado de que todos mis chicos se hubiesen ido, aunque allí no había nadie.

— ¿Te pasa algo? – preguntó confundido.

— ¿Estamos solos? – miré hacia los lados.

— Tranquila, ya me aseguré – respondió –, pero si quieres, vamos a un lugar más privado.

Cogió mi chaqueta, mi bolso y los puso encima del escritorio de Ramón. Comenzó a besarme de nuevo y empezamos a caminar hacia mi despacho. No podía separar mi boca de la suya, era como una droga que necesitaba tener.

En cuanto entramos, cerró la puerta tras de sí y echó el pestillo sin dejar de besarme. Acabé casi sentada encima de mi escritorio, con las piernas rodeando su cuerpo, de pie frente a mí.

Las cosas se fueron calentando sin poder evitarlo. Los besos que nos dábamos cada vez eran más intensos y Sergio comenzó a tocarme por debajo de la falda. En ningún momento se lo prohibí, al contrario, metí mi mano por debajo de su pantalón y comencé a masturbarlo.

Sergio se excitaba cada vez más y me lo hacía saber. Me mordía el cuello a la vez que me desabotonaba la blusa y me dejaba en ropa interior. Yo no tardé en hacer lo mismo con él, quería sentirlo dentro de mí.

Sin esperar que actuase, me puse un poco de pie y me bajé la falda, quedando prácticamente desnuda. Sergio sonreía al verme y no dudó en bajarse el pantalón y dejar al descubierto todo. Tenía claro que o iba a decepcionarme aquel día, la tenía bastante grande. Tiró los informes que tenía allí encima y me tumbó. Sin pensarlo, me abrí de piernas, dejando todo al aire y me penetró fuertemente. Hacía mucho tiempo que no tenía sexo y que fuese con él me

ponía aún más cachonda.

Se tiró encima de mí y comenzó a chuparme todo lo que encontraba a su alcance, sin sacarla ni una sola vez. Estaba completamente desatado, no podía parar de tocarme y besarme. Sergio tenía las mismas ganas que yo y me lo estaba demostrando con creces.

No dejó de penetrarme fuerte una y otra vez mientras yo gemía de placer. Jamás me hubiese imaginado tirándome a nadie encima de mi escritorio, estaba segura de que no lo iba a olvidar. Por fin había conseguido lo que tanto había querido, tenerlo allí disfrutando conmigo. Aquel día no me importaba nadie, no pensé en el resto del mundo, solo en seguir allí follando una y otra vez con él.





## Capítulo 23

Aquello de quedarnos hasta tarde con alguna excusa, se convirtió en nuestro día a día. Sergio siempre disimulaba tener que terminar informes cuando los chicos comenzaban a irse y yo no salía de mi despacho temprano. En cuanto se iba, él venía sin perder el tiempo y acabábamos haciéndolo una y otra vez sin parar. Teníamos demasiada sed el uno del otro, no podíamos evitarlo.

No sabía cuántos días llevábamos así, pero no importaba. Carmen apenas había preguntado, eso le daba vía libre para estar con Lucas y no era un problema. Para mi padre y el resto del mundo, no era nada extraño. Siempre había sido una chica obsesionada con el trabajo y podía simular perfectamente que eso era lo que hacía. Enrique, por suerte, se había ido bastante tiempo de viaje de negocios y no tuve que preocuparme por él. Teníamos vía libre para amarnos sin tener que dar explicaciones.

La rutina que habíamos creado me encantaba demasiado. Apenas hablábamos de si estaba aquello bien o no, simplemente queríamos estar juntos. En muchas

ocasiones acabábamos en el suelo, abrazados el uno al otro, pensando en planes para hacer algún día. Le dije que mi sueño sería ir con él a playas paradisíacas y no dudo en prometérmelo. Sabía que era la pareja de Carmen, pero nadie podía detenerme a la hora de soñar.

Sergio alguna vez que otra manifestó sentirse confundido y que no podía engañarla más, pero seguía buscándome una y otra vez. Estaba segura de que no la quería, de que lo suyo había terminado, pero era el quien tenía que dar el paso. Jamás le iba a rogar que dejase todo por mí, ese no era mi estilo. Me limité a disfrutarlo las veces que pude, no quería desanimarme pensando en el futuro. Si me rompía el corazón era solo culpa mía, sabía de sobra a lo que me estaba exponiendo, sin embargo, lo necesitaba.

Normalmente en la oficina, actuábamos con normalidad. Si tenía que decirle algo, lo hacía como si fuese otro más. Nadie se podía imaginar lo que pasaba cada noche entre las cuatro paredes de mi despacho. Me gustaba aquel juego, en parte me lo pasaba bien. Sabía que Sergio me miraba con ganas de bajarme las bragas en cuanto todos se diesen la vuelta, pero nadie más era consciente de ello. Nos habíamos acostado ya tantas veces que me sabía de memoria cada lunar que tenía en el cuerpo.

Aquella mañana, salí como siempre a tomar un té y me encontré con una sorpresa. Carmen apareció por la puerta, sin avisar. No es que me molestase su visita en sí, pero no me parecía correcto que las parejas vinieran a la oficina.

— ¡Ruth! — se acercó a mí y me dio dos besos.

— ¡Carmen! ¡Qué sorpresa! — sonreí falsamente mientras miraba a Sergio —  
¿Cómo tú por aquí?

—Pasaba cerca de aquí y decidí venir a veros.

Se alejó y fue a abrazar a Sergio. Él se levantó rápidamente y se lo devolvió. Como era de esperar, Carmen no se cortó ni un pelo. Comenzó a besarlos mientras todos los demás intentaban no mirar. A ella le gustaba dar el espectáculo a cada lugar que iba y ser el centro de atención.

Desde que empecé a estar con Sergio, no los había visto juntos y siempre me pregunté cómo me sentiría. La rabia no tardó en aparecer y los celos vinieron detrás. Aquel hombre me pertenecía cada noche y allí estaba, delante de mí, besando a otra mujer. Intenté esquivar la mirada, pero no pude.

Carmen se separó de él, limpiándole los labios. La imagen de Sergio con los labios manchados de aquel pintalabios rojo fosforito, me desanimó. Sabía que con la mirada me quería decir miles de cosas, pero era imposible. Ella era su pareja, no podía negarse a nada.

—Entonces, ¿me invitas a un café? — se acercó de nuevo a mí.

—Sí, obviamente — le ofrecí una taza.

—Vamos un rato a tu despacho, así hablamos de cosas de chicas — me guiño un ojo.

—Claro — accedí de inmediato y me maché a mi despacho sin mirar a Sergio de nuevo.

Prefería una y mis veces tenerla conmigo que seguir aguantando aquel magreo con Sergio. Sabía que me iba a contar cosa de Lucas y esperaba que todo fuese sobre ruedas. Quizás el día en que su relación con Sergio se acabase estaba al llegar, quizás me daba buenas noticias.

— ¿Cómo va todo? — me senté en mi silla.

—Más o menos... No tengo buenas noticias...

— ¿Qué ha pasado?

—Lucas se ha distanciado, me parece que se aburrió de mí.

Aquellas noticias no me gustaban nada.

— ¿Ha pasado algo en especial? ¿Habéis discutido?

—En cuanto le dije que deberíamos estar más en serio, que lo mío con Sergio ya no funcionaba, se fue retirando...

—Quizás solo debes darle tiempo – quería animarla.

—No sé, no quiero estar perdiendo el tiempo, quizás debería centrarme en Sergio.

Las cosas no podían ir a peor.

—Pero quieres a Lucas, ¿no?

—No lo sé, Sergio ha estado siempre para mí y no voy a estar perdiendo el tiempo si Lucas es un cobarde – me miró seriamente –, así que creo que se acabó.

— ¿Estás segura?

—Sí, Ruth – afirmó con la cabeza –, será mejor que vuelva a establecer las cosas con Sergio y que todo vuelva a ser como antes.

No sabía si eso iba a ser posible por parte de él. No habíamos tenido un encuentro casual, lo habíamos convertido en nuestro día a día. Quise hablar más del tema con Carmen, tenía que convencerla de que Lucas era buena opción. Era egoísta por mi parte, pero no quería perder a Sergio porque a ella se le antojara.

Tocaron a la puerta de mi despacho y ella se apresuró a abrir. No me dio

tiempo a frenarla y a decirle a la otra persona que pasase más tarde. En cuanto vi la cara de Enrique al otro lado, supe que aquel día no me iba a gustar para nada.

Carmen y él se habían conocido en la fiesta de su casa y, a pesar de verse solo una vez, se saludaron como si fuesen viejos amigos. Eran tal para cual, podían formar a pareja ideal

Me puse de pie, para no parecer antipática. Enrique se acercó a saludarme y me dio una rosa que traía en la mano. Ya había desistido, por más que le explicaba que las flores no me gustaban, hacía oídos sordos. Aquellas dos personas que estaban en mi despacho eran las más egocéntricas del planeta.

— ¿Qué tal el viaje? – le pregunté.

—Bien, echándote de menos – sonrió.

—Ya...

Carmen me miraba como una idiota, le faltó ponerse a aplaudir. ME miraba y me guiñaba el ojo, como si estuviera presenciando una escena súper romántica. No había que ser demasiado listo para saber que no me gustaba para nada.

— ¿Qué hacéis? ¿A qué se debe tu visita? – preguntó Enrique a Carmen.

—Vine a verla porque si no, es imposible, nunca quiere hacer nada – respondió.

—Dímelo a mí... – suspiró.

Intenté sonreír, pero no me apetecía mucho. Claramente no quería salir con ninguno de ellos y tenía mis motivos.

—Venía a intentar invitarla a cenar, pero seguramente me dirá que no –

Enrique me miró.

—Es que... — intenté poner una excusa.

— ¡Oye! — Carmen me interrumpió — ¿Por qué no venís a cenar a casa? Hoy es viernes, hay que celebrar el fin de semana.

—No sé si es una buena idea — respondí.

—No seas aguafiestas, Ruth — ella llevaba la voz cantante siempre —, venid los dos y despejaos de tanto trabajo que se os está poniendo cara de viejos.

—Por mí no hay problema, me encantaría — dijo Enrique

—Pues no hay nada más que hablar — sonrió —, os espero a las 8.

—Pero... — intenté decir algo.

—Pero nada, no hay más que hablar.

Enrique la miró feliz, esa mujer le había organizado una cita conmigo en solo un par de minutos. No sabía ya que hacer contra aquellos dos seres. Me imité a poner a mejor de mis sonrisas y a asentir con la cabeza. Me sentía entre la espada y la pared.

Carmen me dio dos besos de despedida y Enrique se ofreció a acompañarla hasta la salida. Se trataban como si se conociesen de siempre, era algo realmente increíble. Aquella cena no iba a ser algo agradable ni para mí ni para Sergio, no imaginaba qué podía pensar en el momento en que se enterase.

Odiaba tener que verlo de nuevo en brazos de Carmen y estaba segura de que aquella noche me iba a cansar de hacerlo. Ahora que Lucas la había dejado un poco de lado y había salido corriendo al ver que ella quería ir más en serio, se le antojaba de nuevo esa con Sergio. Esperaba que él fuese más listo, que se diese cuenta de que aquello no tenía solución y que tomase la mejor decisión.

No habíamos tomado un camino fácil, pero podíamos acabar junto si decidíamos luchar unidos.



# Capítulo 24

Salí un poco antes de la oficina sin decir mucho. Imaginaba que Sergio se enteraría pronto del plan, si es que no lo sabía ya. Quería llegar a casa para tener tiempo de relajarme y arreglarme un poco. Aquellas cuatro paredes de la oficina me empezaban a agobiar, y sobre todo después del encuentro que sucedió con Enrique y Carmen. Aquel espacio, que era donde me podía evadir del mundo, lo habían ocupado sin permiso.

En cuanto llegué a casa, cogí un vestido, unos zapatos y algo de maquillaje y fui a vestirme a la habitación de mi abuela. Necesitaba sentir su apoyo para obtener fuerzas y enfrentarme a la situación. Iba a ir a cenar a casa de hombre al que quería, junto con su novia y el ser más baboso que existía, Enrique. No me moría de la emoción, pero al menos iba a estar cerca de él.

Me interesaba en parte ver cómo actuaba con Carmen. Sabía que ella iba a hacer el papel de novia mega enamorada, pero a Sergio ya empezaba a conocerlo mejor. Se notaba cuando se sentía incómodo. No pudimos hablar de nada, pero la comunicación no verbal me iba a decir bastante.

— ¿Dónde vas con todo eso? — preguntó mi abuela al verme llegar.

—Tengo una cena, quería arreglarme aquí, contigo.

— Quieres que hablemos, ¿verdad?

—Sí, lo necesito.

Amaba a mi abuela. No tenía que andar disimulando con ella, siempre lo sabía todo. Era súper mala para darle rodeos a los temas, así que con ella me podía

sentir cómoda.

—Voy a cenar con el chico que te dije, con su novia y, además, nos acompaña Enrique.

— ¿Cómo ha podido suceder semejante desastre?

—La novia se presentó en la oficina, Enrique a la vez, y no sé cómo... todo fue un caos... Enrique y Sergio ya tuvieron un encuentro que no acabó bien, no sé cómo ninguno de los dos se ha opuesto a la cita – mi abuela alucinaba.

—Por cierto, dijiste que no conocías a la novia. ¿Qué te pareció?

No quería mentirle más.

—Abuela, sí conocía a la novia... – agaché un poco la cabeza.

—Tranquila, no tienes que sentirte mal, me lo imaginaba – confesó.

—No quería decirte que es Carmen...

— ¿Carmen? ¿Qué Carmen?

—Mi amiga, la que vino hace poco del extranjero.

—Ah... Carmen... – siguió pensando.

Se quedó un rato en silencio, imaginaba que no le había gustado mucho la confesión.

—Bueno, eso tampoco cambia mucho la historia – sabía que lo decía para animarme.

—El caso es que ahora dice que no quiere estar con el amante, que quiere recuperar a Sergio.

—Eso tampoco está bien, no puede estar usando a la gente a su antojo.

—Ella siempre lo ha hecho, no es una novedad para mí.

— ¿Y él? ¿Qué dice? ¿Acaso no pensaba dejarla?

—No lo sé... A veces pienso que sí... Otras veces que no...

Me senté en la cama y la miré. Cuando me hacían esa pregunta, mi confusión era demasiado grande.

—Ya te dije que la vida te dará lo que te mereces, pero si él sigue también en ese juego, lo mejor será que te retires – me aconsejó.

—Días atrás pensé que quizás en algún momento se acababa lo suyo, pero ahora que Carmen quiere recuperarlo, no sé cómo actuará.

—Esa noche tienes la oportunidad de verlo y de tomar tu decisión, yo te apoyaré en todo lo que decidas – sonrió.

—Gracias, abuela – me acerqué y la abracé.

Terminé de colocarme el vestido y peinarme un poco. Me gustaba hacerme una trenza de medio lado, era bastante cómoda para mí. No tenía que ir aguantando el pelo suelto y al menos quedaba un poco arreglada. En un primer momento elegí unos zapatos altos de tacón, pero opté por cambiar a unos más bajitos. Quería estar todo lo cómoda posible en aquella casa, pues la situación, no prometía mucho.

Enrique me había llamado antes de hablar con mi abuela para pasar a buscarme, pero le volví a dejar claro que cada uno iría en su coche. Con él vivía continuamente un deja vú. Podía decirle las cosas cientos de veces que no había manera de que se enterase. En primer lugar, quería tener la libertad de poder irme de los sitios cuando a mí me apeteciera, en segundo lugar, no confiaba en él porque siempre bebía y, en tercer lugar, estar en ese espacio tan pequeño encerrada con él me producía una fobia brutal.

Me despedí de mi abuela y fui al salón a coger las llaves de coche. Mi padre estaba allí, sentado en su sillón, leyendo un libro de historia. Eso sí que me encantaba de él. Tenía cientos de libros y pasaba siempre el rato con ellos. Le encantaba informarse acerca de los acontecimientos más importantes del mundo y me los había narrado desde que era pequeña. Nunca fue el típico padre de sentarse a contarte un cuento de monstruos o de hadas, él prefería contarte alguna guerra o algo por el estilo.

Cuando fui creciendo, con el tiempo me fue interesando, aunque con 5 años me parecía demasiado aburrido. Mi padre intentaba contar algo como Caperucita, pero acababa volviendo a lo de siempre. En las clases de historia me acabó yendo muy bien, se lo agradecía bastante.

—Vas a salir, ¿no? — preguntó sin levantar la vista del libro.

—Si...

—Ya me dijo Enrique esta tarde.

Suspiré.

— ¿Ahora os llamáis a todas horas? — pregunté.

—Simplemente me lo encontré por casualidad — quiso restarle importancia —, espero que os vaya bien.

—Eso también espero yo.

No sé qué clase de cita le había contado Enrique que teníamos, pero me lo podía imaginar. Vivía en su mundo imaginario y dejaba volar su mente más de lo normal. Quizás se había visualizado que después acabaríamos en la cama, o quien sabe qué.

Cogí mis cosas y salí de mi casa, dispuesta a enfrentarme a la cena. Tenía que

convencerme a mí misma para pasar de los chistes y comentarios de Enrique e intentar tomarme mejor las conversaciones con Carmen. Tenía que disfrutar la compañía de Sergio y comprobar en qué punto estaba sus cosas con ella y conmigo.





## Capítulo 25

En cuanto llegamos a casa de Carmen y Sergio, ambos aparcamos en el terraplén que quedaba en frente. Enrique se bajó y parecía que iba vestido para el evento más importante de su vida. Se notaba que la camisa que llevaba era de las caras y que estaba estrenando zapatos. Vino hacia mí efusivamente y me dio un par de besos, como si no nos hubiésemos visto en años. A mí no me gustaba demasiado el contacto físico, a menos que fuese con Sergio.

Entramos en el portal del edificio después de llamar al telefonillo y, sorprendentemente, el ascensor funcionaba. Podían haber pasado miles de años desde que me monté por última vez allí, ya ni recordaba cómo era. Cuando Enrique abrió la puerta, todo se me vino a la mente. Era de aquellos antiguos en los que tienen doble puerta. El espacio era bastante pequeño y no me agradaba compartir tan poco espacio con Enrique, aunque no tuve más remedio.

Apenas teníamos que subir unos pisos y se me hizo completamente eterno. Enrique no paraba de contarme sus cosas y yo me sentía tan agobiada que era

capaz de sentir su aliento. Por suerte, era un hombre demasiado aseado, y no olía más que a perfume y a menta. La historia cambiaría un poco a la vuelta, cuando tuviésemos que bajar y la boca le oliese a whisky o algo por el estilo.

Agradecí cuando aquel ascensor se abrió y salimos directos a entrar en casa de Carmen y Sergio. Aunque me incomodara un poco la situación, al menos iba a compartir a Enrique con ellos y no me tocaba estar a solas. Las citas con él no eran muy agradables. Por más que me llevase a restaurantes caros o a hacer actividades diferentes, como cenar en un barquito por el río de la ciudad, siempre la acababa cagando con sus comentarios y con su dependencia con la botella.

— ¡Hola, invitados! — Carmen abrió a puerta y nos saludó efusivamente.

—Toma — Enrique le ofreció una botella de vino que traía en la mano.

— ¡Gracias! Nos la tomaremos entera esta noche, ¿no? — rio.

—No lo pongas en duda — respondió él.

Ante ellos dos, nadie podía dudarlo. Podían acabar con un bar entero si se lo proponían. Eran chicos de comer poco, pero ingerían alcohol al montón.

En cuanto entré en el salón, Sergio estaba allí terminando de preparar la mesa. Aún no habían servido nada, pero me podía imaginar que tampoco iba a ser algo demasiado elaborado. Me quedé mirándolo mientras me iba quitando el abrigo, sin saber bien que hacer.

—Hola, jefa — sonrió y me dio un par de besos —. Enrique — le chocó la mano —, ¿todo bien?

Me sorprendió su simpatía. En el último encuentro que tuvieron, Enrique le gritó de todo, pero seguramente con la borrachera ni se acordaba. Lo saludó como si fuesen amigos de siempre, como si aquello jamás hubiese sucedido,

como si nunca me hubiese acusado de acostarme con él. Sergio podía haberse negado a aquella invitación, pero fue educado y se lo dejó pasar. Carmen seguramente no sabía nada de aquello y tampoco tenía por qué. Nos saludamos como cualquier otro día. Me sorprendía su capacidad de olvidar las cosas.

El solo hecho de haberlo oído y tenerlo tan cerca me encantaba. Sergio actuaba con normalidad, como si no pasase nada más allá. No me esperaba otro comportamiento por su parte y hacía todo más fácil.

Carmen nos invitó a sentarnos en la mesa mientras ellos dos desaparecían en la cocina. Por el olor que llegaba, me alegré de que no fuese comida china de nuevo. Parecía algún tipo de pescado o algo así. Enrique no tardó mucho en empezar a abrir el vino y a servir en las cosas mientras esperábamos. Él se tomaba la libertad de actuar como si estuviera en su propia casa.

No tardaron mucho en llegar con lo que me había imaginado. Era una especie de pescado en salsa de nata y verduras. Tenía muy buena pinta, parecía de un auténtico restaurante.

— ¿Lo has hecho tú? — pregunté a Carmen, escéptica.

—Ha sido Sergio — confesó mientras ponía algo de pan.

—No sabía de tus dotes en la cocina — lo miré —, vas a tener que invitarnos más a menudo.

Sergio rio y rápidamente se sentaron a acompañarnos. Durante el primer rato nadie habló. La comida estaba tan deliciosa que no había tiempo para dejar de saborearla. No sé por qué me sorprendía que Sergio cocinara tan bien, me había demostrado con creces que era experto en todo lo que me hacía.

—Bueno, contad, ¿para cuándo la boda? — Enrique comenzó con sus comentarios estrellas.

— ¿Boda? – Sergio casi se atraganta.

—Claro, tienes que hacer algo romántico para pedírselo.

—Sergio no cree en el matrimonio – lo miró como echándoselo en cara.

— ¿Cómo que no? – interrumpió Enrique – Tienes que demostrarle a la sociedad que esta mujer es tuya y te advierto que, si no la cuidas, te la quitan – le echó una mirada de arriba abajo.

Carmen y Enrique echaron unas carcajadas, sin embargo, Sergio y yo no le habíamos encontrado la gracia. Se veía bastante incomodo ante ese interrogatorio, no lo podía ocultar.

—Él no va a dejarme ir muy lejos – le echó el brazo por encima del hombro.

—Se os ve muy unidos – Enrique me miró.

—Sergio y yo nos amamos, no podemos ocultarlo.

Sin ningún pudor empezó a besarlo, delante de nosotros. Sergio le siguió, sin decir nada, haciéndome sentir más incómoda que nunca. No era agradable que dos personas se comenzasen a comer la boca en la misma mesa en la que estábamos cenando y mucho menos, cuando querías a uno de ellos.

Carmen sonreía mientras lo besaba y el no paraba de mirarla y hacer lo mismo. No estaba disimulando ni haciendo ningún papel, lo estaba disfrutando.

Enrique me miró e intentó cogerme la mano, pero la quité disimuladamente. No sé por qué se pensaba que ese momento de romanticismo nos unía de alguna manera. Hubiese esperado que Sergio le diese un simple beso, no que hiciese todo eso. Me estaba dejando claro que iba a hacer todo lo que Carmen

dijese.

Cuando aquel beso interminable se acabó, Carmen me miró sonriendo. Sabía que quería demostrarme que iba a luchar por Sergio y que lo suyo con Lucas había acabado. Sergio ni siquiera me miró, terminó su plato y ya.

— ¿Qué tal si traigo el postre? Ya habéis terminado, ¿no? — propuso de buenas a primeras.

—Por mí, perfecto— respondió Enrique.

— ¿Por qué no me acompañas y me ayudas? — me miró.

Me quedé un poco a cuadros, no me esperaba eso. Lo más lógico era que le pidiese el favor a Carmen.

—Eso, ve — apoyó Carmen —, mientras yo voy poniendo algo de música para animar el ambiente.

Sin negarme mucho, me levanté y ayudé a recoger los platos. No me apetecía mucho quedarme a solas con Sergio después de aquel acto tan feo que tuvo. Fui consciente de que me podía enfrentar a algo así, eran pareja, pero fue demasiado descarado.

Al llegar a la cocina, Sergio se puso a mi lado. Dejé los platos en el fregadero y esperé que me indicara qué hacer. No hacía más que mirarme, intentando decirme cosas, pero parecía temeroso. Miraba mil veces hacía la puerta, asegurándose de que no había nadie por allí.

—Tenemos que hablar... — dijo casi susurrando mientras sacaba unas tarrinas de helado.

—No creo que haya mucho más que decir — respondí.

—Estoy confundido, no sé cómo hacer las cosas.

—Tal y como las has hecho antes, no es tan difícil — me sentía enfadada.

—Pero...

—Pero nada — corté —, ya me ha quedado clara tu elección.

Cogí las tarrinas y comencé a servir las en unas copas. Tenía que aprender a asumir mi derrota, a saber, que Sergio jamás la dejará por mí. Había sido un simple capricho, una forma de pasar el tiempo, mientras ella estaba ausente. No iba a quedarme esperando a que a Carmen le diese la gana de engañarlo, para que así se sintiese solo y acudiese a mí.

El resto de la noche no cambió mucho. Nos sentamos a comer los helados en el salón mientras Enrique y Carmen hablaban sin parar. Eran tan egocéntricos que solo hablaban de ellos y eso me daba ventaja para sentarme a escuchar y poco más.

Sergio me lanzó alguna que otra mirada, como queriéndome decir cosas, pero yo rápidamente se la quitaba. Estaba allí porque me había visto obligada, no por gusto, así que tenía que aguantar el tirón.

Después de mucho rato, en los que tuve que aguantar mil carcajadas de Carmen cuando Enrique empezó con sus chistes malos y otras tantas de Enrique cuando Carmen contaba sus historias adolescentes, decidí que era hora de marcharme.

—Chicos, creo que ya es hora — miré el reloj que llevaba en mi muñeca

— ¿Ya te piensas ir? — preguntó Carmen — Mañana no tenéis que trabajar.

—Tengo que cuidar a mi abuela, los fines de semana no viene la enfermera.

—Quédate un rato más, anda... — Enrique me miró con cara de pena.

—Quédate tú, no te preocupes.

Me levanté y empecé a despedirme de todos. Enrique resopló un par de veces, pero me siguió. No le había obligado a venir, no tenía por qué. Por esa misma razón era que siempre me llevaba mi coche e intentaba no cargar con nadie, por no aguantar ciertas caras.

— ¿Tú también te vas? – preguntó Carmen a Enrique.

— Sí, no hago nada en medio de una parejita – guiñó el ojo.

Ellos dos se entendían a la perfección. Sergio se despidió de nosotros al igual que al saludarnos, con total normalidad. Se le daba demasiado bien hacer el papel, me sorprendía. Cogí mis cosas y me marché en apenas un par de minutos.

En cuanto bajamos a la calle, me dirigí hacia mi coche sin hacerle mucho caso a Enrique. Si me ponía a hablarle o algo seguiría pensando que aquella noche tenía alguna que otra oportunidad conmigo y, además, no estaba de humor.

— ¿Te marchas así? ¿Sin más? – preguntó mientras abría la puerta de mi coche.

— Ya quiero descansar, será mejor que nos veamos otro día – me senté dentro.

— Espera – medio gritó.

Bajé la ventanilla del coche y fui conectando la música mientras se acercaba. No iba a darle más de dos minutos de conversación.

— Quédate un rato, es temprano.

— Ya te he dicho que quiero descansar.

— Vamos... podemos pasarlo bien – se le veía en la cara lo que quería decir.

—Será mejor otro día.

Arranqué y fui subiendo la ventanilla mientras lo dejaba atrás. Ya no podía ser más antipática con él y rechazarlo de más formas, se me estaban acabando las frases. Enrique tenía que perder las esperanzas sí o sí.

Aquella noche me quedé con un mal sabor de boca. En mi cabeza sabía que la cena no podía acabar bien y mucho menos cuando había sentimientos por medio. Sergio me gustaba demasiado y quería estar con él, pero no a cualquier precio, no por encima de mi propio bienestar.



## Capítulo

# 26

Por suerte, el fin de semana había pasado rápido y era lunes de nuevo. El trabajo hacía que muchas veces olvidase el mundo, y lo necesitaba. En mi casa sentía que me ahogaba, sin más. Intenté dar un par de vueltas e ir a la cafetería donde iba todo el mundo, pero finalmente no me animé. Me dediqué a pasar tiempo con mi abuela viendo programas de televisión y poco más. Fue el fin de semana más aburrido de mi historia.

Tuve mucho tiempo para pensar y meditar un poco las cosas. No podía tomar la actitud de mujer despechada, ese no era mi estilo. Si Sergio se había acercado era porque yo le había dado permiso. Era consciente que Carmen estaba presente, que era su pareja y que las cosas podían salir así.

En mi mente no paraba de darle vueltas sin parar a la cena que tuvimos los cuatro. Estuve tentada varias veces de contarle a mi abuela la verdad, pero me limité a decir que todo había salido normal. Recordar el beso de aquellos dos

idiotas me ponía de mal humor y me hacía sentir una mierda. En ningún momento podía echarle en cara a Sergio que me hubiese utilizado, sabía que él no era libre, aunque igualmente me sentía mal.

Enrique no apareció en ningún momento, ni me llamó. Quizás se sentía enfadado porque me fui sin más dejándole la palabra en la boca, aunque no me afectaba. Para mí que se enfadase más o menos me veía dando igual. Alguna vez que otra me puse en su lugar y siempre pensé que hubiese tenido más dignidad. Si algún chico pasaba así de mí y me trababa como yo hacía con él, hubiese desaparecido del mapa. Podía apostar que para él era un trofeo, algo difícil de conseguir, y que insistía por el hecho de demostrarse que podía hacer con los demás lo que le diese la gana, pero le iba a salir realmente mal la jugada.

No tardé mucho en arreglarme y desayunar para salir a la oficina. Sorprendentemente, mi padre se ofreció a prepararle el desayuno a mi abuela y a ayudarla un poco hasta que llegase la enfermera. No era propio de él, pero los milagros existían, Debía habernos visto demasiado unidas aquel fin de semana y se sintió algo mal. Mi madre adoraba a mi abuela y él intentaba hacer lo mismo, aunque le costase.

Puse música a todo volumen pro el camino, necesitaba animarme de alguna forma. Las canciones que había cantado junto a Sergio ya no me gustaban tanto, así que me dediqué a pasarlas. A pesar de ser un buen recuerdo, después de todo lo que había pasado, me dejaba un sabor agridulce aquellas melodías.

En cuanto llegué a la oficina, saludé a todos mis chicos, incluido Sergio. Decidí que iba a actuar como la misma jefa de siempre y que podía superar lo suyo. Si alguna vez había entrado en mi cabeza, igualmente tenía que salir. Lo habíamos pasado bien en mi despacho, durante muchas noches, pero no podía controlar cosas que estaban fuera de mi alcance.

Me metí en mi despacho y comencé a trabajar sin parar. Para mí, aquello era una buena terapia. En aquel lugar nadie podía hacerme daño, era solo para mí. Si me centraba en los informes y en la empresa, tendría poco tiempo para pensar en el resto de las cosas. Los días podían asar rápidamente y quizás olvidaba a Sergio sin darme cuenta. Lo iba a tener presente porque trabajaba para mí y era la pareja de Carmen, pero mis sentimientos podían disminuir bastante.

Aquel día apenas salí. El almuerzo lo comí en mi despacho mientras terminaba un trabajo importante para una de las empresas más antiguas que teníamos. Estaba tan concentrada que apenas tenía apetito, ni recuerdo bien que fue lo que comí.

Recuerdo que era ya por la tarde cuando decidí salir a hacerme un café. Los ojos me dolían un poco por estar tanto tiempo delante de la pantalla, necesitaba un descanso. El ambiente de la sala donde trabajaban mis chicos era silencioso, estaban también concentrados. Parecía que sin querer les había contagiado.

Mientras me servía un café, Sara se acercó a hablar conmigo. Llevaba mucho tiempo trabajando codo a codo con ella, sabía que no traía buenas noticias.

—Jefa...

—Dime — me eché azúcar y me apoyé en el escritorio que tenía detrás.

—La empresa nueva, la que entró la semana pasada, ha devuelto los informes hace un rato.

— ¿Ha devuelto? ¿Por qué? — dije extrañada — Yo misma revisé que todo estaba bien.

A pesar de que confiaba en mis chicos, había salido un poco en eso a mi

padre. Cuando había empresas que empezaban a abajar con nosotros, yo me encargaba personalmente de que todo se enviara bien. Quería dar siempre la mejor impresión posible.

—Han dicho que no les gusta este formato.

— ¿Formato? Es el que siempre usamos...

—Por lo visto, no es de su gusto, quieren que se coloquen de esta forma.

Sara traía consigo un ejemplo que le habían enviado. No me costaba nada reacomodarlo todo, pero no era el acuerdo al que habíamos llegado. Ellos ya sabían cómo trabajábamos nosotros, tenían referencias, pero aun así debía agachar la cabeza y aceptar. El cliente siempre tenía la razón.

—Siempre están exigiendo estupideces – me enfadé un poquito y alcé la voz.

—Si quieres, yo me puedo poner a hacerlos, no es problema.

—No, tranquilo – cogí los papeles que traía en la mano –, no te preocupes, aunque me pase toda la noche aquí, me encargaré personalmente.

Volví a mi despacho y me puse manos a la obra. A pesar de todo ellos eran quienes nos pagaban, no día negarme. Era la primera vez que me encontraba con un contratiempo así, sin embargo, terminé pensando que me venía bien. Quizás de aquella manera teníamos varios formatos que ofrecerles a las nuevas empresas que trabajaban con nosotros. La gente que ahora ocupaba los puestos altos eran jóvenes como yo, querían algo nuevo, algo distinto.

El resto de la tarde voló, sin ser consciente. No paré de teclear y apenas me di cuenta de que el sol comenzaba a bajar. Sara fue la primera en venir a despedirse de mí y la que me sacó de mi concentración. Aún me quedaba un largo trabajo que hacer, no podía ni soñar salir temprano, pero no me

importaba, así no tendría tiempo para pensar.

Cuando le tocó el turno a Sergio, que fue el último en hacerlo, no solo asomó la cabeza para decir adiós. Se tomó la libertad de entrar sin llamar y sentarse frente a mí. No tenía la cabeza para ponerme a discutir y menos en aquel momento. La empresa que nos había echado todo para atrás era nueva y podíamos perder el contrato.

— ¿Podemos hablar? – preguntó.

—Ahora no es un buen momento – respondí.

—Ruth, no tengo más oportunidades si no es aquí y necesito hablar.

— ¿De qué? – paré de teclear y lo miré.

—Sé que te molestó lo de la otra noche, pero tenía que actuar como siempre.

—Hiciste bien, Carmen y tú estáis juntos y felices, ¿qué más tienes que explicar?

Volví a girar la cabeza y seguí trabajando.

—Estoy confundido, sé que quiero estar contigo, pero no quiero hacer las cosas mal.

—Y mientras estás tirándote a una y a otra, qué bien, ¿no? – dije irónicamente.

—Ni toco a Carmen... no puedo dejar de pensar en ti.

—Eso no fue lo que vi el otro día ni lo que me has demostrado, Sergio – no quería caer en sus redes con cualquier frase que me soltase.

—Solo necesito tiempo, Ruth.

—Lo siento mucho, yo no estoy para perder el mío.

Decidí ignorarlo. Sabía que en cuanto le echase más cuenta de lo que debía, acabaría con él. Tenía que hacerme valer como mujer y como persona. Cuando se acostaba conmigo y hablábamos del futuro aparecía estar muy seguro con sus sentimientos, pero cuando Carmen volvió al ruedo empezaba a confundirse. A mí, esas cosas no me valían nada.

Siguió hablando, pero hice oídos sordos. Hice como si no existiera, como si no estuviese allí, al igual que él hizo cuando le comió la boca a Carmen en mi cara. No tardó mucho en agachar la cabeza, cansado, e irse. No podía negar que me sentí mal, pero actué como creía que era lo correcto.

Aquel día no podía discutir, el trabajo era más importante que el amor. Si Sergio no iba a darlo todo por lo poco que teníamos, no había mucho que hablar.



## Capítulo 27

Desde que abrí los ojos aquella mañana, después de haber estado aparte de la noche trabajando, me prohibí pensar en Sergio. Estaba confundida, pero se me iba a pasar. Decía que quería estar conmigo, que necesitaba tiempo, pero a mí solo me sonaba a excusas. Yo tampoco quería hacer nada mal, aunque sabía que la pelea con Carmen y el dejar de ser amigas iba a ser una consecuencia inevitable.

Me apresuré a dejarle el desayuno a mi abuela, mi padre había desaparecido aquella mañana. A veces se iba temprano y tomaba algún café fuera de casa cuando llegaban sus amigos del pueblo. Eran las únicas veces en el mes que no pasaba tiempo en casa. Le había insistido varias veces en que se alquilara una casita y pasar más tiempo allí, pero no aparecer más de dos días por la empresa era demasiado fuerte para él.

—Buenos días – saludé mientras la ayudaba a incorporarse.

—Hola, cielo – sonrió –, ayer no viniste a darme las buenas noches.

—Estuve trabajando hasta tarde, se me han juntado demasiadas cosas.

Le puse la bandeja encima de las piernas y me senté a su lado.

—Pensé que te habías distraído con...

—No, eso ya se terminó – intenté poner buena cara.

— ¿Qué ha pasado? Si es que se puede saber.

—Dice que no quiere a Carmen, que quiere estar conmigo, pero ahí sigue, jugando a dos bandas.

— ¿Y tú crees que no la quiere, como él dice?

—Su relación está bastante acabada y quizás le tenga cariño, pero los ratos que estuvimos juntos me hicieron creer que era así.

—Un hombre que se viste por los pies toma las decisiones que tiene que tomar, no da tantos rodeos.

—Eso mismo pienso yo.

—Tú no estás para perder el tiempo, no te dejes coger de tonta.

Asentí con la cabeza porque pensaba igual que ella. Si dejaba que Sergio me usase cada vez que le diese la gana, las cosas nunca iban a terminar. Cuando Carmen estuviese de nuevo distante al encontrar un juguete nuevo y estuviera solo, quizás me buscaba algo más.

—Dice que necesita tiempo para hacer las cosas bien.

—Si quieres darle tiempo, es tu decisión, pero mientras, hazte valer.

Le di un beso en la frente agradeciéndole el consejo. Aquella viejecita era mi mejor apoyo incondicional, no sé qué hubiese hecho en mi vida sin ella.

Me maché a la oficina, dispuesta a seguir trabajando. Me sentía súper cansada, no había descansado bien. Tuve que poner toda la música a tope y llevarme un vaso del café para el camino. Esperaba que todo el esfuerzo que había hecho mereciese la pena y que la empresa estuviese contenta con los resultados.

Saludé a todos al llegar, sin mirar mucho a Sergio. Llevaba algunos días en los que ni me fijaba cómo iba vestido. No es que se tratase de hacerme la interesante, sino de dejarle claro que yo no era un juego. Carmen podía jugar con él y sus amantes todo lo que le diese la gana, pero yo era otro tipo de persona. Acepté que tenía pareja, a pesar de ser algo que iba en contra de mis

valores, y fue demasiado; ya no podía soportar ser la otra tan descaradamente.

En cuanto me senté en el escritorio me llegó un mensaje de Carmen. Normalmente me llamaba, pero debía estar ocupada o algo. Lo abrí y me quedé a cuadros. Decía que Lucas había aparecido de nuevo, que había insistido en llamar y que me contaría más tarde.

Sin pensarlo la llamé, pero no respondió. Me parecía increíble su facilidad para cambiar de opinión. Estaba jugando con la vida de todos, incluida la mía. Ahora volvería a distanciarse de Sergio y yo tendría que mantenerme más firme aún, no podía dejar que se acercase de nuevo así sin más. Obviamente él no sabía nada, tardaría algunos días en darse cuenta, si es que Carmen y Lucas volvían al mismo rollo de siempre.

No podía centrarme en trabajar, solo le daba vueltas al asunto. Algo dentro de mí me decía que le contase a Sergio lo de Carmen y no por mí, sino por él. Sin embargo, yo no era una chivata. Si me metía en cosas de pareja, al final iba a acabar pagándolo caro. Era posible que los dos me dejaran de hablar y quedaría como una mentirosa. Quizás lo mejor sería que se diese cuenta por sí mismo o que si tenía la oportunidad, lo ayudaría para descubrirlos en acción.

Jamás me iba a sentir mal por ello, por darle un empujón. Si me llegaba a enterar de algún encuentro de Carmen y Lucas, lo mismo forzaba la situación para que Sergio abriese los ojos. No iba a negar que quería que fuese mío y que quizás eso era jugar sucio, pero no iba a caer mucho más bajo que ella.

— ¿Jefa? — Sara apareció en mi despacho.

—Dime, Sara.

—Hemos vuelto a tener quejas de la empresa de ayer.

Suspiré y la miré incrédula. Me había pasado un montón de horas cambiando

de formato para que todo estuviese perfecto. No lo había hecho como me dio la gana, sino exactamente como dijeron.

— ¿Estás bromeando? – pregunté.

—Para nada...

Se sentó y me entregó todos los informes que había hecho, junto con la queja. Por lo que podía leer, eran demasiado puntillosos. Querían que las firmas y los sellos estuvieran de cierta forma, que la fuente de escritura fuera otra... y millones de estupideces más. Apenas había empezado con mi trabajo diario y ya tenía que perder el tiempo otra vez con lo mismo. Me empezaba a plantear si me pagaban suficiente como para darme tantos dolores de cabeza.

—Está bien... – resoplé –, comunícales que esta misma noche los tienen hechos.

— ¿Esta misma noche?

—Sí, aunque me vuelva a quedar horas y horas aquí, lo tendrán.

—Ojalá dejen de... – se calló.

—De dar por culo, dilo tranquilamente.

—Sí, de dar por culo – sonrió.

Me quedé allí, meditando por dónde empezar. Muchas veces, cuando tenía demasiado trabajo, me costaba un poco organizar mis ideas. Quería hacer tantas cosas a la vez, que acababa haciendo menos que siempre. Jamás me había topado con una empresa así, jamás me habían molestado tanto.

Decidí que trabajaría primero las cosas que tenía pendiente y que luego me pondría con eso, y así fue. Trabajé demasiado hasta la hora de comer, en la que me di un pequeño descanso y salí a tomarme un café cuando terminé el

almuerzo. Mis chicos estaban con el cachondeo acerca de la empresa, pues Sara les había contado todo. Empezaron a reírse de mí, a hacerme bromas, y eso me animó; al menos tenía un buen ambiente de trabajo.

Bautizaron la empresa como “la porculera” y no pararon de hacer chistes al respecto. Sergio no estaba demasiado animado ni participaba en exceso. Me dejé contagiar por aquello y pasé un poco de él. Me tenía que quedar de nuevo trabajando, así que al menos, quería hacerlo de buen humor.

El resto de la tarde terminé mis asuntos y justo cuando la gente comenzó a recoger sus cosas y a marcharse, me di cuenta de que me quedaba poquísimo para terminar con aquellos informes de la empresa “porculera”. El tiempo me había cundido más que nunca, y al final no fue tan grave como pensé.

— ¿Jefa? – Sergio apareció.

—Por qué no me extraña nada que seas tú... – lo miré.

—Solo quería decirte adiós...

—Está bien, ya lo has hecho.

Abrió la puerta y se metió dentro de mi despacho. Había sido borde con él y no recuerdo que lo invitase, pero lo hizo de todas formas.

—Te echo de menos...

— ¿A mí? ¿Carmen no te echa cuenta o qué?

—Al revés, ahora está más cariñosa que nunca y, sin embargo, no dejó de pensar en ti.

—Sergio... – no supe por qué me ablandaron aquellas palabras – No hagas las cosas más difíciles.

—Te echo de menos, Ruth, es la verdad.

Se acercó a mi silla, me giró y se puso de rodillas frente a mí. No pude evitar parar de trabajar y mirarlo a los ojos. Se le veía un poco afectado, y tenerlo a la altura de mis labios era demasiado tentador.

—No... esto no está bien — intenté retirarme un poco.

No supe en qué momento Sergio me cogió la cara y comenzamos a besarnos. Por más que intentaba ser fuerte, había caído en sus redes sin apenas hablar nada. No me había dado ningún tipo de explicación, le bastó para acercarse a mí y hacer lo que quería. Era débil y me sentía estúpido por ello, pero sentirlo de nuevo, me dejaba totalmente fuera de juego.

En solo un par de minutos me había desabotonado la camisa y estaba encima de él, en el suelo. Sergio se había quitado su ropa en tiempo récord, quedándose desnudo, sin importarle nada. Lo besé salvajemente y, sin decirnos nada, empezamos a tener sexo detrás del escritorio. Sentirlo dentro de mí era una sensación maravillosa, indescriptible.

Me despojé del resto de mi ropa y, aunque ese suelo estaba realmente frío, no me importó. Sergio me puso de espaldas contra él y empezó a penetrarme como él solo sabía hacerlo, sin prisas, pero sin pausas. No podía evitar gemir, era demasiado placentero.

No pensé en nadie más que en nosotros dos y en aquel momento. Él volvía a ser mío y nada me podía parar.



## Capítulo 28

Recuerdo cómo nos despedimos esa noche, sin dejar de besarnos hasta llegar a nuestros coches. Sin embargo, a la mañana siguiente no me levanté todo lo eufórica que me esperaba. Intenté ser fuerte y demostrarle a Sergio que no iba a jugar conmigo mientras siguiese con Carmen, pero no pude. En cuanto lo tuve cerca, diciéndome tres cosas caí en sus brazos.

No dudaba de lo que decía. Seguramente me echaba de menos, al igual que yo a él, aunque debía tomar una decisión. Si entre él y yo había pasado algo era porque sus sentimientos por Carmen no eran fuertes y sus bases no eran sólidas, no había que ser Einstein para darse cuenta. Tampoco era fácil enfrentarla, pero no quería seguir compartiéndolo. Él me aseguraba que entre ellos dos no había nada, pero yo no dormía en su casa por las noches para comprobarlo.

Mi padre interrumpió en la cocina, y empecé a tomarme el desayuno. Llevaba más de media hora delante de él, sin tocarlo, mirando a la pared, así que intenté disimular que algo me afectaba. No tenía toda la intuición de mi abuela, pero al fin y al cabo era mi padre.

—Buenos días – dijo.

—Buenos... ¿Qué tal has dormido?

—Bien, oye... quería comentarte una cosa – siempre era así de directo.

—Dime.

—Enrique me llamó ayer, dice que hace días que no le respondes, que te

debe pasar algo – soltó –. ¿Tengo que preocuparme?

—Papá, si no le contesto a él es porque no quiero, no es porque me pase nada.

—Se preocupa por ti – tenía que defenderlo.

—Y se lo agradezco, pero quiero que entienda, de una vez, que no va a conseguir nada.

—Siempre tan terca... algún día abrirás los ojos.

Aquella frase no podía ponerme de más mal humor. Lo miré furiosa y quise decirle mil cosas, pero me aguanté. Lo que iba a saltar por la cosa implicaba miles de palabrotas, y jamás le había hablado así. No quería que el hecho de que las cosas con Sergio me tuviesen más alterada para comportarme de aquella manera. Simplemente me levanté y me fui hacia la oficina. Esperaba que mi silencio le dijese mucho más que todos los gritos que estuve a punto de dar.

En el trayecto fui maldiciendo cada una de las palabras que me había dicho mi padre. ¿Abrir los ojos? Eso le hacía falta a él. Estaba cegado y Enrique era demasiado cobarde. ¿En qué mundo vivía para llamar a mi padre como si fuese un niño chico? Alucinaba en colores.

Llegué a la oficina de tan mal humor, que ni saludé más allá de los buenos días. Solo quería encerrarme en mi despacho y desaparecer del mundo. Enrique y mi padre eran expertos en hacerme enfadar, y Sergio no mejoraba las cosas. Me sentía rabiosa más conmigo misma que con él, no tuve fuerza de voluntad para negarle nada.

Llamaron varias veces a la puerta del despacho y ni respondí. No tenía ganas de ver a nadie, pero la visita no se hizo esperar. Sergio abrió a puerta y la

cerró tras de sí, sin decir nada.

— ¿Te pasa algo? – preguntó tímidamente.

—No, respondí sin más, sin dejar de mirarlo.

—Tu cara dice lo contrario.

Al igual que me pasaba con el trabajo, cuando tenía demasiados pensamientos en la cabeza, me costaba organizarlo. Quería decir tantas cosas, que al final, no era capaz de abrir la boca.

—Sergio, déjame sola, hazme el favor.

— ¿Es por lo de anoche?

Suspiré y me quedé en silencio un par de minutos. No quería quedarme con todo aquel agobio dentro de mí, necesitaba desahogarme de alguna forma.

—Esto no puede seguir así, no mientras sigas con Carmen.

—Sabes que apenas estamos...

—Pero vivís juntos, te sigue considerando su pareja – respondí–, por más que me asegures que no pasa nada entre ustedes, el día que cene allí no comprobé lo mismo.

—Te dije que necesitaba tiempo para dejar la relación, para enfrentarme a ella, para comenzar de nuevo, todo está siendo también muy caótico.

— ¿Caótico? No me hagas reír.

—No sabes lo que es querer estar conmigo, engañarla cuando nunca lo había hecho, llegar a casa y encontrármela.

En ese momento tuve que haber soltado lo de Lucas, pero me mordí la lengua.

—Te repito que no tengo tiempo que perder, o la dejas ya o no vuelves a

tener nada conmigo.

—Ya te he dicho que no tenemos nada, conseguiré resolver el resto de los asuntos, tenemos cosas en común que son difíciles de aclarar en un día.

—Que me importa una mierda – me sorprendí incluso a mí misma al hablarle así –, que no me vas a seguir comiendo la oreja, vete.

Sabía que estaba pagando parte de toda mi frustración con él.

— ¿Y sabes qué? Empieza a replantearte tu vida con Carmen porque conmigo todo se acabó.

—Pero...

—Pero nada, como jefa te exijo que vuelvas a tu puesto de trabajo.

— ¿Ahora me vas a tratar así?

—Te voy a tratar como somos, jefa y empleado, sal de mi despacho.

Me giré y pasé de él, aunque no tardó mucho en irse. Aquel día no había comenzado con buen pie, estaba siendo un desastre. Mi padre me había puesto de mal humor y sumado a lo mal que me sentía en parte porque a veces pensaba que Sergio me usaba como un juguete, fue una bomba explosiva.

El resto de la tarde no pude evitar sentirme mal al respecto. Las veces que salí a entregar algún papel o a servirme un simple té, Sergio no apartó la cabeza del ordenador. Había sido bastante dura con él, estaría enfadado, pero las cosas me habían salido así desde el interior. El ambiente de trabajo no iba a ser el mismo entre los dos, la incomodidad iba a formar parte de él.

Me centré en trabajar y en tratar de olvidar el encuentro con Sergio. La cabeza comenzaba a dolerme un montón y se debía al estrés. Hacía tiempo que no sufría de migraña, que no sentía que podía perder los nervios a la primera de

cambio y las cosas no fueron a mejor.

No supe explicar lo que me entró por el cuerpo cuando vi la cara de Enrique aparecer por la puerta de mi despacho. Maldecía el momento en el que la vida me lo había puesto por delante, lo detestaba al completo.

—Hola, guapa.

Lo miré sin responderle, mi mirada lo decía todo.

— ¿Estás con la regla o algo parecido? – sonrió – Menuda cara.

Podía haberlo insultado, gritado, pero estaba en mi trabajo. Jamás se había oído algo parecido por allí y no iba a ser la primera vez. Me limité a seguir mirándolo con cara de asco.

—Ya, ya sé que esas bromas no te gustan, pero cambia la cara, que así te pones muy fea.

— ¿Qué quieres? – dije mal humorada.

—Solo venía a verte antes de mi viaje.

—Ya me has visto, vete.

— ¿Por qué estás de ese humor? No te he hecho nada.

Lo ignoré. Quería hacer como si fuese totalmente invisible.

—Venga, guapa, ánimo.

—No me llames así y hazme el favor de irte.

— ¡Qué humor! – parecía que empezaba a aburrirse, no tenía demasiada paciencia y eso jugaba a mi favor.

—Muy bien, vete – dije de nuevo.

—Normal que estés sola, siempre estás amargada.

Alucinaba con ese comentario. Había intentado no gritarle nada y encima se creía con el derecho de decir lo que le dice la gana.

—Prefiero estar sola a estar acompañada con un borracho machista como tú.

Me levanté y abrí la puerta de mi despacho, sin darle tiempo a responder. No había que ser muy listo para saber que lo estaba echando a las malas y agradecí que lo comprendiese a la primera. No tenía el día como para aguantar a otro más.

Antes de cerrar, dije en voz alta que prefería que nadie me molestase aquel día. Quería perderme entre esas cuatro paredes y desaparecer del mundo. La cabeza me iba a explotar si seguía así. Enrique debía desaparecer por completo de mi vida y si Sergio seguía así, jugando a dos bandas, también.





## Capítulo 29

Pasaron varios días, incluidos el fin de semana, en los que intenté hacer vida normal. Me limité a hacer mi trabajo y nada más, no quería saber nada de nadie. Eso de cierta manera me dio tranquilidad, pero también me sentía dolida. Enrique me daba igual y haberlo tratado así también, se lo merecía, pero Sergio y yo no habíamos vuelto a tener una conversación.

Sara era la encargada de mis chicos y ellos normalmente no hablaban conmigo. Ella era la que los dirigía, la que les daba el trabajo y la única que tenía que darme explicaciones. Eso limitaba nuestro contacto, pues no hicimos más que saludarnos al llegar o despedirnos al salir. Lo cierto era que me dedicaba a salir antes, no quería caer de nuevo sin más. Su actitud lo único que me demostraba era que seguía con Carmen y que no se había decidido a dar ningún paso, sino, lo sabría.

Enrique no había vuelto a aparecer, ni tampoco a llamar. Aquel idiota seguramente se había llevado una buena dosis de realidad, pero no iba a cantar victoria. Ya anteriormente me había enfrentado alguna que otra vez así y a los dos días se le olvidaba. Esa vez podía estar feliz, porque habían pasado muchos más, aunque si aparecía por la puerta o me lo encontraba en mi casa no me sorprendería para nada. Sabía que se había ido de viaje y que eso

quizás había atrasado el encuentro, aunque a lo mejor ocurría el milagro.

De Carmen tampoco había sabido nada, parecía que se la había tragado la tierra, pero estaba segura por qué. Lucas había vuelto al ruedo y ella no había hecho más que caer rendida a sus pies. Lo mismo no le daba tiempo a contactar conmigo entre el tiempo que pasaba con Lucas y las excusas que le tenía que poner a Sergio. Las veces que acabábamos teniendo sexo en mi despacho no tenía por qué preocuparse, pues el igualmente llegaba tarde, pero ya no era así.

Era lunes y la semana iba a empezar. En cuanto al trabajo sabía que se me había acumulado un montón de todo el fin de semana, pero en cuanto a mi vida personal estaba tranquila. Tuve bastantes días de descanso y había recuperado fuerzas para enfrentar lo que se me presentase.

Mi abuela había estado un poco enferma el fin de semana y me dediqué a cuidarla, así que tampoco tuve mucho tiempo de pensar. La fiebre le había bajado mucho esa semana, según pude comprobar al llevarle el desayuno, y me alegraba. Le había puesto al corriente de absolutamente todo y seguía apoyándome de manera incondicional. No estaba muy de acuerdo en algunas cosas, como era normal, pero entendía mi forma de actuar. Me conocía desde que había nacido, había sido como mi segunda madre, no podía hacer otra cosa que ofrecerme su apoyo. Sin ella no estaba segura de haber podido llevar todo adelante, me daba fuerzas y ánimo como nadie.

Pensaba a ratos, sobre todo cuando la veía así de enferma, en cuando ya no estuviera. Era algo que estaba fuera de mis manos, no podía frenar el paso del tiempo, y sabía que cada vez estaba más cerca. Por la falta de movilidad se había consumido más de la cuenta y el accidente le dejó secuelas irreversibles. No podía evitar el dolor de perderla algún día, pero estaba segura de que me quedaba el ejemplo y que de mayor quería ser como ella.

Me dirigí hacia la oficina intentando olvidar un poco todo. Mi vida no estaba muy en orden, pero era cuestión de que pasase el tiempo. Al igual que todo se había vuelto un caos, siempre se decía que después de la tormenta siempre llegaba la calma. No estaba muy segura de que la tormenta había pasado, pero al menos salió un poco el sol. Mi despacho me evadía de la vida y tenía ese espacio solo para mí.

Al llegar, saludé a todos mis chicos, pero me di cuenta de que Sergio no estaba allí. Me resultó algo muy extraño, no había faltado ni un solo día y siempre era de los primeros en llegar. Pensé en no preguntar acerca de él, pero al fin y al cabo era su jefa y nadie sabía de lo nuestro, quería saber si es que tenía otros asuntos que resolver. Normalmente no tenía acceso a sus números de teléfono, Sara era la que se encargaba de todos ellos.

—Sara – me acerqué a su escritorio –. ¿Sabes por qué Sergio no ha venido?

—Sí, jefa – respondió al instante –, me llamó temprano, decía que se encontraba bastante enfermo.

—Ah... – me quedé pensativa – Quizás venga más tarde.

—Se le notaba bastante decaído, seguramente necesita este día de descanso.

—Sí, debes estar pendiente de él, ¿Ok?

—Claro que sí – sonrió.

Me metí en mi despacho, sin poder dejar de pensar en él. Me preocupaba que Sara lo hubiese notado mal y que hubiese alegado que estaba bastante enfermo. Lo quería y, aunque las cosas entre nosotros no se hubieran resuelto demasiado bien, habíamos tenido algo profundo. No pensaba llamarlo directamente a él,

pero quizás Carmen podía contarme un poco. Cogí el teléfono y la llamé, esperando que me respondiera.

—Hola... – no me había respondido con la misma efusividad de siempre.

— ¿Carmen? ¿Eres tú?

—Sí, claro. ¿Quién voy a ser si no?

—No sé, jamás me respondes así de desanimada – algo no iba bien.

Se quedó callada durante unos segundos.

— ¿Sigues ahí? – pregunté.

—Sí, solo es que no tengo muchas ganas de hablar.

— ¿Ha pasado algo malo? Sergio tampoco ha venido a trabajar.

—La verdad es que no he sabido de él en todo el fin de semana.

Me extrañaba bastante. Por lo poco que lo conocía no era de ese tipo de hombres que desaparecía por ahí.

— ¿Ha pasado algo, Carmen? – pregunté de nuevo.

—Me ha pillado con Lucas – aquella frase me hizo alucinar.

— ¿Cómo que te ha pillado?

—Me quedé el viernes más tiempo, confiada y al llegar a casa...

— ¿Estabas en casa? Carmen... ¿Cómo se te ocurre hacer eso?

—No sé, Lucas insistió y yo me dejé llevar – excusó –, era cuestión de tiempo.

—En eso tienes razón, era cuestión de tiempo, si seguáis así, iba a pasar.

Carmen no respondió nada. Sorprendentemente se sentía algo culpable.

— ¿Y cómo lo llevas? — pregunte.

—No sé, porque las cosas con él no estaban bien, pero me siento mal, lo quiero.

No quise entrar en detalles. Me imaginaba un poco la escena, tampoco hacía falta que me la describiese.

—Bueno, intenta relajarte, seguramente pronto aparecerá.

—Oye, te llamaré más tarde, no tengo muchas ganas de seguir con la conversación...

—Tranquila, te entiendo — era la primera vez que me decía algo así —, hablamos después.

—Gracias por entenderlo, Ruth.

Colamos sin decir mucho más. No pude evitar alegrarme, sabía que, algún día, Sergio tenía que darse cuenta, aunque me daba lástima que se hubiese encontrado con todo el pastel. Había que ser demasiado idiota para engañar a su pareja en su propia casa, pero poco podía esperarme de Carmen. Cuando le daba por alguien, se cegaba de tal manera, que era incapaz de razonar.

Empezaba a preocuparme un poco por él. Si aquello había pasado durante el fin de semana, llevaba bastantes días sin haber tenido apoyo de nadie. Él estaba solo en la ciudad no conocía a nadie, y no tenía idea de hacia dónde había ido.

Llamé a Sara a mi despacho, quería ponerme en contacto con él. Jamás había pedido el número de móvil de ninguno de mis chicos, era la primera vez. Cuando se lo propuse, se le notaba en la cara que estaba extrañada. Pasé de

darle ninguna explicación, no tenía ganas de ponerme a inventar cosas. Yo era la jefa y ella mi empleada, no tenía que cuestionarme nada.

Dudé un poco en hacerlo, pero finalmente marqué su número. Él no debía tener guardado mi número, pues, sorprendentemente, jamás lo habíamos intercambiado, pero no respondió. Intenté hacerlo en más ocasiones, pero no obtuve respuesta. Sergio debía sentirse bastante mal para actuar así, estaba segura.

Llegar a tu casa y ver a tu pareja con otra persona, por poco que sientas, debe ser un poco frustrante. Se debió dar cuenta que eso llevaba pasando mucho tiempo, que Carmen no era la persona que siempre había pensado. Lo único que me quedaba era esperar a que apareciese por la oficina o respondiese al móvil, no podía desaparecer sin más para todo el mundo.





## Capítulo 30

Aquel lunes no fue distinto al resto, excepto por lo de Sergio. Intenté concentrarme lo más que pude en el trabajo, pero apenas hice nada. Me pasé casi todo el día mirando por la ventana y pendiente al móvil, por si aparecía. No quise llamarlo mucho más, pues quizás pensaba que era Carmen y bloqueaba mi número. Tenía que dejarle su tiempo y su espacio para pensar.

En cuanto llegué a casa, fui a hablar con mi abuela. Entré en su habitación y me senté a su lado, impaciente. Había deseado muchas veces contarle a Sergio, pero que lo hubiera visto con sus propios ojos era lo mejor que podía pasar. En cuanto empecé con la historia, después de saludarla, pude ver cómo mi abuela ponía los ojos como platos. Seguramente pensaba que eso pasaba en las películas, pero aquello era la vida real. Sergio había descubierto que Carmen llevaba una careta, y ella misma se la había quitado sin querer. No quería parecer demasiado contenta por el hecho de que por fin se hubiese dado cuenta, pero poco lo pude disimular.

—Sé que no te alegras porque todo haya salido mal — dijo mientras terminaba de asimilar toda la historia, al ver mi media sonrisa —, pero lo cierto es que se lo tiene merecido.

—No me alegra que Sergio haya encontrado esa escena en su casa, pero sí que haya abierto los ojos.

—Ahora debes tener más cuidado que nunca.

— ¿Por qué? – no sabía a qué se refería.

—Porque ahora no dudará en dar el paso, en buscarte, ya que todo le ha salido así.

—Bueno, aún no nos hemos visto.

—Lo sé, pero ya está libre – me miró seriamente – y seguro que tomar la decisión le será más fácil, tienes que hacerle saber que las cosas no son así.

—Tenía que haber tomado la decisión antes, no ahora que ha recibido este palo – le d la razón a mi abuela.

Ella se quedó mirándome orgullosa de mí.

—Sé que te harás valer y sé que caerás en sus brazos –soltó de repente –, pero, al menos, hazlo sufrir un poco.

—No entiendo, me estabas diciendo que las cosas no eran así.

—Solo quería darte un poco de fuerzas, pero sé que acabarás con él – sonrió –, así que, como te digo, al menos pónselo difícil.

Me quedé un poco confundida.

—Tengo muchos años encima, Ruth y sé cómo es el amor – siguió diciendo –, por más que tu cabeza te diga que no, el corazón es el que manda.

—Pero debo ser un poco sensata.

—Es sensato dejarte llevar por lo que sientes, pero no quiero que se lo des

todo a la primera de cambio, aunque tú y yo sabemos cuál es el final.

—No creo que...

—Ruth – interrumpió –, si Sergio te busca, irás con él tarde o temprano, seamos sinceras, pero que conozca un poco el carácter de las mujeres de esta casa.

Me guiñó un ojo y le sonreí. Ya había caído una vez en brazos de Sergio fácilmente, bueno, más que todo encima de él. Sería difícil resistirme, esa era la verdad, pero debía seguir los consejos de mi abuela.

— ¡Ruth! – gritó mi padre desde la habitación de al lado – Están llamando a la puerta, abre, por favor.

— ¿Llamando? No he oído nada... – dije en voz alta.

Mi padre no respondió, pero me apresuré a abrir la puerta. Justo cuando estaba llegando a ella, volvieron a golpear. Mi padre apareció por detrás, pensando en que yo no me había movido, y finalmente fue él quien abrió. La cara de ambos ante aquella visita fue distinta, pues mi padre sonreía y yo puse cara de asco al ver a Enrique.

—Hola, familia – saludó enérgicamente.

—Enrique, qué sorpresa verte – mi padre lo saludó.

—Por fin llegué del viaje y me dije a mi mismo: voy a ir a ver a Ruth – entró y comenzó a quitarse la chaqueta mientras decía eso y me sonreía.

Yo ni lo había saludado y mi cara no mostraba alegría alguna. Sabía que tarde o temprano iba a aparecer, pero esperaba que tardase algo más, Había estado tan feliz sin su presencia, que me amargaba demasiado verlo en mi propia casa.

—Toma, para ti – me dijo.

Sacó del bolsito una especie de llavero con forma de delfín, bastante bonito, no podía negarlo. Lo cogí medio obligada, pues mi padre seguí allí de pie observándome con lupa. Lo miré detenidamente y luego le medio sonreí.

Mi padre lo invitó inmediatamente a tomarse algo en el salón y a fumar un par de puros. Iban a inundar el salón de aquel humo insoportable y de hablar de miles de cosas que no me interesaban. Me quedé por detrás, no tenía ganas de compartir aquel momento y me inventé lo primero que se me vino a la cabeza.

— ¿No vienes? – preguntó mi padre.

—La verdad es que no me siento bien – puse cara de enferma.

— ¿Qué te pasa? – Enrique se acercó.

—Llevo toda la tarde vomitando – mentí –, creo que necesito descansar.

— ¿Vomitando? ¿Por qué no me has dicho nada? – mi padre se preocupó.

—Pensé que sería pasajero, pero... – me provoqué una arcada y me puse la mano en la boca

— ¡Ve al baño! – dijo mi padre.

Sin decir nada más, y simulando que iba a vomitar, me fui corriendo. Ambos se quedaron preocupados y vinieron a preguntarme a la puerta si estaba bien, pero les dije que se fuesen al salón, que yo iría pronto. Era una absoluta mentira, pensaba meterme en mi cuarto en cuando se fuesen de allí y no salir más en toda la noche. No iba a perder más tiempo simulando ser simpática con aquel idiota.

En cuanto oí que se alejaban, asomé la cabeza poco a poco por detrás de la puerta del baño y fui a mi cuarto a encerrarme. Si volvían a preguntar, pensaba

provocarme las arcadas que hiciesen falta, aunque tenía claro que cuando fumaban y bebían se olvidaban del resto el planeta.

Puse el regalo de Enrique encima de la mesa y vi que mi móvil tenía algunas llamadas perdidas del número de Sergio. Lo había dejado en silencio y no había oído absolutamente nada, así que no perdí el tiempo y se la devolví. Me alegraba que diese señales de vida y esperaba que no se sorprendiese al saber que era yo.

—Hola, Ruth – respondió.

Me quedé un poco paralizada.

—Hola... ¿Cómo sabías que era yo?

—Tengo tu número de móvil desde hace días, es fácil sacarle información a Sara si le sonríes tres veces – confesó.

—Sara... cómo no... – me extrañaba por su parte, pero nunca se terminaba de conocer a nadie –¿Cómo estás? Ya me he enterado de todo.

—Pues... me siento mal, para qué mentirte.

—Debe ser una putada llegar a casa y encontrarte eso.

—Lo de Carmen me da igual – dijo con desprecio –, he hecho el gilipollas y te he perdido, eso es lo que me duele.

Sonaba convincente, pero ya lo esperaba. Mi abuela me había advertido que ahora vería todo con claridad, pero no debía dejarle las cosas tan fáciles.

—Sergio, las decisiones se toman antes de verte ya en el precipicio a punto de caer.

—Sé que no te vale que te diga ahora esto, pensarás que es porque ya las cosas con Carmen no tienen solución, pero llevaba ya días dándole vueltas

al cómo hacerlo.

—Ya... — no quería hablar mucho sobre el tema, sabía que era débil —  
Bueno, solo quería asegurarme de que estás bien.

—Sé que he esperado demasiado tiempo, pero sabes que lo que tuve contigo fue real, lo sentía.

—No lo pongo en duda, pero jugar a dos bandas no estaba bien.

—Pensé que iba a hacer daño a Carmen y yo no soy así, no soy mala persona — sabía que hablaba con sinceridad —, eso era todo lo que me paraba a actuar.

—No sé, Sergio, ya la situación ha cambiado un poco...

—Lo sé, pero tranquila, estoy dispuesto a demostrarte lo que necesites.

—Por ahora, vuelve al trabajo y no faltes de esa manera, dentro de lo que cabe, soy tu jefa.

—Sé que me he tomado demasiadas confianzas, pero por mi trabajo no te preocupes, sabes que siempre cumplo.

—Por eso mismo, no hagas que me arrepienta de haberte contratado — dije con autoridad.

—Tranquila... y... ¿En cuanto a lo nuestro?

—Voy a necesitar tiempo, Sergio — respondí seriamente.

—Está bien — se le notaba decaído —, nos vemos mañana.

—Así será, cuídate.

—Y tú...

Colgué, no me sentía del todo bien. No quería pensar que Sergio era un

aprovechado, que ahora venía corriendo a mis brazos. Las veces que nos acostamos y demás, él era sincero, sabía que era real, y creía cuando me decía que lo único que lo paraba era hacerle daño a Carmen. Yo, por primera vez en mucho tiempo, tenía mis sentimientos claros, debía dar tiempo a la situación para que él demostrase los suyos y poder creérmelos sin duda alguna.

La verdad era que necesitaba tiempo, tal y como se lo había dicho. Todo lo que sucedió estaba demasiado caliente aún para que diésemos ningún paso. Necesitaba terminar de acarar las cosas con ella, pues al fin y al cabo compartían pisos y gastos. Quizás, con el paso de los días, lo nuestro sería mucho más fácil de llevar, pero en ese momento debíamos quedarnos en stand by.



## Capítulo

### 31

Lo que pasó aquel día, aún me cuesta creerlo. Había escuchado alguna vez en mi vida que muchas veces los astros se juntaban para que las cosas sucedieran, pero ese día se juntaron los míos y los de todo el planeta.

Me levanté con normalidad. Enrique y mi padre ni se habían acordado más de mí en toda la noche, no me molestaron y eso me hizo estar relajada. Seguro que se pusieron a hablar de mil cosas y prefirieron no darme más que hacer. Se habían tragado el cuento de que estaba enferma, me merecía un Óscar a mejor actriz revelación por mi actuación de aquella noche, fue redonda. No sabía que tenía tales dotes y me comprometí a seguir usándolas cuando me hiciesen falta.

La conversación con Sergio me dejó algo más tranquila. Sabía que estaba bien y que seguía ahí, con lo nuestro en su cabeza. Pensaba que en un futuro quizás las cosas nos eran tan difíciles y no tendríamos que andar escondiéndonos de nadie, pero hacía falta que pasase el tiempo y que algunas heridas se curasen. Carmen no era de aquellas chicas que terminaba amistosamente con nadie, por más culpa que sintiese. Me extrañaba bastante que no me hubiese respondido a la defensiva, sino que estuviese decaída, pero como he dicho bastantes veces,

los milagros podían existir.

Me marché a la oficina con total normalidad, después de mis tareas diarias, como darle el desayuno a mi abuela. Había deseado que en más de una ocasión se levantase y la pudiésemos desplazar en silla de ruedas, aunque no podía, ser, le dolía demasiado. La terapia debía funcionar, pero si la mente y el cuerpo estaban unidos y ella no tenía ánimos de nada, poco podíamos hacer.

Al llegar a la oficina, saludé a todos como siempre y le dediqué una sonrisa amistosa a Sergio. No tenía el mejor aspecto, pues llevaba barba de un par de días sin retocar, pero no podía exigirle más, había legado a la hora en la que le tocaba trabajar y sabía que con el as de los días la situación mejoraría bastante. Carmen seguramente daba qué hacer, por más que estuviese con Lucas no iba a permitir quedar como la mala sin más, pero había que soportarla.

La mañana pasó tranquila, cada uno hacía su trabajo. Alguno de los chicos de vez en cuando ponía la radio, para oír algo de música, y yo abría la puerta de mi despacho para contagiarme. Desde allí no tenía visibilidad directa hacia Sergio, pero sí hacia algunos otros. El ambiente era de armonía y relax, hacíamos un gran equipo de trabajo.

Sara, a la hora del almuerzo, vino a traerme el mío y le pedí que me acompañase. No iba a reñirle acerca de haber dado mi número a Sergio, pero quería repasar inocentemente las reglas que había entre su trabajo y el mío. Creo que en algún momento de la conversación pudo darse cuenta, pero no le di mayor importancia. A pesar de la amistad que podía o no unirme con mis chicos, quería que las reglas se cumpliesen al pie de la letra.

Aquel día no fue demasiado diferente la mayor parte del tiempo, ni a la hora de tomar en café, en la que entablamos entre todos una conversación con

respecto a la política y economía que estábamos viviendo en el país. Sin embargo, no estaba lista para lo que iba a pasar. Jamás hubiese imaginado que semejante desastre se fuese a dar tan repentinamente.

Llevaba varias semanas saliendo antes de tiempo de la oficina para evitar encuentros con Sergio. Él siempre se quedaba esperando a última hora, que todos se fuesen, para hablar conmigo. No quería darle a entender que quería algo con el quedándome hasta tarde, sino más bien que estaba dolida. El día que me quedase sabía lo que iba a pasar y estaba segura de que sería una señal para él.

Me despedí de mis chicos, y algunos comenzaron a recoger sus cosas. Muchos de ellos se aprovechaban al saber que yo ya me iba y se tomaban la libertad de hacerlo también. Con lo duro que trabajaban, la verdad es que no me importaba absolutamente nada.

Bajé las escaleras y al dirigirme hacia mi coche, la vi. Carmen estaba de pie, junto al coche de Sergio. En cuanto me vio, sonrió y me acerqué lentamente a ella. Sabía que había ido a hablar con él y yo poco tenía que hacer allí. Pensaba preguntarle un par de cosas acerca de cómo estaba y quitarme de en medio.

—Hola, amiga – me dio un beso y un medio abrazo que correspondí.

— ¿Esperas a Sergio? – fui directa.

—No ha venido a verme y tampoco me coge el teléfono.

—Bueno, espero que podáis hablar... – me daba un poco igual, pero tenía que ser prudente con lo que decía.

— ¿Por qué no me acompañas mientras espero? Estoy un poco nerviosa – propuso.

Me vi tan entre la espada y la pared, que acepté sin saber por qué. En cuanto apareciese Sergio, me montaría en mi coche y me iría. Me arrepentí desde el primer momento que dije que sí con la cabeza, pero se le vía afectada y yo no era tan mala persona.

Empecé a ver cómo mis chicos comenzaban a bajar y se iban poco a poco en sus coches. Me hubiese cambiado por alguno de ellos sin dudarlo. No quería estar en medio de dramas de parejas y más cuando tenía guardado el secreto de ella con Lucas y el mío con Sergio.

Mientras hablábamos, pude ver a lo lejos la silueta de alguien que conocía y suspiré, pues el día no podía ir a peor. Enrique se acercaba hacía donde estábamos nosotros. Seguramente me había visto allí desde la ventana de su despacho. Odiaba que nuestras empresas quedasen tan cerca, era imposible librarme de él.

Carmen lo saludó como si lo conociese de toda la vida. Yo, por el contrario, fui como siempre. No me salía ser súper simpática, me era imposible. Me fascinaba la capacidad de los dos para tratarse como si fuesen íntimos amigos. En vez de ser yo la conexión entre los dos, era la que sobraba. Me sentía completamente apartada, no pintaba nada allí. Olía a alcohol y no me sorprendía para nada.

—Oye, Carmen, creo que voy a ir marchándome para casa.

— ¿Ya te vas? – preguntó Enrique – Oye, por cierto, ¿estás mejor de lo tuyo?

—Sí... bueno, más o menos – respondí.

— ¿Qué tienes? – preguntó Carmen.

—Anoche estaba con vómitos – contestó él.

—Sí — intenté poner cara de pena —, así que mejor voy a casa a descansar.

— ¿Por qué no dejas que te acompañe? — Enrique no perdía oportunidad.

—Tranquilo, no hace falta.

Los dos me miraban y yo ya no sabía qué decir para irme. En ese momento, vi cómo Sergio aparecía por la puerta de la oficina y se dirigía hacia nosotros. Su cara era todo un poema, seguramente no se esperaba vernos allí.

—Ahora sí que será mejor que nos vayamos — dije a Enrique —, ellos tienen cosas que solucionar.

— ¿Ha pasado algo? — preguntó.

—Cosas de pareja, pero seguro que lo arreglamos — respondió Carmen.

Sergio comenzó a caminar lento, como si quisiese evitar el momento a toda costa.

—Bueno, me voy — sonreí.

Empecé a dirigirme hacia mi coche y Carmen comenzó a caminar hacia él. Esperaba montarme e irme, pero Enrique me siguió y me impidió abrir la puerta del coche con la mano. Me giré para mirarlo, no entendía que estaba haciendo.

—No te vayas, quiero hablar ya seriamente contigo — dijo sin más.

—No tenemos nada de qué hablar...

—Estoy harto de que me evites, sé que te gusto — no podía creer lo que decía —, es hora de que nos dejemos de tonterías.

—No sé de qué estás hablando, Enrique, déjame en paz.

Miré hacia Carmen y Sergio, empezaban a escucharse algunas voces más altas

que las otras. Yo me sentía acorralada por Enrique y Sergio no estaba en mejor situación que yo. Aquello se había convertido en un absoluto caos en cuestión de minutos.

—Enrique – me dirigí de nuevo a él –, es mejor que me dejes ir, las cosas aquí ya no están bien.

—Vamos – intentó abrazarme –, no te hagas más la difícil.

—No me toques – le quité los brazos de mi cintura de mala manera.

—Ruth.... – volvió a acercarse demasiado, podía sentir su aliento – Estamos hechos el uno para el otro.

—Déjame, Enrique.

Volví a quitarle las manos, pero él me las sujetó fuerte. Se acercó demasiado a mi cara. Miré instintivamente hacia donde Sergio seguía discutiendo con Carmen, a pocos metros de mí, y nuestras miradas se cruzaron. No supe si estaba pidiendo auxilio con los ojos, pero Sergio se puso serio y comenzó a caminar hacia donde Enrique y yo nos encontrábamos.

Intenté separarme de nuevo de él, pero apretó mi brazo e intentó pegarse de nuevo. Sergio tenía la cara descompuesta, podía verlo mientras se acercaba. Enrique no se percató, se encontraba de espaldas a él.

— ¿Tienes algún problema? – me preguntó.

—Ya casi me iba... – respondí.

—Estamos ocupados – medio giró la cabeza y lo miró de reojo – ¿Por qué no te ocupas de tus asuntos?

— ¿Por qué no mejor la dejas y actúas como un hombre? – Sergio se dirigió a Enrique.

Éste se dio la vuelta, sonriendo irónicamente. Carmen, al verse sola, siguió a Sergio y se quedó delante de nosotros. La tensión era demasiado grande. Yo me sentía completamente desprotegida delante de todos ellos.

— ¿Por qué no, mejor, te vas a la mierda?

Intenté separarme de él, pero no me dejó. A Sergio se le podía ver la ira a través de sus ojos y más cuando Enrique le habló de aquella forma.

—Suéltala – ordenó.

— ¿Me quieres dejar tranquilo? – dijo Enrique.

—Te he dicho que la sueltes y así te dejaré tranquilo.

—No te metas en sus asuntos de pareja – dijo Carmen medio enfadada –, tienes cosas que resolver conmigo.

—No somos pareja – respondí –, no tenemos nada.

—Eso es por ahora, guapa – Enrique le guiño un ojo a Carmen.

Sergio empezó a perder la poca paciencia que le quedaba y cogió el brazo por el que Enrique me tenía sujeta. Lo agarró fuertemente y se lo soltó de malas maneras. Ambos se quedaron paralizados el uno frente al otro, mirándose con odio a los ojos.

— ¿Por qué te metes en sus problemas? – Carmen le seguía recriminando su actitud.

—Déjame en paz, Carmen, no eres nadie para cuestionar lo que hago.

—Soy tu novia.

— ¡No eres nada! – se giró y le gritó.

Me eché hacia un lado e intenté montarme en el coche. Aquella actitud estaba

demasiado fea, no quería seguir allí.

—Te he dicho que no te vas hasta que arreglemos todo – Enrique se puso un poco furioso y volvió a cogerme.

—Te he dicho que no la toques – Sergio estaba demasiado alterado.

—Y yo que te vayas a la mierda – Enrique le respondió.

No entendía nada de lo que estaba pasando, todo parecía a cámara lenta. Vi como el puño de Sergio se levantaba y golpeaba la cara de Enrique. Éste, del golpe, giró la cabeza e intentó devolvérselo. Comencé a separarlos, era una locura lo que estaba pasando allí.

— ¿Por qué te metes en esto, Sergio? – Carmen gritaba e intentaba separarlos al igual que yo.

Aquellos dos hombres no podían parar.

— ¿Por qué te metes? ¡Sergio, para! – le gritaba una y otra vez.

Volvió a dar un golpe a Enrique y lo dejó en el suelo. Le sangraba la nariz, era un espectáculo demasiado grotesco. Carmen agarró a Sergio y yo inevitablemente atendí a Enrique. Me parecía una auténtica locura.

— ¿Sabes por qué lo hace? – Enrique levantó la cabeza, rojo de ira – ¡Por que la quiere! ¿O acaso no te das cuenta?

—Enrique... – intenté tocarlo, pero me despreció sin más.

Carmen soltó a Sergio y me miró directamente a mí. Ninguno de los dos había negado nada y nos quedamos en silencio. Él se giró, la miró a la cara.

—Exactamente es por eso, porque la quiero – le dijo sin rodeos.

Ella me miró incrédula y al ver que no respondía nada, supo que todo era

cierto. Quiso acercarse a mí, rabiosa, pero Sergio se lo impidió. No me hubiese sorprendido acabar sangrando igual que Enrique, pero ya el ambiente no podía soportar más violencia.

— ¿Estás con él? – gritó desde lejos, mientras Sergio la agarraba.

La miré, no respondí nada y supo que no hacía falta. Enrique se puso de pie y se fue hacia su oficina, maldiciéndonos a todos. Sergio ya le había destrozado la cara suficiente, no tenía nada más que hacer allí. Él había gritado a los cuatro vientos que me quería y Enrique sabía que estaba dispuesto a darle más si me molestaba.

— ¡Te estoy hablando! – me gritaba – ¿Estás con él?

No respondí nada.

—Será mejor que te vayas, ya has hecho bastante el ridículo.

—Quiero que me responda – le decía a Sergio mientras me miraba.

—Seguro que tu amante te espera, no pierdas el tiempo – la empujó un poco hacía atrás.

Carmen me miró como nunca había hecho y ante la imposibilidad de hacer nada, se giró y se fue. Sabía, al igual que Enrique, que había perdido la partida. Sergio se quedó allí de pie, viendo cómo se iba y yo no pude quitarle la vista a Enrique. En aquel lugar quedamos solo nosotros dos y yo aún estaba en shock con todo lo que había sucedido.

— ¿Estás bien? – Sergio se acercó y me abrazó.

—Sí, ¿tú? – le toqué a cara, pero Enrique casi no le había hecho nada.

—Tranquila, todo está bien – sonrió –. Al menos ya no van a molestarnos.

—Creo que, de eso, estoy segura.

Sergio me besó y yo no pude evitar corresponderle. No sabía si Carmen ya se había marchado del todo. Tampoco tenía idea de si Enrique se asomó en algún momento desde la ventana de su despacho, pero me daba exactamente igual.

A pesar de todo lo que había sucedido, Sergio y yo estábamos juntos, sin miedo a nada, sin escondernos. Jamás hubiese elegido aquello como nuestra salida, pero todo estaba demasiado tenso y por algún lado tenía que explotar. A Enrique ya le había quedado claro que no iba a estar con él y seguramente no volvía a molestarme. La amistad con Carmen se había terminado, estabas segura de que jamás me miraría, era una traidora para ella.

Sergio y yo nos quedamos allí de pie, abrazados y besándonos por un buen rato. Todo lo que habíamos vivido, desde nuestros primeros encuentros hasta la distancia que experimentamos, nos llevó a estar juntos. Él era el hombre que me merecía, del que tanto me hablaba mi abuela, y todo aquello marcó el principio de un largo camino, juntos.



# Epílogo

Terminé de arreglarme, me miré en el espejo y me sentí mejor que nunca. Después de un año trabajando mi relación con Sergio, todo iba viento en popa. Enrique y Carmen no habían vuelto a aparecer por nuestras vidas, aunque sí los veíamos a diario. Por cosas del destino y aún no sé cómo, de un día a otro, los lo vimos saliendo de su oficina cogidos de la mano. Me hubiera imaginado cualquier cosa, menos esa, pero desde luego estaba segura de que eran tal para cual. Seguramente compartían su pasión por la botella y demás gustos personales.

Cogí mi bolso, me miré una última vez para asegurarme de que todo estaba perfecto y salí de mi habitación. Había quedado con Sergio para ir a cenar, como hacíamos cada viernes. Mi padre al principio no aceptó muy bien la relación, sobre todo después de enterarse de lo que pasó con Enrique, pero poco a poco Sergio le fue demostrando que clase de persona era. No podía fumar puros con él, ya que no le gustaba para nada, pero sacaron tiempo para compartir pasiones, como la que tenían los dos por la historia.

Escuché risas desde la habitación de mi abuela. Estaba segura de que la enfermera ya se había marchado, así que asomé la cabeza. Pude ver cómo Sergio estaba sentado en la cama, junto a ella, y cuchicheaban entre sí. La confianza que se creó entre los dos era tal que Sergio entraba en mi casa cuando le daba la gana y se pasaba miles de horas hablando con ella.

—Así que habías llegado y no me avisas – dije cruzando los brazos.

—Cielo, no eres la única mujer que le interesa – mi abuela comenzó a reír.

—En eso tiene razón – la miró cómplice y ambos siguieron riéndose.

La relación que tenían me causaba mucha ternura. Aquella mujer, en los huesos y sin movilidad llenaba la habitación de vida cada vez que se reía.

—Entonces, ¿te quedas con ella o vienes conmigo? – lo mire sonriendo.

—A veces me divierto más con tu abuela, no te creas.

—Eso no lo pongo en duda.

Me acerqué y me puse a su lado, mientras lo abrazaba. A mi abuela le brillaban los ojos al vernos juntos, siempre me repetía que jamás me había visto tan feliz.

—Anda, mejor que os vayáis a hacer carantoñas a otro sitio – mi abuela me guiño un ojo.

—No llegaré tarde, vendré a decirte buenas noches – le di un beso en la frente.

—De eso puede estar segura, siempre se queda dormida en el cine – bromeó Sergio.

Nos volvimos a despedir y salimos de allí. Mi abuela aún tenía mucha vida por delante y estaba segura de que iba a formar parte de todos mis cambios. Cuando comencé con Sergio rezaba para que lo llegara a conocer, y cuando se dio la oportunidad, para que estuviera presente si algún día nos casábamos y teníamos hijos.

Nos asomamos al salón, para despedirnos de mi padre. Estaba allí, sentado en su sillón de siempre, con una gran enciclopedia en las manos. No sabía decir bien cuántas veces se lo podía haber leído, pero estaba segura de que unas cuantas.

—Papá, vamos a salir – dije mientras me ponía la chaqueta.

—Está bien – nos miró y nos sonrió –, cuídala, ¿vale?

—Eso está hecho – Sergio le devolvió la sonrisa.

En cuanto abrí la puerta, me encontré una caja grande en el suelo. Miré a Sergio extrañada, pues llevaba escrito mi nombre. Él se encogió de hombros, no sabía de qué se trataba. La cogí con cuidado y la metí dentro de casa. Apenas pesaba nada, era demasiado extraño.

— ¿Qué será? – pregunté.

—No tengo ni idea... – Sergio no paraba de mirar la caja, extrañado.

Mi padre se levantó se acercó a nosotros al oírnos hablar acerca del tema. Él tampoco tenía idea de qué se trataba ni de quien la había dejado allí. Sin perder un minuto, cogí un cuchillo y la abrí. El interior salió un globo gigante transparente, con algo en su interior.

Aquello me sorprendió bastante y no hacía más que mirarlos, sin saber qué decir. Sergio, sacó algo de su bolsillo, me cogió la mano con la suya y lo pinchó sonriendo. En ese mismo momento supe que todo aquello había sido organizado por él.

En cuanto explotó, Algo se cayó encima de la mesa. No me dio tiempo a mirarlo, pero Sergio lo cogió y me lo puso en la mano. Miré a mi padre, quien asentía con la cabeza y giré la muñeca. Poco a poco, y sin decir nada, abrí los dedos lentamente. En medio de la palma de mi mano, había algo brillante y supe que era un anillo.

—Ni se te ocurra... – lo miré avergonzada.

—Entonces... ¿Qué dices? – preguntó sin más a la vez que sonreír al verme

colorada.

— ¡Sergio! — medio grité, con una mezcla de nerviosismo y emoción.

— ¿Qué me dices?

—Eso, hija, no le hagas esperar más — mi padre estaba más nervioso que yo.

Asentí con la cabeza y nos fundimos en un fuerte abrazo. Sergio jamás me había hecho algo así, estaba a punto de matarlo. No solo había conseguido al chico que me merecía, sino que iba a pasar el resto de mi vida con él.

—Eres un idiota — dije mientras lo besaba.

—Sí, pero un idiota que te quiere.

Sonreí y lo besé de nuevo. Aquello era lo mejor que me podía estar pasando. A pesar del largo camino que recorrimos, lleno de baches y piedras, superamos todos los obstáculos y estaba segura de que ya nunca nos íbamos a soltar.

**FIN**